RAÚL A. ENTRAIGAS

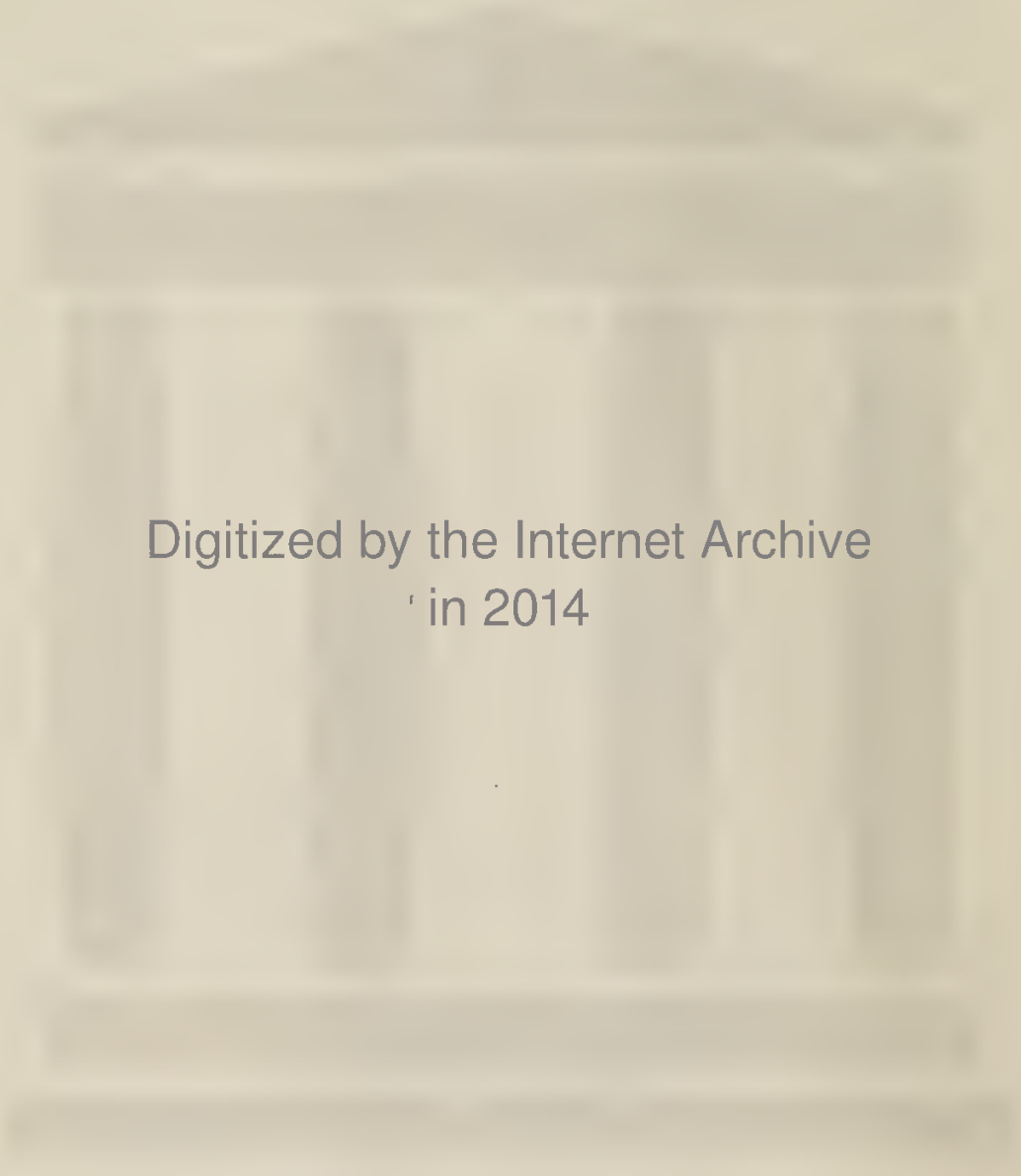
UNA FLOR ENTRE HIELOS

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 23 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
4705
.V29
E6
1917

CENTRO JUVENIL
SOFIA"

CENTRO JUVE
"SANTA SOFIA"



Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unaflorentrehiel00entr

RAUL A. ENTRAIGAS

A-5

UNA FLOR ENTRE HIELOS

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 33 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BUENOS AIRES
1947

ES PROPIEDAD. Se ha hecho el depósito que indica la ley 11.723 de Propiedad Intelectual.

LICENCIAS

Fortín Mercedes, Marzo 24 de 1937

Visto: Nihil obstat.

Pbro. Dr. Calixto Schincariol, S. S. Censor.

Bahía Blanca, Mayo 12 de 1947

Visto: Nihil obstat.

Pbro. José F. Blanco, Censor

Bahía Blanca, Mayo 13 de 1947

IMPRIMATUR

Mons. José Alonso

Vicario General

OBRAS DEL AUTOR

Mes de Don Bosco: 1934. Ediciones: argentinas, española, cubanas, y venezolana.

Bajo el Símbolo Austral. Versos: 1936.

El Padre "Dotor": 1939. Premiada por la Comisión Nacional de Cultura.

Una Flor de la Pampa: 1941. Biografía.

Pinceles de Fuego: 1942. Episodios misioneros. 2a. Edición: 1947.

Monseñor Fagnano: 1945. Biografía.

El Angel del Colorado: 1946. Biografía.

PROLOGO

Para comprender cuál es la misión de la mujer sobre la tierra, debemos acudir —como para tantas otras cosas . . .— a la Biblia. Y precisamente al Génesis, que es la historia de los albores de la Humanidad. Ahí vemos al hombre salido de las manos de Dios y al Señor que dice: Faciamus ei adjutorium simile sibi: *Hagámosle una cooperadora semejante a él . . .*

Y aparece la mujer sobre la tierra. Pero su misión estaba prefijada: debía ser la auxiliar del hombre en la sublime obra de proseguir la creación que Dios iniciara, su cooperadora en todas las vicisitudes de la vida, su sostén en las horas de desaliento y el ángel que lo consolara en todas las agonías del Huerto de los Olivos.

¡Ayudar al hombre! He ahí el destino de la mujer. ¡Ayudar al hombre! He ahí su misión específica. Nunca suplantar al hombre, nunca sustituirlo: ayudarlo. El Génesis habla claro: ¡adjutorium!

* * *

Pero estando la mujer sometida al hombre llegó éste a abusar de su predominio. Y hubo épocas en la historia de la humanidad, en que la mujer no fué simile sibi, *semejante a él, sino inferior, esclava. Y así estaban las cosas cuando apareció Jesucristo. Fué entonces cuando el Divino Maestro, con su poder infinito, restauró la dignidad de la mujer, diciendo al hombre: Compañera os doy y no esclava.*

Y desde entonces ella ocupó el lugar que le corresponde como auxiliar del hombre en todas las empresas y en todas las obras en que se requiere sacrificio y abnegación para ultimarlas. Por eso si la humanidad tiene una enorme deuda con Jesucristo porque El la redimió, la mujer tiene doble deuda para con El,

porque el Divino Maestro fué quien la redimió espiriualmente y socialmente: con su sangre y con su verbo.

* * *

Puesta la mujer en trance de obrar, tiene dos campos. Pues o mira hacia adentro o mira hacia afuera. Si mira hacia adentro, todo lo reconcentra en sí misma y lleva su egoísmo hasta entronizar su propio yo por encima de todo, trocando la vida en ese pagano antropocentrismo que conduce a todas las vanidades y a todas las locuras a que nos tienen acostumbrados las matronas romanas de antaño, de que nos habla la historia y las "girls" de hogaño que nos presenta el mal cine moderno. Si mira hacia afuera, verá el dolor, la ignorancia, el pecado que, como sierpes siniestras reptan por el mundo como mudos testimonios de la primera culpa de los hombres. Y observando "eso", si hay equilibrio entre su mente y su corazón, la mujer, al ver el dolor, siendo naturalmente compasiva, se hará un ángel de caridad; viendo la ignorancia, siendo naturalmente misericordiosa. se inclinará a enseñar al que no sabe y viendo el pecado, siendo naturalmente pudorosa, se trocará en un apóstol . . .

* * *

Isabel la Católica miró hacia afuera, Margarita de Austria miró hacia afuera, Santa Teresa de Jesús miró hacia afuera. También la humilde protagonista de esta historia, como un buen samaritano, miró siempre hacia afuera, hacia el infortunio, hacia la desgracia, hacia el dolor, hacia el prójimo caído . . .

¿Llenó ella su misión sobre la tierra? Creo que la ha llenado en toda su hermosa plenitud. Angela Vallese fué virgen y la llamaron con el dulce nombre de "madre". Porque ella supo engendrar muchas hijas como engendra Dios en el misterioso proceso de las divinas personas y como engendra el poeta en las horas febricitantes de la inspiración: con la mente, con el verbo . . .

* * *

Se habla mucho en nuestros días de "emancipación de la mujer" y de "derechos de la mujer". La verdadera emancipación de la mujer es la que realizó Jesucristo con su obra redentora. Y nadie que no haya derramado su sangre por la mujer tiene derecho de hablar de emancipación, como no sea esa emancipación que no es más que libertinaje suicida y uno de tantos espejismos de la senda escabrosa que conduce a la sima de todas las degradaciones. Y en cuanto a derechos, ya Cristo Nuestro Señor se los ha otorgado en la medida que le conviene, colocándola al lado del hombre y no sometida a sus caprichos.

* * *

Sor Angela Vallese, allá entre los hielos australes, vivió la vida humilde de la obediencia religiosa. Fué grande no en el ejercicio de sus derechos sino en el cumplimiento de sus deberes. Porque entiendo que es más difícil y meritorio llevar el yugo del deber que levantar la bandera de los derechos. Yo desafiaría a cuantos andan por ahí agitando a la turba fácil con el señuelo de la "emancipación" a que presentasen un ejemplar de mujer, cabal y completa, virtuosa y heroica, como esta virgen sencilla del Piamonte que para gloria de la iglesia y de su estirpe, irradió el perfume de sus virtudes no solamente en su patria sino también en tres países de América. No se necesita tener mucha intuición para percatarse que les es harto difícil, por no decir imposible, encontrar nada semejante a estos dechados de virtud que solamente pueden florecer en los vergeles de la religión irrigados con las aguas de la gracia.

* * *

Tan profunda huella dejó esta religiosa, que el mismo día de su muerte la Madre Secretaria General del Instituto, escribía a la nueva Inspectora: "Comencemos pronto a tomarla como protectora particular de la Misión Magallánica, recurriendo a ella para obtener la conversión de los pecadores, la observancia del espíritu religioso en casa y el incremento de la religión en esas queridas tierras, así como el aumento de las buenas her-

manas *en las casas nuevas y viejas*" . . . "*Y comience a recoger en seguida las memorias edificantes de la querida difunta y a mandárnoslas cuanto antes*".

Desgraciadamente sólo hoy, a la vuelta de treinta años de su deceso, ha sido posible narrar sus proezas. Y una vez más nos ha tocado a nosotros ser la bíblica Ruth que va recogiendo las espigas perdidas en el rastrojo de la historia.

Quiera Dios que este nuevo libro sirva para estimular a las religiosas al sacrificio, a las jóvenes de nuestro tiempo al ejercicio de la virtud y a todos a alabar a Dios, autor y consumador de todo bien.

Bahía Blanca, Marzo 1º de 1947.

RAÚL A. ENTRAIGAS

Rda. Madre Angela Vallese

CAPITULO I

DE COMO UN PUEBLO PEQUEÑO PUEDE DAR ALMAS GRANDES

En el mes de Diciembre de 1930 llegó a Turín un Prelado belga. Tiempo hacía que el ilustre eclesiástico en vano se devanaba los sesos para obtener vocaciones. Habiendo sabido que en el Piamonte había un pueblecito que las daba a porrillo, se aventuró a llegar hasta allí. No poco trabajo le costó dar con él. Perdido entre las suaves ondulaciones del Monferrato y a quince kilómetros al N. O. de Alejandría encontró lo que buscaba: una aldea que no llega a 4.000 habitantes y sin embargo ha dado a la Iglesia, a la vuelta de pocos lustros, más de 300 entre sacerdotes y religiosas. Ese pueblo es Lu. Su nombre es tan modesto como sus habitantes, porque ellos también son gente *de pocas letras* pero de mucho espíritu. Solamente es comparable con Lu, otro pueblecito igualmente encantador que hemos conocido en España. Porque creemos que Azcoitia, allá entre los montes alegres de Guipúzcoa, no le va en zaga a ningún otro en lo que a vocaciones se refiere.

El prelado belga llegó, pues, a Lu, observó, estudió, interrogó sobre el tema. El esperaba encontrar nuevas técnicas, métodos luminosos, y en cambio . . . nada. No encontró otra cosa que gente sencilla que vivía de las labores del agro y que se empeñaban en cumplir fielmente sus deberes para con Dios. Y como supo allí que el Rector Mayor de los Salesianos era también de Lu, fuése a Turín a visitarlo. Y le expresó paladinamente su desengaño. El Padre Rinaldi sonrió amablemente al oírlo. Y le explicó el enigma:

—S. S. no ha dado en el blanco, porque no ha penetrado en el santuario de las familias. El gran secreto, Monseñor, está

en la fe de nuestras madres. En la frecuencia a la doctrina y a los santos sacramentos ellas han aprendido a educar a los hijos en el santo temor de Dios, secundando así la maravillosa obra educativa de la iglesia. Son las dos madres, Monseñor, que concurren admirablemente para forjar la piedad que predispone al sacerdocio . . .

Las palabras del anciano sacerdote dieron finalmente la clave del secreto al Prelado flamenco. Y sirven también para retratarnos a Lu. Porque ese pueblo no es nada más y nada menos que lo que dijo Don Rinaldi: "Un pueblo de madres ejemplares . . ."

En ese rincón del Piamonte, en que se entremezclan los perfumes del rastrojo con el de las virtudes cristianas, nació en pleno invierno, el 8 de Enero de 1854, la protagonista de esta historia. Al día siguiente la bautizó el canónigo Domingo Coggiola, imponiéndole los nombres de Angela María Magdalena. Sus padres fueron Lorenzo Vallese y María Demartini. Era la tercera de las siete hijas que dió ese cristiano matrimonio.

A los cuatro años tuvo la viruela, siendo de extrañar que el terrible morbo no dejase el menor vestigio de su presencia en el rostro de la niña. Un día visitó la familia Vallese un sacerdote que gozaba fama de santo. Era el P. Rossetti. El clérigo bendijo a la niñita y luego dirigiéndose a la madre, le dijo:

—Madre afortunada, madre dichosa . . .

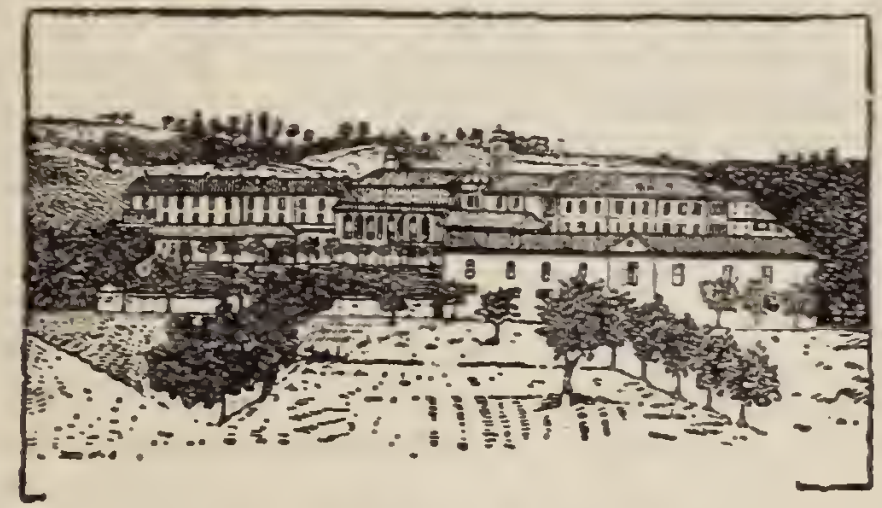
La sencilla aldeana llenóse de alegría ante tales palabras que, dichas por quien lo fueron, le parecían anuncio de ventura. En cambio de ahí en más la santa mujer tuvo muchísimo que sufrir: los negocios fueron de mal en peor y la hacienda mermaba constantemente hasta el punto que la familia Vallese conoció lo que era el hambre:

—Linda fortuna, bonita dicha la que me predijo Don Rossetti —pensaba para sí la buena mujer sin lamentarse ni expresar jamás lo que pensaba.

Cuando más tarde Angela fué religiosa, la buena madre entendió lo que el clérigo le quería decir.

A los 6 años Angelita comenzó a frecuentar la escuela. Hizo dos veces el primer grado y dos el segundo, no ciertamente por ineptitud sino porque así se acostumbraba entonces.

Cuando tenía 9 años llegaron a la aldea dos predicadores para explicar los fines y hacer inscripciones en la Obra de la Propagación de la Fe y de la Santa Infancia. Uno de ellos le rogó a la madre de Angelita que le permitiera deparla ir a hacer la colecta en el templo. La señora accedió encantada. La vistió de ángel, porque así iban también las otras, y la envió. La chiquilla, con una gracia superior a su edad y al ambiente en



La casa madre de Nizza.

que vivía y con esa sencillez nativa que fué su característica, con esa viveza de genio que ya afloraba a sus ojos, y esa modestia que a todos cautivaba, logró atraer las miradas de todos y, lo que es más, recogió más ella que las otras tres juntas.

Cuando vació su canastillo, los predicadores la felicitaron. Ella no cabía en sí de gozo. Pero la causa de su contento no era la vanidad: al llegar a casa expresó ingenuamente el motivo de su alegría: —¡Cuántos negritos vamos a salvar con lo que junté! . . . Esa frase que espejaba su alma generosa era el resultado de una educación esmeradamente cristiana. Sus padres cuidaban a las hijas como a la niña de sus ojos. ¡Oh tiempos

aquellos en que los padres educaban más con el ejemplo que con la palabra!

Y así llegó Angelita a los nueve años pura como un ángel, inocente como un corderillo y humilde como una violeta. A esa edad hizo su primera comunión. Son de imaginar los trasportes de amor con que recibió al Señor en el santuario de su alma sin mancha. Y la ternura con que en adelante, siempre que le permitía el confesor —desgraciadamente muy de tarde en tarde, según las costumbres de entonces—, se acercaba a comulgar . . .

Cuando cumplió los diez años, y terminado el tercer grado elemental, sus padres la enviaron a aprender un oficio. Eran pobres y había que arreglarse para vivir. La mandaron a un taller de sastrería donde una buena señora enseñaba a las niñas ese oficio que, a falta de más amplios horizontes, debía darle el pan de cada día. La maestra atestigua que Angelita, fué, entre todas las alumnas que frecuentaban el taller, la más hacendosa, la más humilde y la más obediente. Jamás salió de sus labios una palabra que no fuera más que limpia. Si alguna vez las compañeras se ponían a cantar alguna canción popular, ella, buenamente y como quien no quiere la cosa, entonaba una copla religiosa y si alguna se permitía alguna vez dar pie para alguna conversación no mala, pero sí mundana, ella muy hábilmente ponía sobre el tapete el sermón del domingo o algún pasaje del Evangelio que se hubiera explicado anteriormente en la parroquia.

Dos de sus compañeras que le sobrevivieron aseguran que Angela nunca quiso participar de las frivolidades propias de sus coetáneas. Y ambas no titubearon en afirmar que, para ellas, Angelita ciertamente llevó al claustro la inocencia bautismal.

El oficio que aprendió en su infancia le sirvió admirablemente en las misiones; ella confesaba más tarde que alguna vez las modas fueron para ella causa de tentaciones de vanidad y ambición; pero que el pensamiento de haber nacido en el año de la proclamación del dogma de la Inmaculada era un freno

constante para la ostentación, y la pureza de la Virgen un estímulo para el ejercicio de la virtud.

Dadas sus bellas prendas morales, fué admitida antes de lo que entonces se estilaba en la Congregación de Hijas de María que entonces florecía en Lu. Tan alto habían llevado aquellas jóvenes el "standard" de la congregación que muchas de ellas hacían voto perpetuo de virginidad. Nada extraño, pues, que Angela apenas entró a formar parte de aquel grupo tan selecto de jóvenes, solicitó y obtuvo sin dificultad el honor de tributar también ella a su Dios tan excelso homenaje.

La emisión de este voto acrecentó en su alma el santo temor de Dios y en su corazón el ansia de ser toda de su místico esposo Jesús. Y el Señor, que nunca se deja vencer en generosidad, retribuyó su homenaje con la vocación religiosa.

No podía por menos. Cuando una niña ha nacido en un hogar como el de Vallese, ha crecido acunada por la oración maternal en un ambiente de pureza y santidad; cuando una joven siente el horror que ella sentía por todo lo mundano; cuando una niña de diez años se siente capaz de dar catecismo en su parroquia como lo haría ella; cuando acaricia tan profundo anhelo de bien que no tiene empecho en dar clases de religión a muchachas mayores que ella y su voz encendida en amor divino penetra como espada de dos filos en sus almas rústicas amansando sus bravuras y limando sus asperezas, es porque en el pecho de esa niña está germinando una vocación auténtica.

¿Qué más? Cuando las mujeres que trabajaban en el campo se sentaban, fatigadas y sudorosas, bajo los árboles, Angelita, para evitar conversaciones inconvenientes o por lo menos inútiles, entonaba "Rallegrisi" (Alégrese) y si era el caso ella misma enarbolaba su hermosa voz argentina para cantar algún *"a solo"*. Y era de ver entonces como las aldeanas miraban a aquella muchacha campesina que parecía que se extasiaba cuando preludiaba esas loas que eran verdaderas saetas.

No se crea, sin embargo, que todo le salía a Angelita a pedir de boca. La virtud verdadera se criba con la prueba como el trigo en el harnero. De ahí que Dios permitiera que sus mis-

mas hermanas tuvieran envidia de ella. Y que alguna de ellas dejara escapar a veces alusiones nada halagadoras contra la "santurrona" e invectivas contra la "gata muerta" . . .

Un día, después del trabajo de la trilla volvieron a casa para refocilarse. Regresando luego al rastrojo, Angelita no llegó a tiempo y al verla más tarde la hermana mayor le dirigió estas palabras:

—¿Dónde has estado hasta ahora?

La pobre niña no respondió. Entonces la hermana le dió una palmada en el rostro, en medio de la consternación de las que presenciaban la escena. Y ella, roja de vergüenza, con los ojos relucientes, balbuceó:

—¿Cuántos manojos han juntado ustedes? Voy a apurarme . . . y en breve . . . podré alcanzarlas . . .

Y nada más. ¡Pobre criatura! ¡Sabe Dios qué tremenda humillación fué para ella ese espectáculo delante de gente extraña!

Antes que las Hermanas tuvieran residencia en Lu, la señora de Rota, madre del célebre misionero que habría luego de ilustrar ese apellido en Sur América con su prestigio como sacerdote, superior y músico, solía reunir todos los domingos, después de Vísperas, a las señoras y señoritas del pueblo en su casa para darles instrucciones religiosas. Angelita era infaltable. Y no perdía sílaba de aquellas sencillas pero luminosas pláticas. Un domingo habíase puesto el sol y ella no regresaba. Su padre estaba molesto. El hombre no consentía que ninguna de las hijas estuviera ausente de casa luego de puesto el sol. Cuando al cabo de media hora regresó, el campesino la reprendió ásperamente. Y ella, con toda mansedumbre:

—Tiene usted razón, papá; pero sentía mucho y temía estorbar saliendo mientras la señora Main hablaba. Y luego, ¡decía cosas tan lindas! . . . Pero esté seguro que otra vez llegaré a tiempo . . .

El buen hombre, algo corrido, replicó:

—No, hijita, quédate nomás. Y harías bien en llevar también a tus hermanas . . .

En 1871 un buen muchacho de la aldea la pidió por esposa. El padre de Angela, en la mejor forma que supo, comunicóselo a su hija. Esta replicó sin titubear:

—No quiero ni siquiera verlo. Quiero desposarme con uno ciertamente más hermoso y más rico que él . . . más rico que todos los hombres . . .

El padre añadió:

—Yo, a los 17 años, he seguido libremente mi ruta . . . y no quiero impedir que mis hijos sigan la suya.

—¡Gracias, papá! —dijo alborozada Angelita, echándole los brazos al cuello—. Creía que en usted iba a encontrar un obstáculo para seguir mi vocación . . .

Precisamente en esos días llegó a Lu un predicador de nota. Entre otras cosas dijo:

—"Las plegarias de las madres son ciertamente muy gratas a Dios; pero la oración de las vírgenes es mucho más agradable al Señor. Aquéllas son manzanas naturales, éstas, manzanas de oro purísimo. Dios no puede rechazar la oración de una virgen . . ."

Estas palabras que Sor Angela recordará muchos años después en Punta Arenas, contribuyeron a fijar su decisión de ser religiosa.

Desde entonces la joven redobló su fervor, se acercó con mayor frecuencia a los santos sacramentos y vivió sólo para su místico esposo. Así comenzó esa senda oscura y empinada, pero gloriosa y suave, que debía llevarla a la cima donde sólo vuelan águilas de la santidad. También ella, humilde mujer de aldea, será admiraba un día, como sus ilustres paisanos, Don Felipe Rinaldi y D. Pedro Rota. También ella entrará un día en el panteón de los grandes. Grandes, según Dios, que son los únicos que merecen este dictado. También ella contribuirá a demostrar que los pueblos pequeños pueden producir almas grandes . . .

CAPITULO II

DE COMO PLUGO A LA DIVINA PROVIDENCIA QUE S. JUAN BOSCO FUNDASE OTRA CONGREGACION

La obra maestra de Don Bosco es la Sociedad Salesiana. En su elaboración trabajó el Santo con un amor rayano en el delirio y con un talento que tiene mucho de genial. Primero fundó el Oratorio de S. Francisco de Sales, luego el de San Luis y el del Angel Custodio, en Turín. Al mismo tiempo fué escogiendo su personal: primero Miguel Rúa, luego Francesia y Cagliero. Tras ellos un manípulo de jóvenes generosos que Juan Bosco iba preparando suavemente, delicadamente, como un artista que cincela un mármol. En 1855 invitó a Rúa a prepararse para hacer sus votos. Ese mismo año, en Noviembre, ponía a Francesia a dar clase en 3ª clase gimnasial. El nuevo clérigo tenía sólo 17 años. También en 1855 comenzó a redactar nuestras constituciones. El trabajo fué arduo y difícil: dos años estuvo meditando sobre ellas. En su mente genial se unieron el estudio y la experiencia. En 1857 Don Bosco tenía ocho entre clérigos y jóvenes en quienes creía poder confiar. Al año siguiente presentaba sus Constituciones a Pío IX. El Papa le hizo una serie de observaciones muy atinadas: —"Son necesarios los votos; pero votos simples. No Congregación sino Sociedad. Religiosos sí, pero ante el Estado que sean libres ciudadanos".

Tan con pie de plomo andaba Don Bosco en negocio de tanta trascendencia que sólo el 9 de Diciembre de 1859 les habló explícitamente a los suyos de fundar una Sociedad religiosa. El 18 eligieron las autoridades: ya tenían Capítulo

Superior. El Director Espiritual era Subdiácono: Miguel Rúa. Los tres consejeros, el primero de los cuales era Cagliero, eran acólitos. ¡Don Bosco tenía una fe de taumaturgo!

El 23 de Julio de 1864 obtuvo el Santo el *Decretum Laudis* por el que la Santa Sede reconocía la existencia y aprobaba el espíritu de la nueva Sociedad. Y mientras el Santo proseguía febrilmente los trámites para que en Roma le aprobasen definitivamente su entidad religiosa y las constituciones, he ahí que la Providencia le ofrece la oportunidad de completar su obra.

En un rincón perdido del Monferrato, en un pueblecito minúsculo llamado Mornese, vivía un sacerdote todo de Dios: el P. Domingo Pestarino, bastante rico de bienes materiales, pero más de bienes espirituales. Entre otras obras sociales había emprendido el cultivo de un grupo de jóvenes, a las que dió un reglamento que había sido revisado previamente por ese gran teólogo genovés que era José Frassinetti. Las jóvenes vivían en sus respectivas casas pero practicaban los consejos evangélicos, unidas en una Pía Unión llamada "Hijas de la Inmaculada", entidad que en 1857 había sido reconocida y bendecida por el Prelado Diocesano. Las jóvenes obedecían a la más instruída de ellas, una maestra, Angelina Maccagno; pero imitaban a la más señera entre todas, por ser la más virtuosa: María Mazzarello.

Un día del 1862 providencialmente se encontró Don Pestarino en un viaje con Don Bosco. El Santo lo invitó a visitar su ya famoso Oratorio. Al poco tiempo el sacerdote mornesense llegaba a Turín. El hombre quedó prendado de la vida que allí se vivía. Don Bosco, por su parte pudo penetrarse bien el espíritu y de las obras de Pestarino. Este le habló naturalmente de su Pía Unión y le dijo que la joven Mazzarello tenía encaminado también una especie de Oratorio Festivo. En Santo se interesó vivamente por esa obra. Prometióle visitar Mornese. Desde entonces ambos clérigos no perdieron contacto.

Finalmente en Octubre de 1864 pudo Don Bosco cumplir su palabra. Fué con un conjunto de sus muchachos orato-

rianos. Al día siguiente a su llegada visitó a las "Hijas de la Inmaculada". Quedó sorprendido de hallar tan buen espíritu religioso en esas aldeanas. Y ellas quedaron de tal modo conquistadas por la santidad del hombre de Dios que donde

San Juan Bosco, el Fundador.

quiera hablara Don Bosco ahí estaban ellas. Especialmentee María Mazzarello, no perdía ninguna de esas pláticas sencillas que daba Don Bosco a sus chicos y que han pasado a la historia con el nombre de "Buenas Noches". El Santo estuvo en

Mornese desde el 7 al 11 de Octubre. En esa ocasión decidieron con el P. Pestarino echar los fundamentos de un Colegio para niños. La población ayudó generosamente. Don Bosco prometió que una vez terminado el edificio, volvería al pueblo para inaugurarlo.

Una vez que Don Bosco partió para Turín, el P. Pestarino, teniendo en cuenta las indicaciones que aquél le diera, reunió, en una casa de su propiedad, a María Mazzarello y a tres compañeras más, que deseaban llevar vida religiosa. A éstas se añadieron luego otras. De paso, recibían para convivir con ellas a algunas niñas menesterosas.

Entre tanto ya desde 1863 el P. Pestarino había sido recibido como miembro de la Sociedad Salesiana, lo mismo que el maestro del pueblo, Francisco Bodratto, que habiendo quedado viudo, cuando conoció a Don Bosco, pensó inmediatamente en seguir sus huellas, y habiendo sido admitido en la Congregación, fué luego el primer inspector salesiano de América. Don Bosco recibida que hubo la profesión religiosa de D. Pestarino, lo dejó al frente de sus obras en Mornese. Lo que significa que el Santo tenía ideas claras respecto de la nueva fundación.

El 13 de Diciembre de 1867 ya estaba terminaba la capilla del colegio salesiano y las obras del instituto a buen punto. Fué ese día el Santo a Mornese, bendijo la capilla y se quedó otros cuatro días más, ocupándose entonces más directamente de las Hijas de la Inmaculada. A su regreso a Turín escribió una especie de reglamento para ellas, cuya actuación encargó a su fiel intérprete D. Pestarino, pues había concebido la idea de agregar a su primera fundación, una rama femenina.

Pasaron así otros cuatro años en los cuales el Santo no perdió de vista a Mornese. En 1871 habló a sus capitulares sobre el particular. Pidió especiales oraciones y le dió tanta importancia a ese proyecto que dispuso que todas las oraciones del Mes de María fueran dirigidas con el fin de impetrar luces de Dios para tan importante asunto. Luego de la fiesta de María Auxiliadora reunió de nuevo a su Capítulo, interrogó a cada uno, invitándolos a expresar libremente su pensamiento. To-

dos estuvieron conformes en la oportunidad de proveer en esa forma a la educación de la juventud femenina. Entonces el Santo dió un paso definitivo: en Junio expuso su decisión al Sumo Pontífice. El Papa no contestó en seguida. Se tomó un tiempo para deliberar y en otra audiencia se dignó manifestarle su parecer favorable al proyecto, diciendo "ser su opinión que estas religiosas tuvieran por objeto principal hacer por la educación de las niñas lo que los miembros de la Sociedad Salesiana hacían por los niños. En cuanto a la subordinación, agregó, que dependan de vosotros como las Hijas de la Caridad dependen de los Lazaristas. En este sentido formule nomás las constituciones y comience la prueba. Lo demás vendrá de por sí . . ."

Cuando Don Bosco manifestó a Don Cerruti que pensaba fundar una Congregación femenina, el talentoso director de Alassio no le ocultó su asombro. Entonces el Santo le explicó: —Mira, le dijo, la Revolución se ha servido de la mujer para hacer el mal: nosotros nos serviremos de ella para hacer un gran bien. Y le confió que quería llamar al Instituto "de María Auxiliadora" para que fuera un monumento viviente de su gratitud a la Madre de Dios por los muchos beneficios recibidos.

Desde entonces Don Bosco contó entre sus hijas a las "de la Inmaculada" y a la casa de Mornese como a otra casa salesiana más. Tanto es así que cuando en 1872 se ocupaba febrilmente de conseguir la aprobación definitiva de los salesianos, enumera 16 casas y la última es la "Casa de María Auxiliadora de Mornese", "apéndice y dependencia de la Congregación Salesiana" —dice textualmente.

Pero ¿cómo llevar a efecto su hermoso pero difícil plan? Veamos como la Providencia le tendió un puente. Terminado el Colegio Salesiano de Mornese, faltaba para abrirlo sólo la autorización eclesiástica. Estando vacante la sede diocesana de Acqui, la Curia, temiendo que el nuevo Colegio fuera en detrimento del Seminario Diocesano, rechazó la solicitud. El Santo, apenas supo del rechazo se alegró la mar. Ese sería el local que necesitaba para sus religiosas. Pero debió

emplear toda su prudencia para vencer la oposición de los mornesenses que querían a toda costa un colegio salesiano. Por otra parte aquellas muchachas que hasta vivían en comunidad y con votos ¿querrían de veras ser religiosas en todo el sentido del vocablo? Don Pestarino lo ayudó a solucionar los dos problemas. Primero: explorar la voluntad de las jóvenes. Dió excelente resultado: 27 estaban listas para seguir a Don Bosco. Entonces el Santo envió a D. Pestarino las flamantes constituciones escritas por él para que se las leyese y explicase. El Director procedió, en nombre de Don Bosco, a la formación del Capítulo. Fué por elección. Resultó elegida superiora general la hoy Beata María Dominga Mazzarello. La humilde joven quedó desconcertada. Y no era para menos. La pobre no sabía escribir. Pero los 21 votos que tuvo en su favor denotaban hasta qué punto las compañeras confiaban en ella. Suplicó, por tanto, que anularan la elección y nadie consiguió persuadirla que debía aceptar. Pero las demás, hábilmente, la convencieron a que aceptara por lo menos el cargo de Primera Asistente con el título de Vicaria, hasta que Don Bosco decidiera la cuestión. El Santo no decidió nada. Dejó que las cosas siguieran así para ver como marchaba su flamante Instituto.

Pero el asunto más peliagudo era el del edificio. Y una vez más la Providencia lo sacó a flote. La casa parroquial amenazaba caerse: eran tales los desperfectos que era necesario otro edificio. La Municipalidad debiía proveer. El asunto se trató en el Consejo y decidióse dejar la casa de la Inmaculada para casa rectoral yendo las jóvenes allí alojadas a ocupar provisoriamente el nuevo colegio. El cambio, naturalmente, había sido preparado con toda habilidad; pero cuando las autoridades y pueblo se percataron de los designios de los dos sacerdotes, Bosco y Pestarino, pusieron el grito en el cielo. Sin embargo, poco a poco se calmaron casi todos los ánimos y los que no entendieron razones se conformaron pensando que pronto esas muchachas se iban a cansar de esa vida e iban a volver a sus casas.

¡Vana esperanza! Ni la tempestad exterior ni la pobreza interior fueron parte para conmover la constancia de aquellas

La bienaventurada Madre María Dominga Mazzarello.

valientes jóvenes piamontesas. El 5 de Agosto de 1872, Mons. Sciandra, Obispo de Acqui, ante Don Bosco imponía el hábito religioso (aquel color castaño primitivo . . .) a las primeras Hijas de María Auxiliadora. Eran 15, de las cuales 11 hicieron votos trienales y 4 recibieron la medalla que las acreditaba como novicias.

Desde ese momento el Santo toma más a pechos que nunca su nueva fundación. Quiso ante todo organizar la vida de comunidad. Las nuevas hermanas no tenían idea de vida religiosa propiamente dicha. Don Bosco consiguió dos hermanas del Instituto de Santa Ana de Turín para que fuesen a vivir con ellas a fin de iniciarlas en la práctica de la meditación, en el modo de tener las reuniones, cómo desenvolverse en los menesteres propios del oficio, en la modestia religiosa, en el trato con las familias de las educandas, en el ejercicio del silencio, etc. Las dos religiosas maestras estuvieron en Mornese de Febrero a Setiembre de 1873. Tampoco tenían instrucción. Por eso el Santo dispuso buenas maestras que las instruyesen y preparasen a las más capaces para los exámenes de magisterio.

En 1874 Don Bosco pudo escribir a D. Pestarino que el Instituto había sido "incardinado en la Congregación". Ese mismo año Don Bosco puso al frente de la rama femenina como Director General al P. Juan Cagliero.

Como Director ordinario seguía el P. Pestarino. Pero el 15 de Mayo de 1874 Dios lo llamó a Sí. Le sucedió otro salesiano virtuosísimo: el P. José Cagliero, que también falleció poco después, en Setiembre. Entonces Don Bosco puso al frente del Instituto al P. Santiago Costamagna.

Cuando en 1875 el P. Cagliero vino a América presidiendo la primera expedición de misioneros, quedó en su lugar nada menos que Don Miguel Rúa. Tal la importancia que Don Bosco daba a su nueva fundación. Desde entonces la rama femenina de las fundaciones del Santo turinés ha ido en un crescendo maravilloso, al punto de que hoy, extendidas en la sobrehaz de la tierra y afincadas en los cinco continentes hay 9.144 Hijas de María Auxiliadora.

CAPITULO III

EN QUE SE NARRA LA FORMA COMO DIOS CONDUJO A ANGELA A LA REALIZACION DE SUS DESIGNIOS

El confesor había dado a Angela, como norma de conducta, los tres consejos básicos de San Alfonso: secreto, oración y recogimiento. Sobre ese trípode debía reposar su vocación. La joven observó a la letra las indicaciones de su director espiritual. Guardó secreto para todos, menos para la Señora María Rota que había sido la que la había enderezado por sendas de perfección y la que la había sostenido en las primeras luchas. Y fué también esta virtuosa mujer la que le indicó la ruta que debía seguir entre las varias que se abrían ante sus ojos en ese momento crucial de su vida.

Una de las dificultades que se erguían en el camino de su vocación era ésta: ¿de dónde sacaría ella, pobre campesina, lo necesario para pagarse la dote que todas las Ordenes y Congregaciones Religiosas fijaban? Pero ahí estaba la Providencia para allanársela. Precisamente la Señora de Rota era una ferviente devota de Don Bosco. Apenas Angela le expuso su obstáculo, aquélla le dijo: —No temas: este santo sacerdote acepta entre sus hijas aún a jóvenes pobres, con tal de que tengan verdadero espíritu religioso, que vale mucho más que el oro . . .

La joven respiró. En seguida comenzó a preparar el ajuar necesario. Para comprarse una almilla de lana tuvo que ir a pie hasta Casale con su hermana. Pronto tuvo todo listo: el ajuar y el permiso de sus padres; sólo faltaba la aceptación de Don Bosco. La joven esperaba ansiosamente que el Santo

fuera a Lu para entrevistarlo y la ocasión no se hizo esperar. El Fundador, con esa mirada de psicólogo consumado que tenía, leyó en la frente de esa aldeana, pequeña, modesta y sencilla, pero de ojos vivísimos, el caudal enorme de energía latente que almacenaba su espíritu inquieto y generoso. Y la aceptó.

Pero debía Dios someterla todavía a la última prueba. Cuando absolutamente todo estaba listo; cuando tenía la palabra de aceptación de Don Bosco, se apoderó de ella una tan pertinaz melancolía que no eran parte a disiparla ni las oraciones ni la meditación. ¡Pobre joven! Estaba triste, andaba cabizbaja, frecuentemente se la notaba absorta en pensamientos vagos con la vista clavada en un punto indefinido . . . mientras gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Asombrada su hermana mayor la tomó aparte y le dijo a boca de jarro:

—¿Por qué esa tristeza? ¿Por qué esas lágrimas? ¿Ahora que tienes todo listo, permisos y ajuar, vas a volver los ojos atrás? ¡Pero Angelita!, sé más reflexiva; en estos días hasta te has puesto pálida y ojerosa . . .

—Querida Yiyín (1) —contestó Angela sollozando—. papá y mamá han hecho tantos sacrificios por mí, para enseñarme un oficio y ahora que lo poseo y que puedo retribuir sus sacrificios trabajando por ellos, irme y dejarlos sumidos en la pobreza en que siempre han vivido . . .

—Pero, Angelita —replicó Yiyín—, si esa es la causa de tus angustias, has de saber que aquí estoy yo para trabajar en tu lugar y entregar a nuestros padres todo lo que gane. Pero tú vete adonde Dios te llama porque el que pone la mano en el arado y vuelve los ojos atrás no es apto para el reino de los cielos . . .

Angelita la besó conmovida. Y sin decir palabra fué a preparar todo para la partida. Lió su ropita, saludó a los suyos y con el alma llena de dulces esperanzas, se dirigió a pie hasta Borgo San Martino. Ahí estaba como director el P. Juan

(1) Diminutivo familiar de Teresa.

Bonetti y como directora del Colegio M. Auxiliadora, Sor Felicitas Mazzarello, hermana de la Superiora General. Ambos le aconsejaron que fuera cuanto antes a Mornese. Y la peregrina siguió andando en pos de su vocación . . . Era el 18 de Agosto de 1875 (1).

Y el 15 de Noviembre de 1875, un día después que la primera expedición de misioneros salesianos, capitaneados por el P. Cagliero, zarpaba hacia la América, Angela Vallese entraba como postulante en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora.

Después de algunos meses de prueba, en vista de las excelentes condiciones de la postulante y las poco comunes virtudes que adornaban su alma virginal, en el día clásico de la familia salesiana, el 24 de Mayo de 1876, fué admitida a la vestición. Y cúpole a ella también como a un núcleo selecto de las fundadoras del Instituto, la gloria de vestir aquel prístino hábito color café "que el tiempo habría luego de ennegrecer". Sor Angela participó, por lo tanto, de las primicias del Instituto y bebió en su misma fuente el genuino espíritu de Don Bosco. Ella tuvo la sin par ventura de vivir en aquella comunidad primitiva, perfumada de candor y de gracia, que tenía una superiora general que aun no había hecho los votos perpetuos (los hizo el 28 de Agosto de 1875) pero picaba tan alto en la virtud, que hoy la Santa Iglesia la ha puesto solemnemente en el catálogo de las bienaventuradas.

La joven Vallese, de entrada nomás pudo empaparse de sentida piedad. Pues llegó justamente a tiempo para aquellos históricos ejercicios espirituales que predicaron a las nuevas religiosas el célebre P. Emilio, carmelita, y el J. Juan Cagliero, más tarde Cardenal. Llegó precisamente en la edad de oro del Instituto, cuando la norma primera y fundamental de la vida religiosa era la voluntad de Don Bosco. "Così vuole Don Bosco", decía la superiora y se allanaban todas las dificultades

(1) Creemos que hay un error en la obra "Suor María Mazzarello" de Maccono, pág. 319 donde afirma que Sor Vallese entró en el Instituto en 1874. Ella fué en Agosto a la casa de Borgo S. Martino y ésta se abrió sólo el 8 de Octubre de 1874.

y se disipaban todas las objeciones posibles. Llegó Angela a Mornese cuando la Beata Mazzarello estaba en la plenitud de su vida y en el apogeo de su prestigio como mujer dotada de un extraordinario don de gobierno y una santidad acrisolada. Cuando Sor Vallese vió a la Madre pasando sigilosamente en las crudas noches de invierno por los dormitorios para comprobar si todas las hermanas tenían suficiente abrigo; cuando vió a la Madre General obedeciendo con humildad sencilla y reverente al P. Cagliero y al P. Costamagna; cuando la vió usando la ropa más vieja y deteriorada de la casa por espíritu de pobreza y mortificación, comprendió la joven religiosa en toda su luminosa realidad cual era la "escondida senda" que conduce a la verdadera gloria. Y por ella enderezó sin titubeos.

Y fué precisamente el ejemplo y las palabras de tan excelsa maestra la que la curaron de un mal espiritual sumamente pernicioso: los escrúpulos. En el Sumario del Proceso Diocesano para la canonización de la Madre Mazzarello, dice Sor Vallese que cuando ella entró en religión era muy atormentada de escrúpulos. Se confesaba; pero luego cuando iba a comulgar no se sentía con valor. Y pasaba temporadas sin acercarse al Sacramento de la Eucaristía. Años hubo que pasó desde la Pascua hasta Todos los Santos sin comulgar. La Beata la llamó, le habló y luego rezaron juntas con la Maestra de Novicias. El efecto fué sorprendente: la Hermana Angela se curó para siempre y radicalmente de sus escrúpulos.

Por su extraordinario fervor Angela mereció que se le abreviase el noviciado. Ese período de prueba tan importante en la formación de las religiosas y cuyos límites hoy el nuevo Código de Derecho Canónico fija con taxativa inflexibilidad, para Sor Vallese, fué solamente de tres meses y cinco días. Lo comenzó el 24 de Mayo y lo terminó el 29 de Agosto de 1876. Y esto, por expreso deseo del Santo Fundador. Junto con 14 compañeras más hizo por vez primera su profesión trienal en manos de Don Rúa que ocupaba el lugar del P. Cagliero que se encontraba en América. Era la época de la expansión de la obra y Don Bosco iba a tambor batiente. El 7 de Octubre se abría la casa de Biella, el 12 del mismo mes la de Alassio.

La Madre Mazzarrello, a fines de Octubre pudo escribir al P. Cagliero: "Ahora tenemos seis casas, esto es: Mornese, Borgo San Martino, Bordighera, Turín, Biella, Alassio y entre uno o dos meses se abrirán también la de Lanzo y la de Mathi".

Pero el Instituto, como una vid exuberante de energías vitales, no sólo quería extender sus vástagos dentro de los confines de Italia sino hasta remotos continentes. Al saberse en la casa de Mornese el 12 de Mayo (1875) la noticia bomba lanzada al público por Don Bosco, de que sus salesianos vendrían a establecerse en la Argentina, y más aún cuando supieron las hermanas que el Jefe de la Expedición sería su Director General, lo sintieron en el alma; pero al mismo tiempo no dejaron de experimentar una secreta y santa envidia de sus hermanos religiosos que ya tenían suficientes fuerzas y valor para lanzarse a través de los mares. La misma Madre General, escribiéndole al P. Cagliero para las fiestas de Navidad (los salesianos llegaron el 14 de Diciembre de 1875 a Buenos Aires), le dice: —"Y cuándo irán las Hijas de María Auxiliadora? . . . Si Dios dispusiera que alguna de nosotras fuera a celebrar la Navidad en esa lejana comarca que se llama América, iríamos todas de buen grado . . ."

Y estaba de Dios que ellas también vinieran. Don Bosco lo tenía pensado. Y como para la Madre Mazzarello un deseo del Santo era una orden perentoria, apenas supo de la decisión del Fundador, comenzó a preparar la expedición, con tal celeridad que parecía no tener otra cosa que hacer. Porque así era aquella mujer: humilde y obediente en extremo.

Cuando las que habían estado con las Hermanas Dominicas para rendir examen de maestras, regresaron, se hacían lenguas del buen trato recibido. La Madre aprovechó al punto la ocasión y dijo: —Aprendamos nosotras a tratar siempre así. Y luego agregó: —No olvidemos que si nos tratan tan bien es porque somos religiosas e hijas de Don Bosco.

Cuando tuvo que dar cuenta al Santo de la casa de Biella, le manifestó una duda: —Quizás no se pueda permanecer allí; las Hermanas no están de buen grado. Y el Santo le contestó:

En las casas de Don Bosco nadie está por fuerza. Si las Hermanas de Biella no quieren estar, que se cambien; pero la casa no se cierra. La Madre no dijo una palabra más.

Visitando la casa de Alassio, halló que el horario era harto pesado. Obligaba a las religiosas a levantarse más temprano y a ir a reposar muy tarde. La Madre entonces dijo: —¿Sabe Don Bosco de este horario? Si Don Bosco lo sabe, bien; pero si no, que se procure modificarlo.

Cuando pudo leer en el flamante Boletín Salesiano publicados los programas de dos de sus colegios, exclamó llena de satisfacción: —Vean como Don Bosco y los Salesianos nos consideran como de familia. Nuestras empresas no tienen vida ni éxito sino por Don Bosco y por sus hijos. ¡Guay de nosotras si la soberbia llegara a convencernos que podemos algo sin ellos! . . . Seríamos sarmientos separados de la vid y nada más.

La Directora de la casa de Turín le narró este diálogo que sostuviera con Don Rúa, a la sazón Director General del Instituto:

—Padre Director; ¿podríamos continuar comiendo fruta al desayuno? Nos regalan tanta que si no la comemos se echa a perder.

—¿Qué dice la Regla? —preguntó Don Rúa, el "hombre de la regla".

—Que se puede tomar café con leche o fruta.

—¡Ah!, así que dice o y no *y* . . .

—Sí, pero como total se pierde . . .

—Es mejor que se pierda la fruta y no la observancia religiosa.

Cuando la Madre Mazzarello oyó esto, sentenció: —¿Veis lo que son los santos? Aprovechad las que tenéis la dicha de vivir en Valdocco.

Esa fiel docilidad y profunda veneración por Don Bosco resplandece también cuando se trató de cambiar el hábito. Algunos decían que el nuevo era demasiado luctuoso, que había que añadirle un poco más de blanco. En Mornese estudiaron el asunto y al cabo confecionaron un modelo; pero

ante todo la Madre quizo saber qué pensaba Don Bosco del hábito. Fué elegida Sor Catalina Daghero como "maniquí vivant". Esta se presentó al Santo. Don Bosco la miró un momento y luego, sonriente, tras un breve silencio, exclamó: —Y bien: no está del todo mal. Podéis probar . . . total, sois vosotras las que lo llevaréis . . . Y quedó cristalizado el hábito actual.

Hemos traído a colación estos episodios históricos por dos razones: primera, para que se vea en qué clima de filial devoción a sus superiores se había formado Sor Vallese; y segunda, para que más adelante podamos comprender algunas actitudes de esta religiosa, que durante todo el curso de su vida no hizo más que imitar fielmente a su santa Madre General y cofundadora del Instituto.

El día que en Mornese se trató del envío de misioneras a la América, fué un día de revuelo general. Hubo un entusiasmo indescriptible. Sin embargo, la prudencia parecía aconsejase sobreseer. Las Hermanas eran pocas y su ciencia y su experiencia harto rudimentarias. Pero la Madre cortó por lo sano: —Si Don Bosco habla así, es la Virgen que habla por él. Y la Virgen sabe de qué medios echa mano para las obras de su Divino Hijo . . .

¿Qué había dicho Don Bosco? Luego de conferenciar extensamente con el P. Cagliero, que acababa de llegar de Buenos Aires, después de casi dos años de ausencia, el Santo había escrito a la Superiora, diciéndole que las que deseaban consagrarse a las misiones extranjeras para cooperar con los Salesianos y como los Salesianos a la salvación de las almas particularmente de las niñas, que lo pidieran por escrito y que luego se haría la elección. Muchas fueron las que pidieron. La Madre y su Capítulo seleccionaron seis. El 27 de Setiembre se supieron sus nombres. No eran por cierto de las más maduras; pero ciertamente entre las más virtuosas. Aquí van los nombres de aquellas valientes, verdaderos heraldos de tantas otras que vinieron sobre la ruta que a ellas cupo la gloria de abrir. Como Directora vendría Sor Angela Vallese, que contaba a la sazón 23 años. Sor *Juana Borgna,* de Buenos Aires,

vendría como Vicaria, 17 años, Sor *Angela Cassulo,* de Castelletto D'Orba, 25 años, Sor *Angela De Negri,* de Mornese, 18 años, Sor *Teresa Gedda,* de Pecco-Turín, 24 años y Sor *Teresa Mazzarello Baroni,* de Mornese, 18 años. Impresiona comprobar la fe y la confianza que tenían Don Bosco y la Madre Mazzarello en sus hijas. ¡Enviar allende los mares a un grupo de jovencitas inexpertas a conquistar como quien dice el Nuevo Mundo, parecería tentar a Dios! Y sin embargo el tiempo les ha dado la razón: su fe no los defraudó.

Y de ese modo Sor Vallese debió comenzar a aparejarse para su nuevo y misterioso destino. Su suerte estaba echada: sería misionera . . .

Sor Catalina Daghero, 2a. Superiora General.

CAPITULO IV

EN QUE SE NARRA EL VIAJE QUE REALIZO SOR VALLESE SIN HABERLO NUNCA SOÑADO

Cuando en Lu supieron que Angela se iba de misionera a lejanas tierras, ¡a la América! todo el pueblecito se estremeció de sorpresa. Y su familia vibró de una indefinible alegría mezclada con mucha tristeza, como esas medicinas dulces cuyo almíbar no alcanza a disipar el desabrido gusto de la pócima. La madre de Angela proyectó al punto un viaje a Mornese para despedirse de la hija. Y fué en compañía de la otra hija, Teresa.

En llegando a Mornese se enteraron que Angelita era nada menos que ¡la superiora! de la flamante expedición que partiría rumbo a las Américas . . . Es de imaginarse el orgullo con que abrazó entonces la buena aldeana a su hija. ¿Y por qué no decirlo? la envidia con que su hermana miraba a esa "obrera de la aguja" hasta hacía 2 años trocada ahora en el centro de las simpatías, de la reverencia y de la admiración de tantas personas . . . Teresa no pudo menos que decirle: —Cuidado, Angelita; viéndote tan honrada y favorecida, temo que te suceda lo que a Fray Justino . . . el vuelo repentino, al abismo está vecino . . .

Angela estaba muy lejos de ensoberbecerse por su cargo: al contrario, sentíase agobiada con el peso de tamaña responsabilidad. Por eso la ruda advertencia de su rústica hermana no dejó de impresionarla. Sonrió dulcemente; pero cuando 11 años más tarde volverá por primera vez a Italia, al verla, le dirá: —"Teresa, la recomendación que me hiciste al partir, no la he olvidado. Y en varias ocasiones de mi vida misionera, me ha hecho mucho bien . . ."

Sor Angela accedió solamente a ponerse al frente del pequeño rebaño del Señor cuando supo que las acompañaría el Director local de Mornese, el futuro Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza, D. Santiago Costamagna, que sería a la vez el jefe de la tercera expedición salesiana que partía hacia Sur América.

El P. Costamagna era un espíritu ardiente, todo vehemencia cuando de la gloria de Dios y del bien de las almas se trataba. Cuando Don Bosco lo designó jefe de la nueva expedición, el hombre se llenó de santo regocijo. ¡Finalmente podría desfogar en amplios horizontes su sed de conquistas! Los días que precedieron a la partida los pasó enseñando el castellano a las misioneras. El lo había estudiado y lo hablaba discretamente. Y no se movió de Mornese hasta que no fué a suplirlo el P. Lemoyne. Finalmente llegó el momento. Y fué cuando se despidió de la comunidad con una conferencia de campanillas, sobre el tema: "El mundo bajos los pies; en el corazón, siempre Jesús; y en la mente, la eternidad".

Para la función del adiós a Mornese se fijó el día 3 de Noviembre de 1877; y el 14 sería el de la partida de Génova. Y mientras los Salesianos se preparaban para la solemne despedida en el Santuario de María Auxiliadora de Turín, las Hermanas, por indicación de su nuevo Director, el P. Lemoyne, tenían otra función similar en su Casa-Madre de Mornese. Y si en Valdocco, la despedida era siempre emocionante, es de imaginarse, cómo lo sería en Mornese, donde la sensibilidad femenina de las misioneras y la circunstancia de ser el primer grupito que viajaría allende los mares, ponía una nota de emoción indescriptible. Fué por la tarde. La capilla estaba de bote en bote: parientes y amigos de las religiosas, todos conmovidos hasta las lágrimas.

Después de Vísperas, el P. Lemoyne les dirige elocuentes palabras. Les recomienda que vivan siempre unidas por el vínculo de la caridad. Luego de la Bendición con el Smo. Sacramento, la Madre Mazzarello se levanta y se encamina hacia la puerta. Las misioneras la siguen. Fué entonces cuando los sollozos, hasta entonces reprimidos y ahogados en el pecho,

se desatan como un torrente que llenó poco a poco el sagrado recinto y las adyacencias. Padres, madres, hermanas menores, educandas: todos sollozaban. Y ¡lo que puede la gracia de Dios!: las misioneras eran las más serenas, las que animaban a sus parientes a sobrellevar con fe la dolorosa separación.

Hubieran deseado todas acompañar a los Salesianos para recibir la bendición del Papa; pero las expensas del viaje eran muy crecidas. Y debió reducirse a una representación. Irían solamente: la Madre Superiora, la Hermana Vallese y Sor Juana Borgna. Al día siguiente, por la tarde, toda la Comunidad acompañó a las tres viajeras hasta el Santuario de Gavi. Pasaron la noche en el pueblo de Gavi, en casa de la Sra. Jerónima de Verdona. De allí a San Pier d'Arena. Hacia la media noche llegó el tren que conducía a los Salesianos a Roma. Subieron las misioneras y siguieron viaje. Al frente de los misioneros iban el P. Cagliero y el P. Costamagna. Llegaron el día 5.

En Roma todo causaba maravilla a las tres humildes aldeanas. Narra la Hna. Borgna la impresión de santa ingenuidad que le producía la Madre Mazzarello comprando manzanas y castañas por la calle para que sus dos misioneritas no sufrieran hambre . . . La suntuosidad de los edificios de la Ciudad Eterna las dejaron deslumbradas; las catacumbas con sus reliquias de mártires, las incitaron a trillar la senda pesada pero gloriosa de la cruz; la vista del Papa, les dejó un recuerdo imborrable.

A mediodía del día 9 tuvieron audiencia. Allí estaba el gran Pontífice Pío IX, el Papa de la Inmaculada y del Concilio Vaticano: anciano venerando encorvado por los años; pero en sus ojos relampageaban chispas que tenían algo de divino. Estaban todos los misioneros en las galerías de Rafael. De pronto se anunció la presencia del papa. Y apareció con los Cardenales Bilio, Pacca y Ledokowski. El P. Cagliero habló:
—He ahí, Padre Santo, la tercera expedición de misioneros salesianos, que van a reunirse con sus hermanos en el campo de misiones de América. Están también las Hijas de María Auxiliadora, que zarpan hacia tierras uruguayas para fundar

allá su primera casa. Hemos venido a pedir la bendición apostólica que ya nos ha confortado en estos años pasados en la Argentina y el Uruguay.

El Pontífice contestó: —Sí, hijos queridos, os bendigo de todo corazón. Luego, echando una mirada a la larga fila de misioneros, preguntó: —¿De dónde saca Don Bosco tanta gente?

—Nos la manda la Providencia, Santidad, replicó el P. Cagliero.

—Decís bien: la Providencia. Ella lo es todo; confiemos siempre en Ella.

Luego pasaron a besar el anillo. Y el Papa, no obstante sus 85 años, les dirigió un bien hilvanado discurso sobre la obra de la Iglesia en el mundo. Después los bendijo y les dió a besar nuevamente el anillo.

Desde el 13 temprano, Don Bosco esperaba a los viajeros. Había ido de Turín a Génova para despedirlos. Ese dia llegaron. Se esperaba también a las misioneras que habían quedado en Mornese; pero no aparecían. ¿Qué había pasado? Parecía que los elementos se habían conjurado contra ellas: primero, una lluvia desecha, luego una niebla densísima y finalmente, cuando por la tarde quisieron partir, un viento impetuoso les impidió hacerlo. Así perdieron un día y como el tiempo urgía, quisieron alquilar un coche. Pero, como ninguno quería exponerse con ese tiempo y esos caminos, pidieron prestada una carreta de bueyes y habiéndola provisto de un toldo con cañas y ramas partieron nomás las buenas religiosas, bajo la lluvia que de nuevo caía a cántaros, cantando himnos a la Virgen. Así pudieron llegar a media noche, pero aún a tiempo para tomar el barco.

Un vez en San Pier d'Arena los Salesianos no atinaron a separarse de Don Bosco y las Hermanas de la Madre. El Santo había pensado también en ellas. Las recibió una por una para hablarles. Mientras todas andaban preocupadas con los preparativos del viaje, entra el P. Costamagna y entrega a Sor Teresa Mazzarello, un hermoso cuadro de María Auxiliadora, bendecido y regalado por el Santo para la capilla

de Mornese y que el Jefe de la expedición había querido llevar a la América, como un elocuente símbolo de unidad . . .

El histórico cuadro de María Auxiliadora que se conserva en Villa Colón.

Poco después, llega el P. Cagliero con otro cuadro: —"Este, —les dice—, fué expuesto el día de la consagración del templo

de María Auxiliadora, en Valdocco. Don Bosco lo ha vuelto a bendecir y lo envía a sus misioneras . . .".

El primer cuadro fué a Almagro, con el P. Costamagna; el segundo, a Villa Colón en el Uruguay.

La noche del 13 al 14 nadie durmió. Las religiosas, no obstante el cansancio originado por el penoso viaje, anduvieron trajinando toda la noche. A la mañana del 14, miércoles, celebró Don Bosco muy temprano. Luego confesó a todas las misioneras, que se presentaron para recibir del Santo los últimos consejos. Llueve y sopla fuerte viento. Sin embargo, es necesario ir a Génova para embarcarse. En el puerto espera anclado el vapor "Savoie".

A las 9.30, Salesianos y Hermanas se encuentran ya a bordo. Estando allí, alguien quiere fotografiarlas: —Se sacarán la fotografía cuando estén 3 metros bajo tierra —contestó el austero director. La Madre Mazzarello visita los camarotes donde viajarán sus hijas; se interesa para que nada les falte. Luego se entretiene con cada una en particular y les dirige la palabra a todas en conjunto. Finalmente las lleva donde está Don Bosco. El Santo Fundador les habla, las consuela, las bendice. El P. Cagliero se empeña en que todas estén alegres. Pero . . . es demasiado grande la emoción para poder ocultarla. Al cabo, todos los que se quedan descienden por la planchada, bajo una lluvia pertinaz. Entonces, por última vez, todos, Salesianos y Hermanas, se arrodillan. Don Bosco, con la diestra trémula por las sentimientos que bullen en su corazón y por los años, bendice otra vez. Luego se vuelve hacia el puerto, enjugándose los ojos . . . Al hacerlo, se le cae el pañuelo. Una religiosa se apresura a recogerlo. Y en lugar de entregárselo, se lo cambia por otro, para llevar a la América ese lienzo bendecido con las lágrimas del Padre . . . Y bajan silenciosos: Don Bosco, Don Cagliero, la Madre Mazzarello, la Madre Asistente, Sor Emilia Mosca y el Director de San Pier d'Arena. El cielo también parece llorar . . . La lluvia sigue cayendo sin tregua. El P. Costamagna, para evitar emociones, entona una loa mariana, que él había compuesto en Mornese. Todas cantan y

se desahogan. Don Bosco y la Madre oyen, como un eco, el canto que comenzaba: *"Io voglio amar Maria"* . . .

Y así, con el nombre de la Virgen en el corazón y en los labios, se separaron. Eran las 10. Un viento, raro en esa comarca, soplaba con furia. Se oyó luego el ruido característico de levar anclas, las hélices aceleraron su raudo girar, las aguas hirvieron a popa, llenando la superficies del mar de espumas albiverdes, la bandera tricolor saludó, como de costumbre, por tres veces a la ciudad genovesa, el silbido resonó estridente por los ámbitos del golfo y el barco comenzó a virar remolcado por un patache . . .

—¡Adiós! —fué la expresión natural, espontánea que musitaron todos los labios y que dictaron todos los corazones.

El primer percance que acaeció a las Hermanas fué que, en el apuro, confundieron los paquetes y cuando quisieron acordar no tenían el de las tocas. De modo que cuando debían lavarlas, la Hna. Vallese dejaba a las otras cinco Hermanas en el camarote sin este adminículo y ella, con un pañuelo al cuello, iba a lavarlos. Luego el coadjutor salesiano Musso, que venía como zapatero a Buenos Aires, iba y venía con la plancha hasta que terminaba la labor. Y así la habilidad de la directora y la caridad del buen hermano, suplían la falta de las prendas olvidadas.

Desde Gibraltar, el P. Costamagna escribe a Don Bosco dándole cuenta de las peripecias del viaje. Pasado el Estrecho, el *Savoie* dobló hacia el Sur Oeste. Allá, a proa estaba la América con sus esperanzas y sus interrogantes; a popa, quedaba la Europa con los afectos y los recuerdos . . .

Durante la travesía no estuvieron ociosos. ¡Bueno era el P. Costamagna para permitir que el ocio fuera a hacer estragos entre los suyos! Dividió el trabajo: unos enseñaban catecismo a los emigrantes mayores, otros a los chicos. Y las Hermanas también se dividieron las niñas de tercera para enseñarles la doctrina. Casi un mes después, el 12 de Diciembre, vieron, finalmente el cerro de Montevideo. Todos esperaban bajar en seguida. Pero ¡oh, amargo desengaño! Como algunos pasajeros habían bajado en Río de Janeiro, entre los

cuales algunos Salesianos para ir a obsequiar a Mons. Lacerda, y en esa ciudad se ensañaba la fiebre amarilla, todos fueron obligados a pasar a la isla de Flores para hacer *cuarentena.* Trasbordaron a las religiosas en un lanchón y bajo un sol de justicia debieron pasarse desde las 11 hasta las 17.

Afortunadamente la cuarentena se redujo a cinco días. Terminada la cual, pudieron bajar en el puerto de Montevideo. Los Salesianos se dirigieron a Villa Colón, a su casa, con el P. Lasagna que los esperaba. Las religiosas, por orden de Mons. Jacinto Vera, al palacio episcopal. El Prelado quiso que almorzasen en el palacio. Luego pasaron a la sala del Obispo, donde éste las entretuvo hablando de Don Bosco. Lo primero que llamó la atención del virtuoso Prelado fué la juventud de las misioneras. En su apostólica sencillez las llamaba "muchachas". Hablaron todo el tiempo en castellano,arreglándose las pobres italianas como podían . . .

CAPITULO V

EN QUE SE HABLA DEL SEGUNDO NOVICIADO QUE HIZO SOR ANGELA VALLESE

La casa que debían ocupar las Hermanas no estaba todavía lista. De modo que el P. Lasagna, de acuerdo con el Prelado Diocesano, condujo a las religiosas, ínterin se terminaba el edificio, al Monasterio de la Visitación. ¡No podían haber ido a lugar más apropiado! Unas y otras eran salesianas: aquéllas por adopción, éstas, por derecho natural, como que fueron fundadas por el mismo S. Francisco de Sales.

Allí estuvieron por casi dos meses, huéspedes de las buenas monjas salesas. Es decir hasta que se dieron por terminados los trabajos de la casa de Villa Colón, el 3 de Febrero de 1878. (1)

En el monasterio Sor Vallese debió comenzar a ejercer su delicada misión de ser el alma de la pequeña comunidad. La óptima joven sentía toda la responsabilidad que dimanaba de ese cargo. ¡Ella iba abriendo brecha! Las que vinieran en su seguimiento en los siglos futuros irían al ritmo que ella, como primera superiora de América, les hubiera impreso. Sentía también la necesidad de dar buen ejemplo.

Los días pasados con las salesas fueron inolvidables. Reinaba entre ambas comunidades una concordia y familiaridad envidiables; pero el espíritu de ambas era harto distinto para que no suscitara por lo menos admiración de parte de unas

(1) Creemos que estos datos que trae D. A. Minellono en su obra "Suor Teresa Gedda" corresponden más a la realidad que los de F. Maccono en su libro "Suor María Mazzarello" pues aquellos concuerdan con algunos apuntes de las primeras misioneras y con la crónica de Villa Colón.

y otras. Las de Don Bosco se consideraban las sobrinas y llamaban "tiítas" a las salesas. Las italianas, como buenas sobrinas, jóvenes y llenas de bríos, solían turbar la paz olímpica del monasterio con sus charlas y sus risas mal comprimidas. Y no era para menos. Se esforzaban por hablar siempre en castellano; pero cuando daban con expresiones que provocaban la hilaridad, como eso de llamar *burro* al "asino" y *caldo* al "brodo" aunque fuera frío, las buenas religiosas soltaban el trapo y las risas alarmaban a la venerable comunidad de las monjas cuya hierática compostura aquéllas no comprendían . . . Los zapatones que habían traído las Hermanas de su tierra eran también causa de alteración del silencio de ese monasterio avezado al paso casi angelical de las vírgenes salesas. Todo esto era motivo de que la superiora de las Salesianas viviera como en ascuas. Constantemente debía llamar al orden a sus avispadas hermanitas. Afortunadamente tenían siempre a la mano a un director que las sacaba de empacho. Ahí estaba el P. Lasagna, futuro Obispo, que con su alegre desenvoltura y su claridad y precisión de consejos, borraba todo escrúpulo. Porque llegó el momento en que algunas hasta dudaron si deberían seguir, por ejemplo, comulgando todos los días como, por consejo de Don Bosco, estaban acostumbradas a hacerlo. Porque veían en el rostro de las graves y austeras salesas la impresión de sorpresa que causaban ellas con su comunión diaria, cuando las otras, no obstante su elevada ascética jamás se permitían semejante familiaridad con el Señor.

Fué también el P. Lasagna quien les recomendó que hicieran alguna salida de cuando en cuando a la ciudad para ir conociendo el ambiente en que deberían actuar. Quedaron admiradas de la ciudad de Montevideo. Esas calles les parecían interminables y ¡tan rectilíneas! Les gustaban sobre todo las casas con azoteas llenas de flores. Al ver todo esto, decían a la superiora: —¿Pero hemos venido a misiones o a lugares donde la civilización florece por lo menos tanto como en Italia?

Y la buena Sor Vallese: —Oh, no se apuren; ya irán a misiones. Y a misiones bien difíciles . . .

Pero en realidad la que tuvo el honor de soportar más que nadie los rigores de las misiones difíciles, fué precisamente ella, la predestinada para las grandes pruebas y las grandes coronas.

Sin embargo, bien pronto se dieron cuenta de que si allí no había indios, había, no obstante, mucho que trabajar en pro de la niñez pobre y abandonada. Y se prepararon con todo ahinco para ser elementos útiles en la redención de las almas.

Solamente el 3 de Febrero de 1878 pudieron ir a tomar posesión de la casa que la bondad del Sr. Enrique Fynn les había procurado en Villa Colón. Es Villa Colón una población que dista media hora de tren de Montevideo. Fué fundada entre 1874 y 75 por una Sociedad de grandes industriales que quisieron denominarla con el apelativo del descubridor del Nuevo Mundo. Allí fabricaron una hermosa iglesia dedicada a Santa Rosa de Lima y trataron de fomentar su edificación por todos los medios. Naturalmente en 1878, tres años después de su fundación, no podía estar muy poblada. Había baldíos por todas partes y la casita de las religiosas salesianas se hallaba completamente al descampado. Tanto que el P. Lasagna les dió por guardián y ángel custodio al Hermano Mandrino, quien montaba guardia todas las noches a fin de que el "pusillus grex" de las Hijas de María Auxiliadora, descansara tranquilo.

Los primeros días se los pasaron en limpiar, arreglar todo y disponer los enseres en su lugar. Trabajaban como abejas laboriosas todo el santo día. Ni tiempo para hacer la comida tenían. Los cuatro primeros días les mandaban la comida desde el Colegio Pío y el primer día el P. Lassagna las acompañó al almuerzo.

El 8 de Febrero tuvieron la sin par ventura de inaugurar la primera capillita de la nueva casa. Era pequeñita y pobre, pero estaba enriquecida con la presencia real del Señor Sacramentado y con el tesoro del cuadro de María Auxiliadora,

aquél que había pintado un artista que estuvo ciego y que Don Bosco mismo, con rasgo de delicado afecto, les había regalado. Cuando lo vieron sobre el altar mayor, presidiendo las funciones litúrgicas, ya no tuvieron más temores ni nostalgias. Ahora tratarían de que Villa Colón fuera el Mornese de la América. Y cuando alguna duda turbase la conciencia, bastaría levantar los ojos a la Virgen Auxiliadora para disiparla.

Ya el año 78 abrieron las clases. Para poder vivir quiso el P. Lasagna que dieran lecciones a niñas de acomodada condición; pero al mismo tiempo que tuvieran escuelas gratuitas para las pobres y sobre todo que se dedicaran con empeño al Oratorio Festivo. Y así se hizo.

Y la humildad y el buen ejemplo de Sor Vallese y de sus hijas, fué fecundo. Hacía sólo un mes y medio que se habían establecido en Villa Colón, cuando plugo a Dios que brotara el primer germen de vocación americana. (1) Y cupo el honor de ser la primera flor de las Hijas de María Auxiliadora a la joven Laura Rodríguez. Hija de pobre pero cristiano hogar, tenía a la sazón 20 años, cuando oyó la voz de Dios. Y el 22 de Marzo entraba como postulante. A principios de Setiembre las Hermanas tuvieron sus ejercicios espirituales. Los predicaron el P. Bodratto y el P. Costamagna. Y el día 8 vestía Laura el hábito de novicia.

Tales los humildes principios de las Hijas de María Auxiliadora en nuestras tierras. donde en la actualidad su obra ha alcanzado desarrollo extraordinario.

Pero aquellos principios fueron muy rudos. El trabajo era mucho. Las Hermanas Borgna y Denegri eran maestras. Pero luego ellas y todas las demás se dedicaban al lavado compostura y planchado de la ropa de los alumnos del Colegio Pío, que a la sazón eran jóvenes de familias distinguidas y les mandaban fardos enormes de ropa.

(1) En realidad, la primera vocación americana, es Sor Juana Borgna, que nació en Buenos Aires, aunque ingresó en el Instituto en Italia.

—Ma questi americani si mutano tutti i giorni . . . —se le oyó decir a una de ellas que perdió los estribos al ver llegar nuevos líos de ropa.

Para poder cumplir la tarea debían ir a dormir a medianoche y hasta a la una. Y al día siguiente había que madrugar. A las 5 ½ estaban todas presentes en la meditación . . . Las pobres sufrían en silencio, con una paciencia de mártires. La Directora las animaba a sufrir por Dios y por el bien del Instituto. El P. Lasagna ignoraba todo esto. Él veía que la Hna. Vallese y varias otras decaían, en su físico, verticalmente. Cada días más demacradas y el semblante cada vez más cadavérico.

Ante tanto trabajo la Hna. Vallese pedía sin cesar que le mandasen auxilios. Don Bosco escuchó sus clamores. El 30 de Diciembre de 1878 partían de Mornese (aunque la Comunidad estuviese ya en Nizza) diez nuevas misioneras destinadas a Buenos Aires y Montevideo. Al frente de las mismas venía la Madre Magdalena Martini que debía ser directora de la nueva casa de Buenos Aires y al mismo tiempo la primera Inspectora de las Hermanas de América y del Instituto. Las acompañaban el P. Beauvoir, el P. Cipriano y un coadjutor. El 1º de Enero partían de Génova en el "Sud América".

Después de un viaje feliz, llegaban al Río de la Plata. Cuatro de las diez se quedaron en Montevideo; las demás siguieron a Buenos Aires para instalarse en Almagro, en aquel histórico "ranchito" (26 de Enero de 1879) hasta entonces ocupado por los novicios salesianos.

Sor Vallese recibió de manos de las nuevas misioneras un regalo, para ella de inestimable valor: una carta autógrafa de la Madre Mazzarello. Le decía, entre otras cosas:

"Mi siempre querida Sor Angelita: Hace ya un año que no nos vemos ¿no es así? ¡Cómo pasa el tiempo! Es necesario, por lo tanto, que lo aprovechemos para ganar méritos y estar preparadas para cuando Dios nos llame. Estoy contenta de que las Hermanas estén bien y trabajen. Le toca a usted el hacerlas crecer en la virtud, primero con el ejemplo, porque las cosas que se enseñan con el ejemplo quedan mejor impresas y hacen más bien; y luego con la palabra. Anímelas siempre a que sean humildes y

obedientes, amantes del trabajo y a obrar con rectitud de intención y a ser francas y sinceras con todos. Téngalas siempre alegres, corríjalas siempre con caridad, pero no perdone ningún defecto; un defecto corregido a tiempo, a veces no es nada; pero si se deja que eche raíces se requerirá no poco trabajo para desarraigarlo.

Ahora tendrá a Sor Magdalena como Provincial: dele siempre informes de lo que hace y como van las Hermanas; aconséjese a menudo con ella, a viva voz o por escrito. Yo también espero que menudeen las noticias: escríbame frecuentemente y rece por mí. Entre a menudo en el Corazón de Jesús: yo también entraré y así podremos encontrarnos y decirnos muchas cosas. . ."

"Rece, rece siempre por todas y esté alegre y no tenga temor de no poder enmendar sus defectos. Todos de repente, no; pero poco a poco, sí, siempre que tenga buena voluntad de combatirlos y no hacer jamás paces con ellos, siempre que el Señor se los haga conocer; así acabará por vencerlos todos. Animo, entonces gran confianza en Dios y un buen espíritu de desprecio de usted misma y verá que todo marcha bien.

Mis respetos a su buen Director y dígale que, aunque lo conozca poco, le agradezco mucho el bien que hace a cada una de ustedes, y que ruego a Dios que lo recompense con gracias y bendiciones. Encomiéndeme a sus fervorosas oraciones. La dejo en el Corazón de Jesús y le ruego que las bendiga y las haga a todas y las mantenga siempre unidas y alegres. Ruegue por mí que no las olvido nunca en mis débiles oraciones y créame en el Corazón del Niño Jesús, su afma. Madre, la pobre SOR MARIA MAZZARELLO".

P.S. Las noticias de aquí se las darán las Hermanas. Háganse narrar todo. Téngalas alegre p ámelas siempre. ¡Viva el Niño Jesús! ¡Viva María! ¡Viva San José!"

Cuando el P. Lasagna se dió cuenta que las pobres Hermanas se estaban matando con tantos sacrificios, en seguida les puso una mujer que les aliviase el trabajo luego de haberles dado un buen réspice por no haber hablado antes. Pero así y todo era tal la debilidad de Sor Vallese que cuando llegó la Madre Magdalena el 25 de Enero de 1879 no la reconoció. Parecía un espectro. Era sólo una sombra de aquella robusta monferrina que había conocido en 1877.

Con el nuevo contingente de Hermanas pudieron mirar con más optimismo el porvenir. Pero por otra parte el número de alumnas se multiplicaba y el oratorio festivo aumentaba. Tanto que la casa del Sr. Fynn resultaba insuficiente y además, como había sido mal construída amenazaba derrumbarse. Vino entonces en su auxilio Doña Elena Jackson, quien invirtió 700 pesos en refecciones. Pero inútilmente.

Era ya necesaria otra casa. El señor Carlos Uriarte puso a disposición de la Comunidad una casa de campo con jardín y huerta. Y a ella se trasladaron. Pero al cabo de poco tiempo, debido a quebrantos financieros, debió Uriarte ponerla en venta.

Es de imaginarse la contrariedad que experimentó el P. Lasagna. Quien, no obstante no estar en condiciones de poder comprarla, pidió a Uriarte que no dejara de avisarle antes de cerrar trato con el comprador, pues tenía grandísima necesidad de esa casa. Pocos días después recibió un mensaje del dueño: le decía que la había vendido en $ 25.000 pero que no la escrituraría hasta el jueves. La noticia, aunque esperada, fué dolorosa. El buen P. Lasagna se debatía en verdaderas angustias económicas a causa de las construcciones del Colegio Pío IX, ¡cómo para comprar nuevas heredades estaba! Sin embargo, puso el asunto en manos de María Auxiliadora, como solía, y estando en el mes de San José ordenó un triduo en su honor.

Presentóse luego a Mons. Vera para pedir luces y auxilios. Pero el santo Prelado no tenía un céntimo: todo lo daba a los pobres. Entonces el director llamó a las puertas de varios bienhechores de la obra y hasta intentó contraer un empréstito; pero todo fué inútil. Entre tanto el plazo se iba a vencer. Era el miércoles a la noche. Y nada. Las Señoras de Jackson ya se habían disculpado diciendo que no podían ayudarlo en esa ocasión. ¡Qué noche aquella! No pudiendo conciliar el sueño, el P. Lasagna se dirigió a la capilla y rezó larga y fervorosamente delante del sagrario. Luego volviendo a su pieza, escribió bajo la inspiración de la caridad, una carta a la Señora Clara H. de Jackson y al alba, por medio del joven salesiano José Gamba, se la remitió a la quinta de Larrañaga. La insigne bienhechora había ido a la playa, y no regresó a casa hasta cerca del mediodía. Y el propietario había dado plazo hasta las 12 . . . Pero Dios permitió que hubiera tiempo suficiente. La señora consultó con la Srta. Elena y otorgaron la suma solicitada pero en cuotas de $ 150. El acólito volvió a las 11,30 con la res-

puesta. El P. Lasagna corrió a lo de Uriarte, No lo encontró. Estaba en la Bolsa. Voló hacia allá. Llegó cuando faltaban cinco minutos para las 12. Habló con el Sr. Uriarte y le suplicó que aceptase las cuotas en lugar de la suma completa que le ofrecía el Sr. Etchenique. Al cabo de mucho insistir, se conmovió . . . Las Hermanas continuaron allí. Hoy es la casa de formación de la Inspectoría Uruguaya.

Desgraciadamente las cuatro Hermanas que llegaban a reforzar las filas, debieron abandonarlas bien pronto. Pues el 10 de Marzo de 1879 se fundaba la nueva casa de Las Piedras, donde el P. Lasagna fungía de párroco y allá fueron: la Hna. Juana Borgna, como Vicaria y las Hermanas Victoria Cantú y Filomena Balduzzi. De modo que en lugar de disminuir el trabajo a la pobre Sor Vallese, se le acrecentó; pues debió regentar, como directora, las dos casas a la vez. Cada ocho días debía ir a Las Piedras y quedarse allá todo el tiempo que fuera necesario.

La pobreza reinaba soberana en la nueva fundación. El primer día no cenaron nada opíparamente. Habían llegado con el P. Lasagna a las 18. Se pasaron toda la tarde en arreglos y cuando llegó la hora del yantar, sólo encontraron algunas peras que habían llevado de Colón a las que añadieron un poco de pan. Y esa fué la primera cena, condimentada con pocos condumios pero con mucha jovialidad, como que la Vicaria, que fungía de directora, no tenía veinte años cumplidos.

Aun no tenían reserva del Santísimo. De modo que iban diariamente a la iglesia parroquial para la visita que les prescribía la Regla.

Cada ocho días llegaba Sor Vallese a Las Piedras y se quedaba allí el tiempo que fuera necesario. El 18 de Marzo tuvieron una visita extraordinaria: de Buenos Aires llegaba por primera vez la Madre Inspectora. Ella inauguró el 25 de Marzo el Oratorio Festivo de Las Piedras. Desde entonces todos los domingos ese lugar se transformaba en un enjambre de avispadas chicuelas que alegraban el barrio con sus gritos y cantos.

A mediados de Julio se enfermó la Hermana Balduzzi. Tuvo que volver a Villa Colón, supliéndola en Las Piedras, la Hermana Angela Cassulo. No faltaron otras dificultades. Así lo deja entrever la siguiente carta de la Madre Mazzarello a Sor Vallese (22 de julio de 1879):

"Lamento que la nueva casa de Las Piedras no vaya tan bien. La Hna. Juana es demasiado joven y no suficientemente reposada para hacer las veces de superiora. Pero no hay que arredrarse. Persuadíos que defectos los habrá siempre. Hay que corregir y remediar todo lo que se puede, pero con calma, dejando lo demás en manos del Señor. Y luego no hay que hacer caso de tonterías. A veces por tener en cuenta bagatelas se descuidan cosas importantes... Con Sor Victoria tenga paciencia, hasta que se forme poco a poco según el espíritu de nuestra Congregación. No pudo aprenderlo bien porque estuvo muy poco en Mornese. Pero si la sabe tomar, va a resultar bien... Y luego tiene Ud. un buen director; por lo cual puede estar tranquila. Cuide de obedecerle. Me dice que tiene mucho que trabajar. Estoy contenta por eso: el trabajo es el padre de la virtud; trabajando se escapan los grillos y se vive siempre alegres... Nos hemos hecho religiosas para asegurarnos el Cielo; pero para ganarlo se requieren sacrificios. Llevemos la cruz con valor y un día estaremos contentas."

A principios de Agosto llegaba nuevamente el P. Costamagna con Mons. Vera a Las Piedras. Iban a predicar una misión al pueblo. Resultó espléndida. El Prelado quedó contento. Y el P. Costamagna el 19 de Agosto, escribe a Don Bosco:

"Respecto de las Hermanas yo nunca me hubiera imaginado que nos pudieran ayudar tanto en una misión. Puedo decirle sin pizca de exageración que no se hubiera podido hacer el bien que se ha hecho a las mujeres y niñas sin la cooperación de las Hermanas. A su catecismo acudían amén de las chicas, muchísimas señoras, que estaban pendientes de los labios de las predicadoras. La concurrencia creció tanto que los últimos cuatro días la iglesia estaba de bote en bote. Llamamos al P. Rizzo de Montevideo y luego a otros sacerdotes y nos pusimos todos a confesar quedando en el confesonario desde la mañana hasta altas horas de la noche. A menudo nos llegaba un neófito o una neófita de 18, 20 y más años, que no sólo nunca se habían confesado sino que no sabían ni jota de los misterios principales. ¿Cómo hubiéramos seguido adelante sin el auxilio de los catequistas y de las catequistas? De ahí que mientras nosotros estábamos encerrados en el confesonario, los acólitos (Rota, Chiara y Bacigalupi) y cuatro hermanas estaban constantemente instruyendo a poca distancia a los neófitos que luego enviaban tan bien preparados que algunos llegaban con gruesos lagrimones a confesarse."

En toda esta obra de apostolado la que más trabajaba era, naturalmente, Sor Vallese, la directora, que debía alentar a las demás con la palabra y el ejemplo.

En el mes de Setiembre se enfermó en Villa Colón Sor Virginia Magone. Tuvo que ir Sor Cassulo a reemplazarla y a Las Piedras fué la Hna. Rodríguez.

El 20 de Octubre de 1879, Sor Vallese le escribe a Don Bosco la siguiente expresiva carta:

"Muy Rv. y amado Padre Don Bosco: Perdóneme si vengo a molestarlo con ésta mía. Pero como hace tanto tiempo que no lo veo, me siento como obligada por una mano invisible a tomar la pluma para darle algunas noticias de esta casa de Villa Colón.

Debe saber, ante todo, que todas estamos bien de salud. También estamos contentas y alegres, pero deseamos un poco, quizás demasiado, el día venturoso en que podamos ver a nuestro querido Padre (*esto lo pone en castellano*) en esta tierra extranjera. Es cierto que no merecemos tal regalo; esperamos, sin embargo que su buen corazón no querrá resistir a las instancias de tantos hijos e hijas de América.

Respecto de las prácticas de piedad, estamos bien atendidas. Tenemos todos los días misa en nuestra capilla, podemos confesarnos cada semana y hacer diariamente la Comunión. Ojalá nos hagamos cada vez menos indignas de tal gracia.

Todos los meses tenemos nuestro día de retiro prescripto por las Reglas; para él se unen a nosotras las Hermanas de Las Piedras. Nuestro buen Director, P. Lasagna, nos hace la conferencia y nos anima al bien. En las fiestas, nuestra capilla, por falta de Iglesia en los contornos, se llena de gente que viene a tomar parte de las funciones. Todos están encantados del cuadro de María Auxiliadora y alaban a nuestra Madre.

Nuestras clases no son aun tan frecuentadas como la de Las Piedras, pero tenemos confianza de que lo serán con el tiempo. Además de la instrucción a las niñas atendemos a los trabajos y a la lencería del Colegio Pío, que está siempre repleto de alumnos.

Por acá son rarísimas las vocaciones a la vida religiosa. Sin embargo, ya tenemos una joven novicia y una postulante. Esta ha pasado ya los 25 años que fija el Reglamento y, según él, no deberíamos haberla aceptado; pero hemos creído bien hacer una excepción en vista de sus virtudes y de la escasez de pedidos.

Por mi parte, oh mi buen Padre, estoy con el alma en un hilo. Imagínese que tengo que dirigir dos casas, la de Villa Colón y la de Las Piedras y no soy capaz de gobernar una... Le ruego, por lo tanto que se digne rezar mucho por mí. Le pido asimismo que nos mande Hermanas sanas y santas y entre ellas una que lleve mi cruz, a fin de que yo, en lugar de mandar tenga sólo que obedecer, porque me parece que es más fácil ir al Cielo por la senda de la obediencia que por la del mando. Pero hágase siempre la voluntad de Dios y la de mis superiores.

Entre tanto, mi buen Padre, dígnese aceptar las felicitaciones y augurios de Navidad y los deseos de feliz año nuevo. Rece para que el Niño Jesús nazca en nuestros corazones trayéndonos el fuego de su amor y quemando todo lo que no le agrade. Nosotras rezamos y rezaremos mucho, mucho por S. R. Encerrada en el sagrado Corazón de Jesús, me profeso de S. R. Ilma. humildísima hija, Sor ANGELA VALLESE."

Sólo una fibra de campesina piamontesa pudo resistir la enorme fatiga a que Sor Angela debió someterse en esos años. El Colegio de Villa Colón la absorbía. Y en Las Piedras el ardimentoso P. Lasagna no se daba tregua ni daba reposo a nadie. Terminaba una novena y ya preparaba una misión; no bien concluído ésta ya predicaba un triduo en preparación a una Comunión general. Para la fiesta de San José de 1880, comulgaron en Las Piedras 500 adultos. (Carta del P. Lasagna a Don Bosco: 3-IV-80). Y como en todas estas obras de apostolado debía andar la pobre Sor Vallese, de ahí que su trabajo se multiplicase con exceso. Pero Dios aprieta, más nunca ahoga. En medio de sus tribulaciones tenía siempre el consuelo de recibir cartas tan afectuosas y encendidas de la Madre Superiora, que le inyectaban siempre nuevos bríos y entusiasmo para trillar la áspera senda que la obediencia le había señalado. A esto añadamos que la muerte vino a probar más la reciedumbre de su virtud. A los pocos meses de haber llegado al Uruguay se enfermó como hemos visto, Sor Virginia Magone para no levantarse más.

Al año siguiente de su llegada a estas tierras, entregaba su alma inocente al Creador, a sólo 22 años de edad. Pasó otro año y la muerte volvió para llevarse a otra joven religiosa, de la primera expedición: Sor Angela Denegri, también de 22 años.

Esas dos religiosas salesianas que sucumben a los 22 años, son las primeras que recibe en su regazo la tierra americana. víctimas gloriosas del exceso de trabajo y de la magnitud de sus sacrificios . . .

Y así entre pruebas y sufrimientos, fué madurando la misionera. Ya le había dicho la Madre Mazzarello: primero a las ciudades, para pasar luego a las misiones. Montevideo fué el trampolín para saltar a la Patagonia. Villa Colón fué

su segundo noviciado: el noviciado de misionera. Ya veremos cuán bien supo ejercer su profesión de apóstol en tierras de indios.

La 1ª. casa de Villa Colón.

CAPITULO VI

DE COMO LA MADRE ANGELA COMENZO SU OBRA APOSTOLICA EN TIERRA DE INDIOS

Ya estaban los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora en Buenos Aires, Montevideo y San Nicolás. Pero eso no era la Patagonia. Y Don Bosco los había mandado a las misiones australes. De ahí que el Santo Fundador insistiera: —Vosotros no me comprendéis: debemos ir a la Patagonia.

Pero comenzar las Misiones de la Patagonia no era tampoco soplar y hacer botellas. Había dificultades de orden institucional, político y económico muy serias. Pero al cabo, Mons. Aneiros, para secundar los deseos de Don Bosco a quien veneraba, determinó que su Vicario General, Mons. Espinosa y dos Salesianos emprendieran la obra de dar comienzo a las misiones, llegándose hasta las fronteras de la Patagonia. El Inspector, P. Bodratto, designó para acompañarlo a dos religiosos de lo más conspícuo que tenía: al P. Costamagna y al P. Rabagliati, llegados en la tercera y segunda expedición de misioneros, respectivamente. El 7 de Marzo de 1878 se embarcaban en Campana, sobre el Paraná, para dirigirse hacia Patagones. Pero parecía que todos los elementos se hubieran conjurado contra esa expedición; porque cuanto de más terrible se haya escrito acerca de las borrascas de nuestro Sur se concitó contra ellos. Tres días y dos noches estuvo el "Santa Rosa" a merced de las embravecidas olas. Todos creían llegada su última hora. Pero al cabo pudieron regresar con el barco desmantelado y maltrecho. En "El Arca de la Alianza", colección de gracias de la Virgen, editada en Sampierdarena, apareció al año siguiente la relación de este accidentado viaje. Don Bosco, contestando al P. Costamagna, le decía: "Bendigamos

al Señor que los ha salvado. Ha sido un experimento terrible, pero es también una señal de que debes llegar".

Y, en efecto, el P. Costamagna, al año siguiente llegó. Providencialmente ese año, 1879, el General Roca llevaba a cabo la conocida expedición militar de la Conquista del Desierto. Con ella, como capellanes, fueron Mons. Espinosa y los Salesianos Costamagna y Botta. Y el 24 de Mayo, día clásico de Don Bosco, entraba el P. Costamagna en la Patagonia por la puerta triunfal de Choele-Choel.

De allí, con la oficialidad regresaron a Patagones. Luego a Buenos Aires. Ya habían tomado contacto con la Patagonia. Ahora debían tomar posesión de ella. Para lo cual, el benemérito Mons. Aneiros quiso confiar a los Salesianos la parroquia de Patagones que hasta entonces habían regentado capellanes y Curas del clero secular. La Parroquia abarcaba toda la Patagonia . . .

¿Quiénes serían los primeros apóstoles que irían a la tierra de los sueños del Padre? Don Bosco le dió tanta importancia a esa elección que quiso que Don Rúa escribiera a todas las casas para que desde la mitad de Diciembre de 1879 hasta fines de Enero de 1880, cada religioso rezase diariamente un *Pater, Ave y Gloria* "para que el Señor se dignase hacerle conocer a quiénes de entre los Salesianos destinaba a esa misión y dotase a los elegidos del celo, de la caridad y del valor necesarios para tan bella empresa".

Aquellas oraciones no fueron vanas. Los elegidos cumplieron como buenos su ardua misión. Dios no negó al P. Fagnano ni a la Hermana Vallese el valor y la caridad que para ellos solicitó Don Bosco a Dios. La biografía de Mons. Fagnano (1) y ésta, muestran hasta qué punto el Señor los acompañó con su gracia.

Porque esos fueron los elegidos: un hombre según el corazón de Dios, que se llamó José Fagnano y una mujer humilde y fuerte: Sor Angela Vallese. Con el P. Fagnano irían los PP. Emilio Rizzo y Luis Chiara y el coadjutor Luis Luciani.

(1) MONSEÑOR FAGNANO, obra del autor, editorial S. E. I., 1945.

Y acompañarían a la Madre Vallese (de ahora en adelante se la llamará así) dos Hermanas de Montevideo: Sor Juana Borgna que iba como Vicaria y Sor Angela Cassulo; y otra de la comunidad de Buenos Aires: Sor Catalina Fino.

Excmo Sr. Federico Aneiros Arzobispo de Buenos Aires

El día 3 de Enero de 1889 (2) partían de Montevideo las tres misioneras. A la mañana siguiente estaban en Buenos Aires. Ahí tuvieron sus Ejercicios Espirituales. Terminados los cuales, la Madre Vallese, hizo los votos perpetuos el 14

(2) "Annali della Societá Salesiana" y otras obras señalan el 15 de Diciembre como fecha de la partida de Buenos Aires. Es evidentemente errónea.

de Enero en manos del Revmo. P. Bodratto, en presencia del Director, R. P. Costamagna y de toda la comunidad.

En Buenos Aires las misioneras pasaron doce días preparándose para su noble apostolado. El día 14 de Enero fué empleado en hacer visitas a los bienhechores y personas distinguidas relacionadas con las misiones. Entre ellos visitaron, en primer término a S. E. Mons. Aneiros, quien las recibió "con su habitual cariño", dice la crónica.

Al día siguiente, las Hermanas fueron "a la población de La Boca", donde hallaron a los genoveses en movimiento para recibir dignamente a S. E. el Señor Arzobispo que al día siguiente los visitaría. Hacia las 16 llegó el Prelado. Primero visitó el Colegio de María Auxiliadora, entonces incipiente, y luego se dirigió a la parroquia de S. Juan Evangelista. La iglesia se hallaba de bote en bote. Poco después llegaron todas las alumnas del Colegio María Auxiliadora para unirse también ellas a la emocionante función de despedida. Después del rezo del "Itinerarium" S. E. dirigió la palabra a los misioneros "con ardor sin igual" como reza la crónica, los alentó a no desmayar ante los sacrificios que encontrarían y a que trabajaran con denuedo por la salvación de las almas. Luego impartió la Bendición con S.D.M. y los misioneros enderezaron hacia el puerto, para embarcarse, presididos por S. S. Ilma. Mons. Espinosa, que como en la expedición anterior, iba de jefe, director y guía.

Llegados allí se encontraron con la ingrata sorpresa de que el "Santa Rosa", el barco de marras, no podía zarpar por falta de agua. Las religiosas regresaron a su casa con gran contento de las demás, que apreciaban como un regalo el tenerlas otro poco con ellas. Al día siguiente, muy temprano, fueron de nuevo a bordo, esta vez junto con la Madre Martini, quien se había llegado hasta La Boca para animarlas hasta el último momento. A las 10 el vapor empezó a virar y al rato Buenos Aires era sólo un punto en el horizonte. A medianoche entraban en el Océano. El pampero que sopló con violencia el día 17 mareó completamente a todas las misioneras. El día 18 tuvieron la pena de no poder comulgar, pues ninguno de los

Padres pudo celebrar. Al anochecer el día 19 llegaban frente a la "barra" del Río Negro, donde echaron anclas y esperaron la marea. El 20 bien de mañana dieron rumbo hacia el río. El barco avanzaba lenta y cautelosamente por temor de los bancos y bajíos. Una vez río adentro, de nuevo echaron anclas. A la tarde prosiguieron. Todos quedaron gratamente sorprendidos al contemplar el panorama casi tropical que presentaban las riberas del Negro con sus frondosos sauces, mimbres y álamos y al comprobar la afabilidad con que los ribereños los saludaban con sus pañuelos. A las 17,30 estaban en el muelle de Patagones. Ahí tenían las Hermanas su campo de acción. En la margen izquierda, Patagones, antañona y colonial; en la derecha, Viedma, casi escondida entre las frondas. El párroco de Patagones Pbro. A. Espiño, estaba en el muelle para recibirlos.

Una vez desembarcados, Monseñor y los Salesianos se dirigieron a la parroquia, mientras las religiosas se encaminaron hacia la casa que les habían destinado y era la que el P. Emilio P. Savino, religioso lazarista, había adquirido años antes para instalar un Colegio que llamaría "Santa María de las Indias". Estaba en la intercesión de las actuales calles Francisco de Viedma y Dr. Baraja. Para la época, era suficientemente confortable. Aún mantiene en pie sus viejos murallones. La Madre Vallese y las otras religiosas esperaban hallar un rancho miserable. Grande fué, pues, la sorpresa cuando dieron con una casa suficientemente capaz y sólidamente edificada. Hasta capilla tenían.

Al día siguiente fué el P. Fagnano a rezarles la Misa. Todas quisieron reconciliarse para comenzar santamente el nuevo apostolado." Y así con el alma limpia de todo pecado, nos preparamos a recibir, por primera vez en la Patagonia, a nuestro buen Jesús" , reza la crónica. Y ese mismo día comenzaron a trabajar. Interin Monseñor y el P. Fagnano hacían las visitas protocolares, algunas religiosas preparaban niñas para la confirmación mientras otras arreglaban la casa.

El día 22 se inauguró oficialmente el Colegio, que en adelante se llamaría "María Auxiliadora", con asistencia de las

personas más distinguidas del pueblo, y se dió comienzo a un triduo en preparación para el Santo Crisma. La tarea fué ardua. Nunca había llegado un Obispo hasta allí. De modo que estaba poco menos que todo el pueblo sin confirmarse, pues entonces no era corriente que se autorizase para confirmar a ministros no decorados con el carácter episcopal.

El 24 comenzó Monseñor a confirmar y siguió hasta el día 29. La Madre y las Hermanas no se daban tregua. Andaban constantemente ocupadas en los mil menesteres que originan las misiones. Y en medio de esos trabajos tenían una pena grande: la gente no se acercaba a comulgar. Recibían, sí, la confirmación, pero acercarse a la balaustrada, muy pocos. Es expresiva a este respecto la crónica del Colegio: "Lo mismo cuando íbamos a Misa los Domingos y ver la Iglesia tan desierta . . . ¡cómo recordábamos entonces, con lágrimas en los ojos, a nuestra querida Patria, donde las iglesias están siempre llenas!"

El día 29 comenzó la misión en Viedma. En Patagones se confirmaron 608 personas, en Viedma, 243. Y hubieran sido más a no mediar un serio inconveniente: a mitad de la misión cundió una especie de viruela y la gente, por temor al contagio, se abstenía de salir.

En todas estas actividades la Madre Angela se daba maña para todo: pequeña de estatura y delgada de cuerpo, su personalidad se agrandaba cuando de cumplir una misión delicada se trataba. En esta ocasión supo aprovechar admirablemente la impresión que producía la presencia de las religiosas: en Patagones no se había visto una toca de Hermana desde que el mundo es mundo. De modo que la gente pueblerina las miraba con explicable respeto. Esos sus ojos pequeños y vivos parecía que hablaban. Bajo un arco de cejas pobladas su mirada penetrante ejercía un influjo mágico entre las niñas y jóvenes sencillas; pero lo que más convencía era su ingénita bondad, esa virtud luminosa y cautivadora que parecía que irradiaba toda su persona.

Terminadas las misiones en ambas poblaciones, Monseñor y los demás Padres se dedicaron a misionar por el campo.

La primera casita...

Y hasta Mayo no dejaron de recorrer cuanta estancia, rancho o toldo tuviera un alma que salvar sin visitarlos. Monseñor Espinosa, montado en su caballo, era incansable.

Entre tanto las Hermanas en Patagones, preparaban el comienzo de las clases. A principios de Marzo la Providencia les mandó la primera alumna interna. Se llamaba Silvia Peirano "la primera que tuvimos la dicha de educar en esta casa de Patagones; tendremos que prepararla para la primera Comunión" —dice la Madre Vallese en su crónica.

El 7 de Marzo hicieron su primera aparición en público las nuevas maestras. Ese día se celebra en Patagones una victoria obtenida en 1827 contra las huestes brasileñas. Con ese motivo las religiosas asistieron al Te Deum y a los diversos actos patrióticos "para asistir a las niñas" dice la Madre, como tratando de justificar su presencia en lugares en que, por la novedad, las buenas religiosas eran objeto de todas las miradas.

Para las fiestas del 25 de Mayo deberán nuevamente concurrir a los actos programados y la cronista siempre deja entrever el sentimiento con que sale de su casita para ir a exponerse a las miradas de los profanos, aunque llevada siempre por el cumplimiento de deberes ineludibles.

La apertura oficial de las clases se hizo solamente el día 13 de Marzo. Ese día tuvieron 13 niñas en clase. Se ve que las cuatro hermanitas no titubearon en desafiar las prevenciones supersticiosas. Y el florecimiento del Instituto en el día de hoy, es un argumento en favor de su tesis . . .

Las alumnas pagaban 50 pesos moneda corriente, suma insignificante si se tiene en cuenta que esa moneda valía muchísimo menos que la moneda nacional. Pero ellas confiaban sobre todo en la Divina Providencia que nunca abandona a los que en ella esperan. Así lo deja entrever la Madre Angela cuando escribe precisamente en ocasión de la apertura de los cursos: "Es de admirarse como la Providencia piensa continuamente en nosotras y la Comunidad se muestra sumamente agradecida, mediante un esmero grandísimo en la observancia de la Santa Regla".

El 14 de Mayo, con transportes del más puro amor filial comenzaban la primera novena en preparación a la fiesta de María Auxiliadora. Como pudieron celebraron la solemnidad el día 24, recordando una vez más, las jubilosas fiestas de su amada patria en tales circunstancias.

A fines de mes y ya con el invierno encima, llegó Monseñor Espinosa y los otros Padres de sus jiras misioneras.

Después de la fiesta de la Ascención del Señor, el bondadoso Prelado partía hacia Bahía Blanca, acompañado del P. Rizzo, para volver luego a la Capital Federal. Antes de partir les dejó una buena suma de dinero para socorrer a las niñas más necesitadas. Y para mejor aquilatar la bondad de los pastores, ese mismo día recibían carta de Mons. Aneiros "del cual tenemos tierna memoria —dice la Madre Angela— conservando su escrito como una prenda del cariño que nos profesa".

La partida de Mons. Espinosa no dejó de impresionar a las religiosas. Sintieron a flor de sus párpados el calor de la lágrima; pero la reprimieron . . . Pues si el benévolo Vicario General se iba dejándolas tan lejos de Buenos Aires, ahí quedaba el P. Fagnano que, con su corazón tiernamente paternal, ya llenaría cumplidamente su misión. Porque él, que también sentía la nostalgia de estar lejos de Don Bosco, era el más indicado para alentar y consolar a las valientes religiosas que quedaban allá en la Patagonia con toda la obra por realizar y sin más arrimo que su fe inconmovible, su esperanza en un retazo de cielo en la otra vida y un amor hecho a prueba de sacrificios y de renunciamientos . . .

CAPITULO VII

EN QUE SE NARRA COMO LA PROVIDENCIA PREPARO A SU SIERVA PARA MAS ARDUAS MISIONES

Las buenas religiosas estaban contentas en su nueva residencia. El trabajo abundaba, la alegría no faltaba y la gracia de Dios matizaba la vida hacendosa de las dos comunidades. El 5 de Mayo la Madre María Magdalena Martini escribía a Don Bosco: "De la Patagonia tenemos buenas noticias. Nuestras Hermanas de allá nos escriben que están muy contentas en su nueva residencia y se alegran de poder ya dar clase e instruir a un buen número de pobres niñas y prepararlas para recibir los santos sacramentos".

Apenas llegado a Patagones, el P. Fagnano se hizo cargo, perfectamente, de lo mucho que había que trabajar en ese campo, que era un erial, y las no leves dificultades con que iba a tropezar. Hombre emprendedor como pocos, trazó planes grandiosos: pensó en los indígenas y para ellos ideó reducciones completas; pensó en los inmigrantes y al punto lanzó la idea de una Sociedad de Socorros Mutuos (que aún existe); pensó en la población civil de aquel villorrio que dormía su letargo desde fines del siglo XVIII, y para ellos no titubeó en fundar dos colegios a fin de formar a las nuevas generaciones en los sólidos principios del evangelio y en erigir un templo tan vasto e imponente que el actual no es sino la realización de una parte del grandioso plan del ardimentoso clérigo. Si a esto añadimos que él lo mismo predicaba en el púlpito que platicaba en la calle con los arrieros que llegaban del Chubut o del Neuquén, lo mismo enseñaba moral evangélica que a podar perales, que tanto pensaba en

las almas como en su Observatorio Meteorológico, lo mismo velaba sobre Patagones que sobre Viedma, la flamante parroquia "del Sur", comprenderemos cómo las Hermanas, que debían seguir el ritmo de actividades del Superior, estuvieran en constante y febril dinamismo.

Y como si Dios hubiera querido probar la fidelidad de sus servidores y la reciedumbre de su temple, de entrada nomás se vieron desamparados y como perdidos en la inmensa soledad de aquel pueblo que hasta entonces había sido sitio de confinados y el último extremo del país.

Porque en el mes de Junio estalló la "Revolución del 80". Las consecuencias para los misioneros fueron desastrosas. Por un lado la situación política originó una forzada incomunicación con la Capital y, por ende, con los superiores inmediatos. Por otro lado las dificultades creadas por esos disturbios provocó la pérdida de la correspondencia de varios meses. Con lo que los pobres misioneros se vieron privados de la palabra siempre alentadora del Padre y Fundador, Don Bosco. Sólo el 5 de Octubre recibió el P. Fagnano la cuarta de las cartas que el Santo le escribiera desde Enero. Las otras tres se perdieron. De modo que los misioneros y misioneras vivieron ese año en Patagones completamente huérfanos de aliento y de orientación, precisamente cuando más los necesitaban. Y si a esto añadimos que, a raíz de los trabajos sufridos en la mencionada revolución, falleció en Buenos Aires el Inspector, Revmo. P. Bodratto, nos formaremos una idea cabal de la forma como quiso la Providencia forjar a sus misioneros en el espíritu de sacrificio, avezándolos al desprendimiento más austero y a la abnegación más heroica.

Entre las obras del celo y entre los proyectos que siempre andaba barajando el incansable P. Fagnano, hay uno en el que debieron intervenir directamente las Hermanas. Me refiero al principio de hospital con que el ardiente sacerdote desfogó sus ansias de bien en Patagones. Era en los días crudos del invierno. El Párroco había encontrado en los arrabales del pueblo un pobre enfermo que no tenía quien lo cuidara ni un mal catre donde tenderse: estaba tirado en el

suelo, envuelto en unas matras de su "recado". El buen sacerdote no titubeó: pidió prestado un sulki, cargó con él y se dirigió al Colegio de las Hermanas. Llegado a él, llamó. Salió la Directora. Conversaron brevemente. Ya el clérigo traía todo planeado: a los fondos del Colegio de "Santa María de las Indias", como le llamaban entonces, había un galponcito separado de la casa de la comunidad por un tapial. Ese galponcito sería el Hospital Salesiano. Y entre el Párroco y la directora llevaron allí, nuevos buenos samaritanos, al pobre lacerado por los golpes de la enfermedad. Cuando el P. Fagnano vió al paciente tendido en una cama y bien arropado con blancas cobijas, se frotaba las manos y decía: —Ha visto, Madre, ya tenemos también Hospital . . .

Pero estaba de Dios que no sería ése el lugar donde los salesianos habían de volcar el ánfora de sus bálsamos de caridad sino al otro lado del río, en Viedma, la otrora Mercedes de Patagones.

Y para que la obra de beneficencia que las religiosas realizaban fuera más completa, permitió Dios que no fuera acompañada de ninguna recompensa humana, de ningún consuelo terreno: "A pesar nuestro —dice la Madre Angela— el primer enfermo murió sin sacramentos . . . Tanta era la indiferencia hacia nuestra Santa Religión. Pero asimismo antes de morir dió señales de arrepentimiento de sus pecados . . ."

El 5 de Setiembre el P. Fagnano escribía otra carta a Don Bosco. Era la que finalmente había de llegar a destino. Le dice: "Desde estos extremos confines de la tierra le he escrito varias veces; pero temo que a causa de los trastornos políticos, que han acaecido este año entre nosotros, mis cartas se hayan perdido. Rompo, pues, nuevamente el silencio y le envío ésta, que espero le llegue. Ella le dirá algo de lo poco que hemos podido hacer en estos meses y del modo como podríamos hacer más. En Patagones estoy con el P. Chiara, y el catequista Luciani. El P. Rizzo está en Viedma, o sea, Mercedes de Patagonia, frente a Patagones. Con nosotros ejercen también su caridad cuatro Hermanas Hijas de María Auxiliadora. El Colegio, que ya hemos abierto, es frecuen-

tado por 48 niños y el de las Hermanas por unas 40 niñas. Además de esta ocupación y de la atención espiritual del pueblo, cuidamos de la instrucción de los hijos e hijas de los indios que vienen al pueblo por razones de comercio o para trabajar al servicio de familias pudientes". Y luego el activo salesiano explana a su Superior un extenso plan de obras que abarca desde Patagones hasta la Tierra del Fuego. ¡Ya entonces el futuro Prefecto Apostólico andaba madurando en su mente fecunda un plan completo de evangelización de la Tierra del Fuego, la región más austral del Continente, la más frígida del país, la más olvidada de los hombres y por eso quizás la más dilecta por el corazón de Dios y de los hombres que son de Dios! Ya veremos a Mons. Fagnano y a la Madre Vallese derramar los tesoros de su caridad en aquellas inhospitalarias tierras . . .

Ahora sigamos observando como la Providencia los prepara para aquellas gestas.

Al final de la carta tiene el P. Fagnano unas palabras justicieras y bellas para las religiosas que lo secundaban tan admirablemente en sus proezas apostólicas: "Las Hermanas le escribirán también —le dice a Don Bosco—. De ellas debo decirle que trabajan con un trabajo varonil y que son queridísimas por el pueblo".

Y no podía ser de otro modo. Cuando se trabaja como trabajaban aquellas abejas laboriosas que desde las cinco de la mañana hasta las 22 estaban consagradas al bien de sus prójimos; cuando se veía a la Madre Vallese llevando los consuelos de su caridad a los pobres "negros de la loma", últimos rezagos de la esclavitud, lo mismo que a los italianos paupérrimos que enterraban sus ilusiones en "el Bañado"; cuando se apreciaba en toda su hermosa realidad el valor con que esa mujer, grácil y pequeña, andaba por todos los rincones del pueblo y pasaba el Río para que Viedma también disfrutara del beneficio de sus atenciones de apóstol, no se puede menos que apreciar y reverenciar la virtud encarnada en ella. De ahí que ni el liberalismo devastador de la época ni los

El segundo hogar...

prejuicios anticlericales fueran parte para restarle admiración y aprecio a esta nueva heroína.

Las Hermanas, como el P. Fagnano prometiera a Don Bosco, escribieron. La carta de la Madre Vallese reza así: "Reverendísimo Padre en Jesu Cristo: Aprovecho esta oportunidad para enviarle estas pocas líneas. Las noticias que, por ahora, le puedo dar, son, gracias a Dios, bastante buenas y esperamos que continuarán a serlo. Estamos cosiendo vestiditos y otros indumentos para nuestras pobres indiecitas y nos parece que el Señor nos está preparando mucho trabajo. Nosotros lo deseamos ardientemente para salvar tantas pobres almas que yacen sepultadas en las tinieblas de la ignorancia. ¡Ah, Padre, si viera cuántas indias hay y cuán miserables en cuanto al cuerpo y al alma! Nos inspiran profunda compasión y nos apena mucho el no poderlas ayudar a todas porque somos muy pocas y muy pobres. Nuestro Colegio del Carmen cuenta ahora con treinta alumnas, dos pupilas y una chica "mora" que nos ayuda también en los quehaceres domésticos. Si tuviéramos con qué mantenerlas, podríamos recibir, instruir y salvar a muchísimas. Todos los domingos vamos a la parroquia a enseñar catecismo a las niñas cristianas que, desgraciadamente, son aquí muy ignorantes. Las hacemos confesar una vez al mes; después, un buen número se acerca a comulgar con un continente muy devoto. Esta práctica hace mucho bien no sólo a las chicas sino también a las mayores y sirve para excitar en los indios la fe, hacerlos reflexionar y entusiasmarlos por nuestra santa religión. Antes de cerrar esta carta quisiera pedirle una cosa, más bien dos: encomiéndenos de un modo especial a nuestra dulcísima Madre, María Auxiliadora, a fin de que, mientras trabajamos en estos remotos países para hacer conocer a nuestro celestial Esposo Jesús, seamos fieles a El hasta la muerte. Las cuatro deseamos hacernos santas y esperamos de conseguirlo si S. R. reza por nosotras. El otro pedido es que no deje de mandar otras Hermanas en nuestro auxilio, para que podamos salvar un mayor número de indígenas. Nos han hecho esperar que nos mandarían pronto. ¡Cuánto tarda ese día! Y permítame aún una súplica: en-

viándonos refuerzos a nosotras, no se olvide de nuestros hermanos Salesianos. ¡Si viera cuánto tienen que hacer y cómo trabajan! Sobre todo el Rev. Padre Fagnano me parece un mártir del trabajo y tememos vaya a sucumbir. Dios conserve a S. R. por muchos años. Dígnese aceptar nuestros respetuosos obsequios y créame en el Sacratísimo Corazón de Jesús, de S. R. devotísima hija, SOR ANGELA VALLESE. Patagones, 6 de Octubre de 1880".

Al año siguiente las alumnas aumentaron considerablemente. En una carta del P. Fagnano a Don Bosco, del 10 de Noviembre de 1881, le dice: "Los colegios progresan: tenemos 7 alumnos internos en casa y cuarenta externos y las Hermanas 4 internas y 70 externas". Como se ve la obra de la Madre Vallese había sido eficaz. Las familias, viendo el buen trato que allí recibían y las buenas costumbres que adquirían, le enviaban las hijas en tropel. Pues para el Patagones de 1881, 70 alumnas es ya una cifra extraordinaria. Y si tenemos en cuenta que a eso se llegó sólo a base de espíritu de sacrificio y abnegación, comprenderemos toda la inteligencia y el tesón que Sor Angela puso al servicio del buen nombre de su Colegio.

Los ejercicios espirituales del año 81 fueron sólo en Marzo y reducidos a tres días. Hoy día ese cercenar los días dedicados al retiro, sería escandaloso. Antaño, como que vivían en continuos ejercicios espirituales, la amputación de unos días era la cosa más natural. El P. Fagnano había estado en Buenos Aires gestionando la realización de alguno de sus proyectos misioneros. Volvió tarde y ya no había tiempo para hacer una semana de ejercicios. Por eso la abreviación.

El 14 de Marzo todas las alumnas acompañaron, en fúnebre cortejo, los restos mortales de una de las compañeritas, María Baglietto, al camposanto que a la sazón no estaba donde hoy, sino en la actual plaza Villarino. Para dar más realce al Colegio e importancia a la función, los premios del 1880 se distribuyeron en Julio de 1881. Precisamente el día 6. Fué la primera función académica del Instituto. Por eso todas las Hermanas se esmeraron a más no poder. De ahí

que el éxito fué extraordinario. Se puso en escena una ingenua comedia titulada "La confianza en la Virgen" que gustó mucho a la concurrencia.

Y mientras las buenas religiosas todavía paladeaban el placer del éxito alcanzado por la función teatral, he ahí que una noche de ese infausto mes, mientras se sentaban a la mesa para cenar, llega a la directora una carta urgente y misteriosa. La abre. Dentro iba otro sobre en que se leía: "Antes de abrirla id a la capilla: luego de haberos encomendado a la Virgen la abriréis". Todas se miraron presa de explicable temor. Inmediatamente fueron a hacer levantar a una que se había retirado antes por estar indispuesta y todas juntas, fueron a la capilla, llenas de zozobra. Rezaron todas con gran fervor, mientras sus corazones latían aceleradamente. Luego volvieron al comedor. La Madre Vallese rasgó el sobre y leyó: "Hijas mías: somos huérfanas . . ." No fué necesario leer más. Ya todas comprendieron: la Madre General había fallecido. Entonces todas se arracimaron en un solo abrazo junto a la Directora y desahogaron en sollozos la pena y dolor de la tremenda noticia. Pasaron luego a la capilla, rezaron el rosario entero y cuando el reloj daba las 10 de la noche, desfilaban ellas, silenciosas y transidas de angustia, hacia el dormitorio . . .

La Madre había abierto sus ojos a la luz de la eternidad el día 14 de Mayo. Los funerales que se le hicieron en Patagones el 14 de Agosto resultaron imponentes, más por la devoción de los que participaron que por el aparato exterior de los adornos, más por el fervor de las plegarias y de las comuniones que por la polifonía de los coros.

Ese mismo mes era elegida por el Capítulo General la Madre Catalina Daghero para sucederle como Superiora, cargo que desempeñó con singular acierto durante cuarenta y tres años.

Y así, entre pruebas y trabajos, luchas y coronas, las nuevas misioneras se iban haciendo a la vida difícil del Sur. Sobre todo la Madre Vallese a quien la Providencia había confiado un campo mucho más espinoso en tierras australes,

atesoraba experiencia en Patagones para la hora de Dios. Por eso cuando se trataba de suplir al P. Fagnano, que andaba en misión, para dar catecismo o atender enfermos, Sor Angela nunca decía que no. Y cuando el P. Beauvoir o el P. Milanesio, que ejercían su ministerio en Viedma, necesitaban quien les ayudara en los múltiples menesteres parroquiales, ahí estaba siempre la Madre Vallese, menuda y sutil, pero siempre valiente y arriesgada para trabajar por la gloria de Dios.

Y fué así, en la vida diaria, trabajosa y ruda, como ella aprendió ese don de gentes que le abría camino en la selva oscura de los corazones y ese conocimiento tan completo de la idiosincrasia americana a la que debió más tarde no pocos de sus éxitos en el apostolado.

CAPITULO VIII

DONDE SE PRUEBA QUE "NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA"

Junto al caudaloso Río Negro, allí, a pocos pasos de esa corriente continua de aguas que van a la mar, como un símbolo perenne de nuestra vida, corría también suavemente la existencia fecunda de Sor Angela. Poco a poco fué la ardiente misionera ampliando el círculo de su apostolado. Al principio apenas si salían. El P. Fagnano les había aconsejado suma prudencia. Los tiempos eran malos. La población "maragata" no estaba acostumbrada al trato con religiosas. Pero más la necesidad que otra cosa, hizo que, primero la Hermana Juana Borgna, que conocía mejor el ambiente como criolla que era, y luego las demás, comenzaran a ejercitarse en toda suerte de obras de misericordia. Si las chicas no iban a ellas, había que ir a buscarlas. Si no había señoritas para fundar las Hijas de María, había que encontrarlas. Había que fundar también el Apostolado de la Oración. Y a las señoras que debían integrar esa cofradía había que atraerlas, ganarlas para Dios. Por otra parte los indios vencidos por las tropas de Villegas y de Vintter, llegaban en manadas a Patagones y Viedma. ¡Pobres aborígenes, sin más delito que haber tratado de defender lo que por derecho natural les pertenecía y sin otro crimen más que su ignorancia primitiva, se veían obligados a marchar días y semanas a pie, extenuados y famélicos, en una promiscuidad espantosa de mujeres y hombres, ancianos y niños, para formar parte luego de un extraño "campo de concentración" con todas las odiosidades de los modernos y ninguna de sus ventajas! . . . Allí iban las humildes religiosas a consolar a aquellos hermanos desdichados. Y cuando luego

se pretendía arrebatar los hijos a las madres para repartirlos, como si fueran una cosa, *res nullius,* ahí estaba el carácter acerado del P. Fagnano para enrostrar la inhumanidad de ese proceder y ahí estaba también la dulzura y la mansedumbre de la Madre Vallese para suavizar asperezas, cicatrizar heridas y poner sobre todas las llagas el bálsamo de la caridad.

Al principio no podían siquiera ir a las tiendas. Cuando algo necesitaban, lo comunicaban al P. Fagnano. Este hablaba con el comerciante, el cual mandaba al Colegio María Auxiliadora variadas piezas de telas y allí las religiosas elegían lo que necesitaban. Luego para la costura, como la única verdaderamente hábil era la costurera de Mornese, toda la labor principal recaía sobre la pobre Directora que debía hacer milagros de actividad para atender a la dirección del Colegio, a las clases, al incipiente hospital, a las relaciones exteriores de la casa, a la disciplina religiosa, a las niñas internas, externas, oratorianas y todavía pasarse gran parte del día sobre la costura de vestidos y el tejido de zamarretas . . .

Y como si esto fuera poco las autoridades pidieron al Superior de la Misión que aceptara en el Colegio de las Hermanas por lo menos algunas de las mujeres que estaban recluídas en la Cárcel, sin esperanza alguna de enmienda. El P. Fagnano, que cuando de hacer el bien se trataba, nunca decía que no, le pidió a Sor Angela que aceptara este nuevo sacrificio. Y así el nuevo Instituto se vió convertido también en Asilo de Buen Pastor, donde las pacientes religiosas hicieran todo el bien posible a aquellas malaventuradas mujeres a quienes muchas veces la ignorancia más que la malicia había echado por la senda del vicio.

Así la Madre Vallese, sin pensarlo, iba practicando lo de San Pablo, lo de San Francisco de Sales, lo de San Juan Bosco: hacerse todo a todos para salvarlos a todos . . .

En el segundo año de trajinar por Patagones, el Señor les envió una prueba harto dolorosa. La fiebre tifus circuló en la población con caracteres alarmantes. Las clases debieron cerrarse antes de tiempo. Precisamente cuando tenían todo listo para una hermosa Distribución de Premios. Y una de

las religiosas cayó vencida por el mal epidémico. Cincuenta días estuvo en el lecho la enferma y la Madre Angela la estuvo cuidando también ella afiebrada. Frecuentemente llegaba a los 38 grados. Las demás le pedían que se acostara y ella, siempre respondía: —Si todavía puedo trabajar . . . No digan nada al P. Fagnano.

Y en esa forma la robusta fibra piamontesa pudo resistir toda la enfermedad sin doblegarse.

La Crónica de la casa es suficientemente expresiva al respecto cuando dice: "Hemos pasado las vacaciones entre enfermos y muertos".

Para aliviar a las misioneras en sus trabajos vino de Buenos Aires una joven y animosa novicia: Catalina Míguez. Pero como si Dios quisiera que la corona de las primeras cuatro fuera más bella a fuerza de sacrificios, al año y meses debió volver a la Capital, notablemente afectada de los pulmones.

A mediados de ese año, 1882, llegó a Patagones, en visita inspectorial, el Revmo. P. Santiago Costamagna, que había sucedido al P. Bodratto en el difícil cargo de Superior de los Salesianos de América. El nuevo Inspector, con ese carácter inflexible, ardiente y fogoso que tenía, corrigió todo lo que de enmendable halló en ambas comunidades y alentó a las religiosas a la práctica siempre más estricta de sus sagrados deberes. Entre las obras perdurables de esa visita merece enumerarse la institución de las "Hijas de María". Fué el P. Costamagna quien echó los fundamentos de esa benemérita Asociación que aun hoy florece en Patagones para bien de tantas jóvenes y honra del Colegio donde tiene su sede. El 15 de Agosto las jóvenes patagonesas lucen por vez primera la simbólica medalla en público. Y reza así la crónica de Sor Angela: "Llevan la medalla en público. Sin embargo ningún respeto humano y hasta en la parroquia para la Comunión general que el reglamento les pide una vez por mes". Sin respeto humano: se trasluce en esas palabras la satisfacción de la superiora al ver los primeros frutos de sus preocupaciones

y el primer triunfo de la gracia sobre la cobardía y la indiferencia ambientes.

Y a fines del año, el 8 de Diciembre, 12 jóvenes aspirantes reciben ya la cinta cerúlea, entran de lleno en la piadosa Asociación y se afirma de se modo la fundación del futuro Obispo de Colonia. El P. Fagnano entregó emocionado las primeras cintas como si entregara a aquellas muchachas un pedazo de cielo a Patagones o envolviera esas doce almas con el celeste inmaculado de un ideal.

Con el aumento de trabajo se imponía el aumento de personal. De ahí que la Madre Martini decidiera, a costa de cualquier sacrificio, enviar otra Hermana a la Patagonia. Y un día de los últimos de Marzo, al salir la portera a ver quién llamaba, se presentó una jovencita de 16 años, novicia, que acababa de llegar en el vapor Villarino. Ellas vieron atracar el barco al muelle; pero como no sabían que llegaba una religiosa, no se movieron de casa. Esa niña vestida de Hermana era Sor Josefa Picardo, una de las religiosas que ha trabajado con más abnegación en tierras del Sur y cuyas virtudes andan en letras de molde (1).

En esos tiempos de "malones" de caciques y de atropellos de civilizados el ir a Patagones para cualquier hombre significaba una aventura ¡cuánto más para aquella jovencita débil, menuda y ruborosa cubierta con el sudario negro de la mortificación y la blanca toca de la pureza! Pero el P. Costamagna, que conocía a los suyos, no titubeó en enviarla, sin más compañía que su ángel custodio a realizar el siempre temido viaje a la Patagonia. Huelga decir la de abrazos, preguntas y aspavientos que hubo ese día en la Comunidad en presencia de ese ángel que les llegaba de la Capital Federal. En seguida le dieron ocupación. Maestra de primer grado y toda una serie de otras ocupaciones menudas pero importantes. La pobre Madre Angela podía respirar, siquiera por unos

(1) "Una flor de la pampa", del autor. Editorial Apis. Rosario, 1941.

meses, porque como hemos visto, en el invierno ya la Hermana Míguez debió regresar a Buenos Aires.

Pero el P. Fagnano, cuyo espíritu emprendedor nunca decía "basta" pensó en dotar al Colegio María Auxiliadora de un edificio más adecuado a sus crecientes exigencias pedagógicas e higiénicas. De ahí que, habiendo adquirido un solar en la manzana donde estaba construyendo el templo, proyectase construir allí los dos colegios: el San José y el de María Auxiliadora. Y a la vuelta de algunos meses, principios de 1884, ya el Colegio estaba listo. Y la oportunidad para inaugurarlo no faltó: acababa de llegar de la Capital Federal nuevamente el Ilmo. Vicario General del Arzobispado, Mons. Antonio Espinosa. El fué quien, el 19 de Marzo, bendijo los nuevos locales. "¡Qué día memorable ese para nosotras!" —apunta la Madre Angela—. "Tuvimos la dicha de presenciar la bendición del nuevo Colegio, casa querida en donde nos espera mucho trabajo, pero también muchos méritos para el cielo . . ." A los acordes de la flamante banda de "Los Niños del P. Fagnano", como se la llamaba, hicieron su entrada en el patio del Instituto, las autoridades. Al lado de Mons. Espinosa estaba Federico Spurr, el comandante del histórico Villarino. Junto a Marcelino Crespo, el P. Fagnano. Habló el Vicario General, después de la ceremonia y agradeció el P. Fagnano al prelado el haberse dignado bendecir aquella su nueva obra. Luego todos pasaron a visitar los locales. Cuando llegaron a las celdas de las religiosas, algunos pazguatos decían: —Esta gente se va a morir ahogada, aquí . . . "Sin reparar que arriba estaban abiertas", dice ingenuamente la crónica.

El día 8 de Mayo llegaban otras tres Hermanas a la Patagonia. Pero no eran para Patagones. Se iba a fundar la nueva casa de Viedma y ellas serían las fundadoras. Como en Las Piedras, aquí también la Madre Angela seguiría siendo a la vez directora de Patagones y de la nueva fundación. De ahí que ese aumento de personal, en lugar de aliviar a la superiora, vino a acarrearle nuevas preocupaciones, nuevas responsabilidades y nuevos fastidios.

Y el día 1º de Junio de 1884 se inauguraba la nueva casa de María Auxiliadora de Viedma. Directora sería Sor Vallese, Vicaria Sor Juana Borgna, y completarían la minúscula comunidad Sor Mariana Balduzzi y Sor Margarita Cantavena. Sor Anita Brunetti quedaría en Patagones para suplir a la Hermana Borgna. A la inauguración asistió gran cantidad de público, y el Gobernador, General Vintter, pronunció un discurso en ese acto. El P. Fagnano, bendijo las dependencias, agradeció al Gobernador y a la concurrencia la simpatía con que miraban la nueva obra, y luego, corriendo la cortina que separaba el salón de actos de la capilla, impartió la Bendición con S.D.M. Al día siguiente, bien temprano, iba el P. Fagnano a rezar la Misa al Colegio de las Hermanas. Después de la cual, les habló emocionadamente de la misión que estaban por emprender y las bendijo. Después del desayuno, las tres de Viedma, acompañadas de Sor Angela, cruzaron el Río y dieron comienzo a la obra . . . A las 17 regrezó la Directora a Patagones. No obstante que el viaje fuera tan breve que era sólo atravesar el río, con todo la crónica dice textualmente: "No es fácil comprender cuán doloroso haya sido para nosotras cuando vimos que se nos iba la Madre . . ." Se ve a través de esas palabras el afecto y la ternura que las religiosas nutrían por su superiora.

El año 84 fué fatal para la Patagonia y el país. Fué el apogeo del liberalismo, el año del laicismo escolar, la época de las desavenencias, la hora del poder de las tinieblas. Allá en Buenos Aires se expulsaba al representante de Su Santidad y en Viedma las autoridades se incautaban de todos los sacros enseres porque al pobre párroco se le había quemado, sin culpa alguna de su parte, la iglesia parroquial. El P. Milanesio había debido proscribirse de la Patagonia y el P. Fagnano pasaba las de Caín, haciendo equilibrios malabáricos para no faltar a sus deberes de pastor de almas ni romper las relaciones con las autoridades civiles. Todo esto repercutió dolorosamente tanto en Viedma como en Patagones. En aquella población se había formado una Comisión compuesta por la señora de Vintter como PRESIDENTA, la señora de Roa

como TESORERA, la señora de Brihuega como SECRETARIA y las señoritas Micaela e Isaura Iribarne como VOCALES para recolectar fondos a fin de dotar a la población de los elementos de culto que el fuego había consumido. Y todo marchaba a pedir de boca, cuando he ahí que la víspera de la inauguración de la Iglesia refeccionada, *todo se fué a pique* y el saloncito de las Hermanas que fungía de capilla, siguió siendo el único refugio espiritual del pueblo. La Madre Vallese sufría la mar. "Mucho tuvimos que sufrir por este contratiempo —dice en la crónica— pues la gente estaba tan irritada que nadie venía a oír la S. Misa; no había lámparas, pues las de la Iglesia incendiada, no se podían tocar por la desazón que reinaba en todos los corazones". El 24 de Setiembre, el día de la jubilosa fiesta patronal de Viedma, ese año fué de luto, gris, silencioso . . .

¿Y en Patagones? Era en la primavera de ese año nefasto. En Patagones se celebraba la novena votiva de la Virgen del Carmen como se practica aun ahora. Las Hermanas acudían también a las funciones del Novenario. No había entonces más que algunos faroles de kerosene cuya luz mortecina no alcanzaba a ahuyentar las tinieblas. Una noche, a la salida del templo y aprovechando la oscuridad reinante, los enemigos del bien, aquéllos a quienes da en rostro la pureza de las vírgenes y la austeridad del Evangelio, con palabras soeces, gritos desaforados y risas satánicas, las agredieron, espantándolas a tal punto que las pobres religiosas huyeron sin saber para dónde. Al rato, sofocadas y pálidas, se hallaron en el Colegio. Pero . . . faltaba la Madre Vallese, la directora . . . Providencialmente pasaba un chico conocido por delante del Colegio. Lo mandan que vaya a averiguar el paradero de la querida Superiora. A poco vuelve el mensajero. Estaba refugiada en casa de una alumna del Colegio. Cuando estaban ya todas reunidas, llegó el P. Fagnano con el Juez de Paz, ambos justamente irritados. Este quiso tomar cartas en el asunto. Pero fué peor el remedio que la enfermedad. Porque desde esa vez menudearon en tal forma la gritería callejera y los petardos junto al Colegio de las Hermanas que noches

hubo en que las religiosas debieron levantarse todas del lecho y juntas y de hinojos, rezar fervorosamente, buscando en la plegaria, las fuerzas que las abandonaban . . .

Esas las lindezas de la era liberal. Pero "non cade foglia che Dio non voglia". Todo lo dispone el Señor, suavemente, para nuestro bien. Esas pruebas, esos sinsabores, esas contradicciones fueron para los grandes misioneros de nuestro Sur: Mons. Fagnano y la Madre Vallese, como las maniobras para el estratego, los avezaron a la lucha, los aparejaron para las lides heroicas y los templaron para todas las vicisitudes de la vida sureña. Y vinieron así a demostrar más tarde cuán cierto es que "no hay mal que por bien no venga".

CAPITULO IX

DE COMO UNA INDIECITA FUEGUINA ASISTIO A LAS EXEQUIAS DE UN SANTO

El 19 de Enero de 1884 escribía el P. Fagnano a Turín: "Mañana, 20 de Enero, a las 5 postmeridianas, se cumplirán cuatro años de nuestro desembarco en estas remotas tierras". Y entre las noticias que da, hay éstas: "Nuestras Hermanas han educado ya en el Instituto 93 alumnas. Son una verdadera providencia para la juventud femenina de estos lugares. Han reducido un centenar de jovencitas a una vida tan edificante que constituyen la admiración de todos". Es el mejor elogio que se pueda tejer en honor de la Madre Angela y de sus eficientes colaboradoras. El buen clérigo estaba contento de sus hijas. Pero ellas también sabían corresponder a sus desvelos. Hay en la crónica de la casa unas palabras asaz expresivas. El 19 de Marzo de 1885 reza así: "Hemos celebrado con mucha solemnidad la fiesta de San José para reparar algún tanto las injurias que el P. Director había sufrido en esos meses pasados y siendo este día también su onomástico, preparamos una fiestita de felicitación, convidando a ella las personas de más confianza. La banda intervino también para mayor brillo en la fiesta y nuestras niñas, por su parte, declamaron poesías y diálogos, leyeron varias cartas de felicitación y hubo también cantos de ocasión. Terminado el programa, el P. Director tomó la palabra para agradecer a los que se hallaban presentes asegurándoles que, a pesar de lo mucho que había sufrido, sin embargo no había dejado un momento de rezar y hacer todo el bien posible a este pueblo . . ."

¡Bello todo esto! Por un lado el gesto exquisito de Sor Angela, que pone bálsamo de caridad sobre las heridas del sacerdote, vejado y perseguido por la incomprensión o la malicia de los hombres y por otro lado el gesto sublime del clérigo que, a imitación del Divino Maestro, devuelve bien por mal a los ingratos que lo escarnecían . . .

Donde hay amor y caridad, ahí está Dios. Dios, pues, estaba en la Patagonia porque allí había florecido la roja flor de la caridad. Por eso la eficacia de la obra misionera. Tenía buenas bases: las bases graníticas que pide el Evangelio.

El 4 de Abril llegaba a Patagones una noticia soberanamente jubilosa: el P. Juan Cagliero, el primer conductor de salesianos a América, volvía después de 10 años a tierras patagónicas, y volvía decorado con anillo y cruz pectoral. "¡Oh, llegue pronto el día en que podamos verlo y disfrutar de su amable compañía!" —escribe la Madre Vallese—. Y el 8 de Junio: "Llegan de Buenos Aires dos Hermanas: Sor Josefa Pacotto y Sor Elvira Carbone. ¡Qué consuelo para nosotras, tener dos Hermanas más en nuestra compañía! Traen la noticia que entre poco, tendremos aquí al amado Padre, a Mons. Cagliero . . ."

Y llegó el día feliz . . . "El 9 de Julio de 1885 señalará una nueva época en los fastos de la Congregación Salesiana" —dice muy bien el Secretario de Mons. Cagliero, P. Riccardi. Eran las ocho. El vapor *Pomona* maniobraba ya sobre las torrentosas aguas del Negro frente a Patagones. En cubierta aparecían varios clérigos. Más tarde apareció el Prelado. Sus indumentos violáceos produjeron sensación. Y cuando levantó su mano donde reverberaba una amatista y bendijo a la muchedumbre que se agolpaba en el muelle, los ojos del P. Fagnano, del P. Remotti, de la Madre Angela, se llenaron de lágrimas . . . Momento solemne, espectáculo imponente y conmovedor fué cuando el Obispo puso pie en tierra patagónica . . . El P. Fagnano se adelantó para besar el anillo: tras él todos los sacerdotes y autoridades de ambos pueblos. Entre tanto, las Hermanas con sus niñas, más atrás estaban, mudas

de emoción, sorbiendo el agridulce de sus lágrimas y con la mirada absorta, puesta en el bondadoso Pastor que Dios les enviaba. Luego de los saludos y presentaciones de práctica, emprendieron la marcha al son de la banda, camino de la parroquia. Allá arriba, frente a la plaza, campeaba la nueva construcción. El ardoroso P. Fagnano había logrado ya, después de mil contratiempos, techar una de las tres naves del sacro edificio. Por entre un colchón de arenas, iba la alegre comitiva subiendo la empinada cuesta, hasta llegar a la antigua y pobre capilla de la calle Mitre. Ahí se dió la bienvenida al Vicario Apostólico. Luego subieron todos hasta llegar a la casa Salesiana que estaba junto a la nueva Iglesia y precisamente en el lugar ocupado antes por el Fuerte, como símbolo de que la espada había cedido el lugar a la Cruz.

Después de visitar la casa, Monseñor pasó a la de las Hermanas. Son de imaginarse los parabienes, enhorabuenas y agasajos que recibió el ilustre Prelado de parte de las sencillas Hermanitas que no podían ocultar su regocijo verdaderamente explosivo. Monseñor les entregó una cantidad de cosas que les llevaba: dos estatuas de la Virgen de Lourdes, dos estandartes para las Hijas de María y muchos objetos para la capilla. El buen Obispo llegó cargado como un Rey Mago con cuanto objeto de culto, chuchería o baratija le habían regalado en Italia, Francia y España para sus misiones.

Por la tarde el Prelado cantó el Te Deum, con motivo del aniversario patrio, en la capilla antigua. Y allí fué donde el celoso misionero hizo su primera alocución al público, llena de fe y de esperanza, de entusiasmo ardoroso y de tacto diplomático. "Mi misión —dijo el Obispo—, no es ni económica, ni política, ni militar: es puramente espiritual, de paz y de salud para vuestras almas . . ."

El día 11 pasó a Viedma. Visitó en primer término al Gobernador, General Vintter y luego a los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora. Y el día de la fiesta de la Virgen del Carmen, a las 14, bajo un sol esplendente y un entusiasmo indescriptible, el Prelado hizo el traslado de la

imagen venerada de la Virgen del Carmen, de la antigua capilla al nuevo templo. La Madre Vallese, que tanto había trabajado para preparar esas horas de júbilo al corazón del amable Prelado y al del P. Fagnano, gozaba ahora y Dios le pagaba así, con creces, las zozobras, las incertidumbres y las desazones de cinco largos años de trabajos y de ansiedades. El 19 se bendijeron las campanas. Por vez primera se oyó en las márgenes del Río Negro el tañido de los bronces, solemne y devoto. Era como el emblema de la voz de Cristo que resonaría sin tregua hasta los confines de la Patagonia. El día 2 de Agosto se bendijo la estatua de Lourdes para las Hijas de María. Madrina fué "Misia Jacinta (Crespo) —dice la crónica—, persona de mucho aprecio por su intachable conducta". En seguida hubo reunión plenaria de la Asociación, presidida por Monseñor, cuya palabra orientadora y paternal puso el sello a la obra del P. Fagnano. Para la procesión de la fiesta votiva de Octubre, ya estrenaban su hermoso estandarte.

Ahora finalmente los misioneros del Sur podían mirar confiados su obra. Con 14 salesianos y 10 religiosas se podía ya hacer algo. Antes debieron debatirse en medio de una escasez de personal enorme.

El 27 de Diciembre las Hermanas comenzaron sus ejercicios espirituales. Los predicaban nada menos que Mons. Cagliero y Mons. Fagnano, ya con el título de Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego. El abnegado clérigo había entregado en bandeja de plata la misión que recibiera seis años antes, al Vicario Apostólico. Y ahora sólo esperaba poder pagar las no leves deudas que tenía contraídas para levantar el nuevo templo, a fin de dejar para siempre a Patagones y enderezar rumbo a las frías tierras australes. Así era él: pecho acerado como una proa para ir abriendo siempre brecha en las gestas civilizadoras. Y con él, iría también la protagonista de esta historia, quien, modelada en el más genuino espíritu de Don Bosco y plasmada por la mano creadora de Mons. Fagnano, sería la piedra angular de las difíciles misiones del Sur Chileno y Argentino.

El 28 de Junio de 1886 se reúnen por vez primera un núcleo de señoras para fundar, bajo la égida de Mons. Cagliero, la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús (Apostolado de la Oración). Y el 22 de Agosto en la capilla de las Hermanas, abjuraba de sus errores, en medio de la conmoción de las religiosas, una señora alemana, Herminia Yansen de Kölher, ante el Prelado patagónico. El cual ya antes había bautizado a dos indiecitos a quienes había impuesto los memorables nombres de Cayetano Alimonda y Luis Colle, de tan grata recordación en los anales salesianos.

Todo esto era un índice de que la tierra sureña en la que Don Bosco había soñado, entraba en una nueva era. Así lo entendió el Santo, cuando en Enero de 1886 escribía en el Boletín: "Otra obra en la que os ruego tengáis siempre puestos la mente y el corazón, es la conversión de la Patagonia al Cristianismo. Y diciendo Patagonia, entiendo indicar toda esa parte de América del Sur que partiendo del Río Colorado y yendo hasta las Islas Malvinas y Tierra del Fuego, comprende una extensión casi igual que toda Europa, con un Vicariato y una Prefectura confiados a los salesianos por el Papa León XIII".

Y el 12 de Noviembre salían finalmente los dos Prelados. Uno, Mons. Cagliero, partía para el Oeste, a recorrer en su totalidad el Vicariato y pasar a Chile para fundar allá la obra salesiana. El otro, Mons. Fagnano, libre de las trabas financieras, partía de cara al Sur, hacia Tierra del Fuego. La Providencia le había ofrecido la ocasión. En esos días salía para el extremo Sur una expedición científico-militar comandada por el oficial Mayor del Departamento de Marina. Don Ramón Lista. De esa manera pudo el Prefecto Apostólico conocer *de visu* el territorio confiado a su celo. Tras dos meses de odiseas, riesgos y aventuras, regresó a Patagones. Con él iban cuatro indiecitas onas que debían ser como las avanzadas de la civilización entre los suyos. A fin de prepararlas para su misión, Mons. Fagnano las confió a la Madre Vallese. Dice la misionera en su crónica: "Aquí es difícil describir la impresión que nos hizo cuando vimos a esas pobres criaturas.

Estaban casi desnudas. La única prenda que cubría su cuerpo, era una camisa que el mismo Mons. Fagnano les había puesto. A más de esto llevaban una piel de guanaco y otras cosas de cuero. Lo que también llamaba la atención era su modo de hablar. No se les comprendía una palabra. Todo lo que sabían en castellano era: *carne* y *galleta,* que en su idioma se dice, a la carne *yeper* y a la galleta *bisquid* (1). Su modo de vivir era para nosotras un llamar continuamente la atención: de noche no querían dormir en el cuarto ni en la cama, prefiriendo el duro suelo y en medio del patio. Así tuvimos que dejarlas por mucho tiempo. Solamente un día que amenazaba llover, se resignaron a dormir en el cuarto; pero cuando quisimos cerrar la puerta, se pusieron a gritar de tal modo que tuvimos que dejar todo abierto. Esta vida duró hasta que salieron para Buenos Aires".

El día 25 de Febrero la crónica dice: "Salió Mons. Fagnaro para Buenos Aires, dejándonos las fueguinas, que nos tenían bastante preocupadas. En esta ocasión hemos visto el cariño que tenían a su padre y bienhechor, porque muy pronto empezaron a sentir los efectos de su ausencia. A menudo se escapaban a la calle, tal vez con la esperanza de encontrar allí a su buen Padre. Y cuando las obligábamos a quedarse en casa, entonces ¡cuántas lágrimas, cuántos suspiros! ¡Pobres fueguinas, eran dignas de lástima! El único remedio para nosotras y para ellas un consuelo en esos momentos tan tristes, era prometerles galletas y carne. En seguida se mostraban muy contentas. Asimismo, una Hermana debía estar continuamente en vela para vigilarlas. Suerte que esto duró muy poco; porque pronto tomaron cariño a la casa, a las Hermanas, aprendieron a rezar el Padre Nuestro, el Ave María y otras oraciones y encontraban menos dificultad en el hablar, aficionándose al fin al trabajo, principalmente a la costura. En fin, poco a poco ya no parecían más indias

(1) La cronista confunde el inglés con el ona. Aquellos aborígenes, por el comercio con marinos ingleses conocían la denominación inglesa: *biscuit.*

sino niñas de colegio. Después de un mes vinieron a buscarlas y salieron para Buenos Aires".

De Buenos Aires, Mons. Fagnano debió partir para Chile, vía Mendoza, debido al accidente acaecido a Mons. Cagliero en las Cordilleras. De Chile regresaron juntos a Buenos Aires, por el Estrecho de Magallanes, en Mayo. De modo que sólo en Julio le fué dado a Mons. Fagnano hacerse cargo de su Prefectura. Llegó a Punta Arenas el 21 de Julio de 1887 en el vapor Theben de la Compañía Kosmos.

Entre tanto la salud de Don Bosco peligraba. Los superiores de Turín pidieron a Mons. Cagliero que fuera. Monseñor invitó a su hermano el Prefecto Apostólico, a que lo acompañara. Pero, ¿cómo dejar el surco a medio trazar cuando apenas habían enterrado la reja? Mons. Fagnano creyó que Don Bosco sanaría y que ya tendría oportunidad de volverlo a ver. Pero se equivocó. ¡Cuánto no lamentó luego ésta su imprèvisión!

Entonces Mons. Cagliero se dispuso a partir. Con él iría también la Madre Vallese para asistir al Capítulo General de su Congregación. El 29 de Setiembre de 1887, Mons. Cagliero tomó la profesión religiosa de siete Hermanas y al día siguiente salía para Buenos Aires acompañado por la Madre Angela y la niña fueguina Luisa Peñas. (Este nombre se le dió por haber sido recogida en Cabo Peñas en la Tierra del Fuego). En Montevideo se unió a la comitiva la Hermana Teresa Mazzarello.

Iban en el vapor *Mateo Bruzzo*. Debía llegar el día 4 de Diciembre; pero debido a una violenta tempestad que los sorprendió a mitad de camino, sólo alcanzaron a llegar a Génova el día 6. Precisamente el día en que Monseñor debía despedir en el Santuario de María Auxiliadora a la expedición de misioneros que partía para el Ecuador. El Prelado, apenas llegado a Turín, voló a ver a Don Bosco. Pasaba por los patios sonriendo, bendiciendo pero se veía que su mirada ansiosa buscaba otro rostro que allí no se encontraba . . . Subió rápidamente a la alcoba del Padre. Lo halló sentado en un sillón. No bien el anciano vió a su

hijo predilecto, lo abrazó llorando como un niño y queriendo a toda costa besarle el anillo . . . La primera palabra del padre fué: —"Y de salud ¿cómo estás?"

El día 9 de Diciembre en las horas de la mañana Monseñor le presentó a la Madre Angela, a la Hna. Mazzarello y a la indiecita Luisa Peñas: —He aquí, Don Bosco, una primicia que le ofrecen sus hijos de los últimos confines de la tierra . . .

La pequeña fueguina estaba arrodillada. Miraba con sus grandes ojos negros a aquel anciano sacerdote que tenía no sé que encanto en su mirada cansina. El Santo puso su mano temblorosa sobre la hirsuta cabellera de Luisa y ella, a una señal de la Madre Angela, pronunció a duras penas, en italiano, estas palabras que tanto le había costado aprender . . .: —"Le agradezco, querido Padre, el haber mandado sus misioneros a civilizarnos. Ellos nos han hecho cristianos y nos han abierto las puertas del Cielo".

El Santo Fundador sonreía agridulcemente. En su mente revolotearían quién sabe qué recuerdos de sueños, de visiones, de proyectos lejanos . . . ¡Qué poema sin palabras ése! ¡Qué cuadro tan sublime! Por un lado la aurora que arrebolaba un amanecer; por otro el ocaso de un santo que se extinguía . . . Don Bosco agradecía a Monseñor la delicadeza de aquel gesto y se reclinó, cansado, sobre el respaldo. ¡Ya podía descansar el gran luchador! ¡Ya alguien, aquella onita de 12 años. habíale llevado el mensaje que él esperaba: que sus hijos ya estaban en las tierras de sus sueños, de sus afanes y de sus triunfos futuros . . .

Un mes después, el Santo nacía para el Cielo. Entre la muchedumbre que acompañaba el fúnebre cortejo, marchaba Sor Angela, triste y cabizbaja, desgranando rosarios . . . A su lado una indiecita de ojos muy grandes y muy vivos: Luisa Peñas.

Así plugo a la Divina Providencia que la humilde onita, sin haberlo jamás soñado, asistiera a las solemnes exequias de un santo.

CAPITULO X

EN QUE SE DEMUESTRA QUE PARA LAS ALMAS DE DIOS TODOS LOS NUMEROS SON BUENOS

El día 21 de Marzo de 1888, Sor Angela, acompañada de la Madre Enriqueta Sorbone, Vicaria General del Instituto, de Sor Teresa Mazzarello y de la fueguina Luisa Peñas, emprendía viaje hacia Roma. Y el 4 de Abril eran recibidas en audiencia por S. S. León XIII. Una señorita de Turín, Tota Massé, habíale regalado un hermoso vestido blanco, con el que se presentó la onita al Sumo Pontífice. ¡Pobre indiecita: parecía una mosca en la leche! El subir las escalinatas del Vaticano fué un problema para ella que jamás había conocido escaleras. Para no ensuciar el vestidito, en su ignorancia, levantábalo de atrás mientras subía y de adelante mientras bajaba . . . El Papa la acarició y la bendijo paternalmente.

En Roma, Luisa fué para las religiosas, como una ganzúa: con ella entraban en todas partes. Y el 6 de Abril regresaban de nuevo a Nizza Monferrato, donde la pequeña fueguina aprendió no pocas habilidades, pues era muy inteligente y lista.

El 27 de Junio de 1888 desembarcaba en Génova Mons. Fagnano. De Génova viajó en seguida a Turín. Después de haber desahogado su alma sensible en la ya famosa "Camera di Don Bosco", el Prefecto Apostólico comenzó a desarrollar sus planes tendientes a establecer sobre bases sólidas la misión que la Santa Sede le había confiado. Para ello deseaba llevar un nutrido conjunto de Salesianos y las Hermanas necesarias como para fundar una casa en Punta Arenas. Como Directora iría Sor Angela Vallese. Cuando

la Madre Daghero lo interrogó acerca de quien creía él que podía desempeñar ese difícil cargo con eficiencia, la respuesta fué instantánea: —Creo, Madre, que ninguna como Sor Angela: por las cualidades de mente y de corazón que la adornan y por la experiencia que ya tiene de la vida misionera.

Y así quedó la Madre Vallese consagrada como superiora de la primera expedición que iría a las remotas tierras sureñas, donde el frío templa los caracteres y los vientos curten el rostro. Después vino el trabajo de seleccionar las compañeras. Muchas, muchísimas querían ir a la "Terra del Fuoco"; pero como pocas eran las que sabían que ir a aquellas bravías comarcas no era grano de anís y muchas las que no tenían la complexión física capaz de resistir las inclemencias de clima fueguino, hubo que hacer una cuidadosa selección. Y el 30 de Octubre, día memorable de la "despedida", a las 15 se alineaban junto a la Madre Daghero y a la Madre Vallese cuatro monjitas humildes y tímidas. Nadie jamás hubiera imaginado que esos seres delicados y débiles desafiaban el Océano, las distancias, los afectos más caros para irse, en alas del ideal misionero —que es como decir presionadas por la caridad de Cristo—, al último rincón del mundo, a tierras magallánicas... Ahí junto al altar están las cuatro elegidas, rodeando a la Madre Angela: eran ellas: Luisa Ruffino (la única que aun pasea su gloriosa ancianidad por los claustros del Asilo "Sagrada Familia" de Punta Arenas), Sor Rosa Massobrio, Sor Arcángela Marmo y Sor María Luisa Nicola. Ahí estaban las cinco: en sus ojos se adivinaba la impresión profunda que les causaba dejar todo, absolutamente todo: patria, familia, esperanzas... para abrazar la cruz del misionero y entregar su vida por entero a la salvación de las razas más incultas de la tierra, y en su porte se dejaba ver la ufanía y la satisfacción de haber tenido el valor de romper esas cadenas y de haber sido consideradas dignas de llevar el nombre de Cristo a tan lejanas comarcas. Presidía la solemne función del "adiós" Mons. Leto. El Santuario de

María Auxiliadora estaba de bote en bote. Terminado el canto de las Vísperas, Mons. Fagnano ocupó la cátedra sagrada. Su oratoria era como él: sencilla y maciza. Lenguaje popular, pero pensamientos hondos. Sentó, de entrada, el principio de la paternidad divina. Pasó luego a explanar la teoría de San Pablo: "Dios quiere ver salvos a todos", para extenderse más adelante en la obligación que

El primer colegio de María Auxiliadora en Punta Arenas.

todos tenemos en cooperar a la extensión del Reino de Dios sobre la tierra. Luego se refirió a sus andanzas por la Tierra del Fuego y narró episodios de un patetismo impresionante. Puso en evidencia la miseria moral y material de los onas, yaganes y alacalufes y epilogó su conferencia diciendo: "He aquí la empresa del misionero salesiano: consolar, socorrer, poner en la senda de su salvación, no solamente a los salvajes que jamás la han conocido, sino tam-

bién a nuestros compatriotas que desgraciadamente la han perdido . . .".

Luego Mons. Leto impartió la bendición y después de haberse cantado el "Itinerarium" y de haber hablado el Prelado, comenzó el emocionante desfile de misioneros y misioneras. Todos querían agasajarlos, tocarlos, besarles las manos. Tal la impresión que ejercían aquellos apóstoles que llevaban en sus frente el signo de los mártires y en sus ojos la divina chispa de los confesores.

Esa misma tarde las Hermanas tomaron en la Estación Porta Nuova el tren que debía conducirlas a Francia. Llegaron a Marsella el día 31. Allí, el Director del Colegio Salesiano, R. P. Pablo Albera, los recibió cariñosamente. Iban once misioneros: seis Salesianos y cinco Hermanas más la indiecita Luisa Peñas. El día 2 de Noviembre, a las 7, llegaban a Burdeos. Los sacerdotes rezaron Misa en la Iglesia del Sdo. Corazón de Jesús. Las religiosas comulgaron todas con extraordinaria devoción. Luego fueron todos al Hotel Aquitania, donde se dispusieron para el viaje. Al día siguiente, muy de mañana, se embarcaron en el vapor "John Elder" de la Pacific Steam Navigation que a las 8 levó anclas y tomó rumbo Suroeste. En España tocaron los puertos del Carril y la Coruña y en Portugal, Lisboa. Los primeros días fueron fatales para las misioneras: tiempo ventoso, mar de fondo y por lo tanto baile constante del barco, con los consiguientes mareos. Pero, pasados los primeros sustos, ya todas se dispusieron a trabajar. Porque ¡bueno era Mons. Fagnano para dejarlas mano sobre mano durante un mes que debía durar la navegación! Daban catecismo a todas las chiquillas de a bordo, leían libros de formación, arreglaban y hacían rosarios, etc., etc. Además Monseñor les daba clase de castellano, dos veces por día.

El 20 de Noviembre tocaban Bahía en el Brasil. El Prelado bajó a tierra para proveerse de lo necesario para el Santo Sacrificio, que celebraban todos los sacerdotes y los Domingos en ambas clases. El 23 estaban en Río de Janeiro. El P. Pedro Rota invitó a los misioneros y misio-

neras a visitar la casa salesiana de Nictheroy. Accedieron. Allí recibieron la grata sorpresa de la visita de Mons. Lacerda, ilustre Obispo de Río y gran amigo de Don Bosco. El 28 se despertaron frente a Montevideo. Bajaron. En el muelle, el P. Lasagna. De allí a Villa Colón. No son para narradas las fiestas que hicieron a la Madre Angela, la

Actual Liceo de María Auxiliadora.

fundadora del Colegio, las Hermanas que ahora moraban allí y las expresiones de fraternal cariño con que agasajaron a las otras cuatro religiosas que viajaban hacia los fríos australes. Por la tarde, de nuevo a bordo. Una hora después el "John Elder" puso proa hacia el Sureste. Al rato se perdía entre las barrosas aguas del Plata. A medida que se alejan del Ecuador aumentan los abrigos. Dos días des-

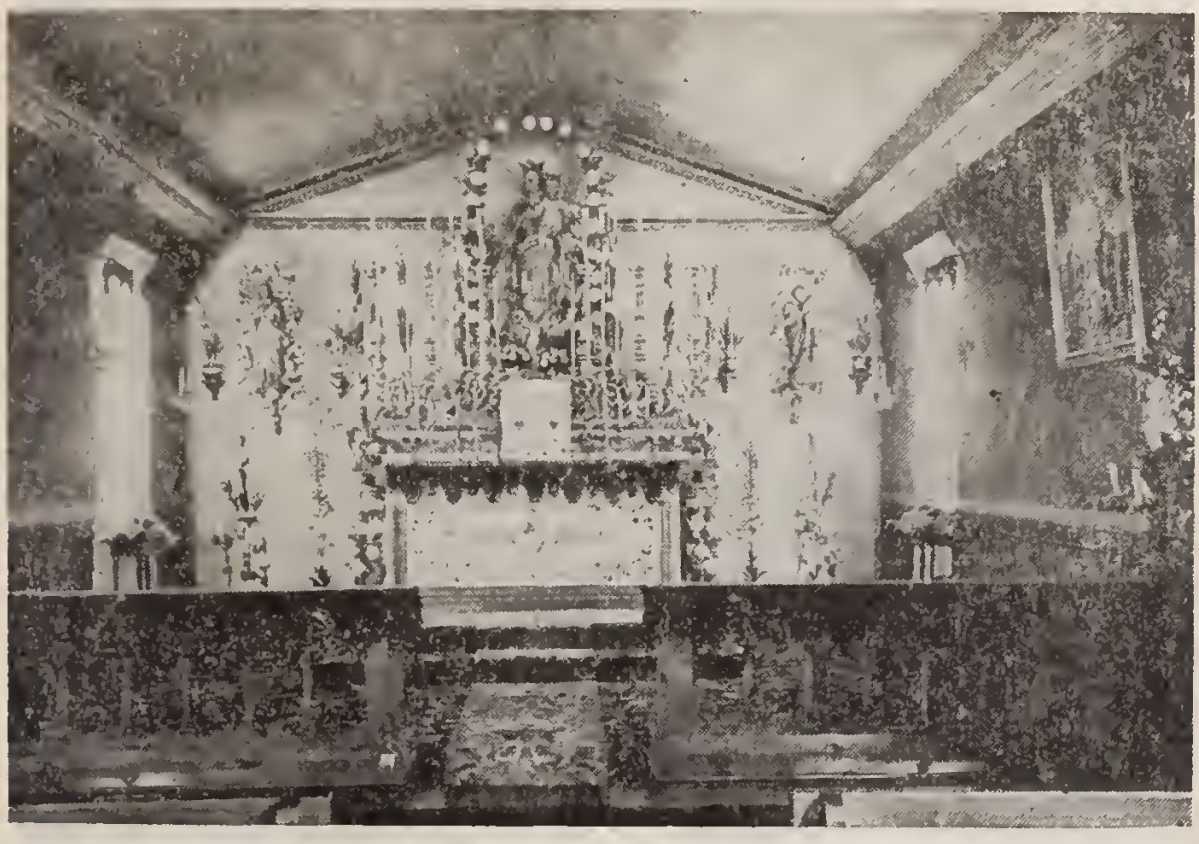
pués, no obstante estar en primavera, el frío se hace sentir. Sin embargo el viaje por la costa patagónica fué muy feliz. Pero ¡no podía por menos! el Estrecho los recibió con una de esas borrascas que ponen miedo hasta en el corazón de los viejos lobos de mar . . . Parecía como si los elementos se hubieran concitado contra aquel puñado de apóstoles que llegaban en misión civilizadora. Las olas parecían montañas. Las Hermanas rezaban, presas de la más angustiosa ansiedad. El vapor rolaba terriblemente. Por momentos, los viajeros, no avezados a las pesadas bromas de los mares del Sur, creían que zozobraría. Finalmente, el 3 de Diciembre divisaron Punta Arenas. Ahí estaba la población primitiva. Era un caserío suavemente reclinado sobre verdes colinas y bordeado por un río muy caprichoso. Todos los misioneros la saludaron con la familiaridad con que se saluda al amigo con quien habrá que partir el pan por muchos años . . . A las 13 el barco se detenía en la rada. No había puerto todavía. Dos chalupas, una barca y cuatro naves, dos de las cuales, despanzurradas por los huracanes, fungían el humilde oficio de pontones y las otras dos el de transportar carbón y mercancías. A poco llega la policía sanitaria. Con ella subió el P. Ferrero, que reemplazaba a Monseñor en su ausencia. Luego, en una barca y un lancha, se dirigen a tierra los once misioneros.

El pequeño grupito enderezó, cargados de valijas y paquetes, hacia su casita que quedaba en Avenida Colón y Magallanes. A pocos pasos de allí serpenteaba el Río de las Minas. Más al Norte, nada, se acababa la ciudad . . . Estaban, pues, en un extremo del pueblo. Hoy día es el corazón de la bonita ciudad sureña.

La señora e hijas del Gobernador, Sr. Sampaio, depararon a las religiosas una grata sorpresa: en la función del mes de María, cantaron "Ave pura Verginella" en italiano: la madre tocaba el armonio y las jóvenes cantaban.

Como el P. Ferrero y el Acólito Griffa no esperaban tanta gente, no habían podido agenciar camas. De modo que las pobres religiosas tuvieron que comenzar su vida mi-

sionera bajo el signo de la pobreza más insigne: esa noche tuvieron que dormir en el suelo... Huelga decir que la Madre Angela gozaba, en su duro, pensando que era así más semejante a Jesús pobre y amante de la pobreza. Y en



La capilla primitiva.

la obscuridad de la alcoba bendecía a Dios que iniciaba bajo tan evangélicos auspicios las misiones sureñas. Pero ni siquiera pudieron descansar, porque en la madrugada a las que dormían, las despertó el toque desesperado de la campaña de la capilla. Creen que es el *Ave María,* que allá se toque muy temprano, cuando oyen gritar: —¡Fuego, fuego! Se levantan, se asoman a la ventana y ven como a 300 metros unas llamaradas fantásticas que se yerguen hacia el cielo en espirales dantescas, mientras todos gritan, disparan

fusiles y acuden en tropel al lugar del siniestro. Y mientras Mons. Fagnano y los demás misioneros fueron a ayudar a extinguir el incendio, las Hermanas fueron a la capilla a rezar . . .

La impresión que recibieron las religiosas de aquel pueblo de 1.500 habitantes que debía ser su demora en adelante, fué mezquina. Una de ellas ha dejado escrita la descripción de Punta Arenas de 1888: "Un centenar de casas de madera, bajas, pobres, feas, esparcidas en terreno pantanoso. Calles anchas y derechas, pero cubiertas de troncos y árboles quemados. La plaza, cercada, pero a disposición de animales vacunos, equinos y porcinos. Aquello parecía un campamento de gitanos, ocupado por personas que sólo estaban allí por pocos días".

Además no podían acostumbrarse a esos días desmesuradamente largos . . .

El día 8 de Diciembre celebraban la primera fiesta de la Inmaculada en Punta Arenas. Se hizo cuanto se pudo para que resultara espléndida. Pero los resultados fueron bien pobres: 20 comuniones. Entre ellas había 5 señoritas que lo hacían por vez primera. Ese mismo día dieron comienzo al Oratorio Festivo femenino. Las Hermanas se desvivían por atraer a las chicas con toda clase de trebejos y baratijas; pero sobre todo la Madre Vallese procuraba conquistarlas con la bondad y la dulzura que valían mucho más que los chismes que les regalaban.

Una de las pruebas a que Dios quiso someter a su fiel sierva fué, sin duda, el deceso de la jovencita Luisa Peñas. La Madre Angela la quería como a una hija. Parecía que Luisa había concentrado en sí todo el amor que la religiosa nutría hacia la pobre e infortunada estirpe aborigen. Para la fiesta de Corpus del año 88 le había hecho hacer la Primera Comunión. La Revma. Madre General le había regalado una hermosa cadena de plata con crucifijo. Había estado un tiempo en Roma con la Madre Angela y luego había vuelto a Nizza donde había aprendido a rezar, a coser y a tejer. Cuando se embarcó de regreso con las misioneras

en Burdeos, comenzó a sentir los síntomas del mal que debía acabar con su vida. Llegada a Punta Arenas, pareció mejorar. Pero pronto recayó nuevamente. Recordaba siempre con fruición aquel día memorable cuando vió, habló y oyó a Don Bosco, próximo ya apagarse para siempre.

PUNTA ARENAS. Primeras alumnas: 1895.

Ella también se extinguió; pero como una lamparita votiva que no ha acabado de encenderse. Conservó lucidez mental hasta el último momento. Pidió ella misma que fuera Mons. Fagnano para confesarla y recibió con extraordinario fervor la Comunión, la Extrema Unción y la Bendición Papal. Algunos días antes de morir había repartido sus estampas entre las religiosas y los aborígenes que ya formaban

la población autóctona de la casa, pidiéndoles que rezasen por ella, que ella, por su parte se encargaría de rogar por todas desde el Cielo.

El último día de su breve existencia quiso que Monseñor estuviese siempre junto a su lecho. Y si por cualquier motivo debía apartarse, ella se dirigía a la Hermana que la asistía, diciendo: —Pronto, pronto, llame a Monseñor: me muero . . .

Y no es que temiera la muerte. Hablaba de ella con toda tranquilidad. Pero quería estar segura de que en la hora suprema recibiría la bendición y el aliento de su Padre y Protector, de quien la había recogido en la Isla Grande. Media hora ante de expirar dijo: —Padre, tengo frío . . . Monseñor la animó a sufrir por Dios a fin de ganar méritos para la vida eterna. Y mientras le arreglaba las cobijas para cubrir bien su cuerpecito y le enjugaba el sudor frío de la frente, Luisa dejó escapar, trabajosamente estas palabras: —Vaya a buscar a mi mamá y a mis hermanos: bautícelos para que ellos también puedan ir al Cielo . . .

Monseñor, que no esperaba esa salida, conmovióse al oírla y le contestó: —Sí hijita, iré con la ayuda de Dios; pero tú cuando llegues al Cielo, pide al Señor que nos conceda la gracia de convertir a todos los onas que habitan aquel bosque. Saluda luego a la Virgen Ssma. por mí y por las Hermanas y también a Don Bosco . . .

—Sí, Padre, lo haré, —replicó la niña—; pero ¡qué cansada estoy! . . .

—Bueno; dale un besito al crucifijo y descansa —le dijo el misionero.

Al rato percibió Monseñor los flébiles estertores de la agonía. Al punto comenzó a sugerirle jaculatorias y a rezar el *Proficiscere.* Cuando estaba a mitad de esa oración, la pequeña fueguina exhaló el último respiro. El Prelado le cerró los ojos y se quedó mirándola como extasiado. "Lloré de consuelo" dice el Prefecto Apostólico en su carta a Don Rúa. Y prosigue: "¡Qué santa muerte! He ahí asegurado

el primer fruto de nuestra Misión de Tierra del Fuego. Creo firmemente que ahora está en el Paraíso intercediendo por sus hermanos . . .".

Era el 8 de Enero de 1889.

La angelical indiecita murió, pues, contenta. La única pena que llevó al sepulcro era ésta: no haberle podido mostrar a Monseñor el vestidito blanco con que hizo su primera Comunión y se presentó al Papa . . . ¡Los baúles, por error, habían ido a Punta Arenas de Costa Rica! Llegaron al Estrecho 11 meses después . . .

Entre tanto todas las religiosas trabajaban activamente para instalar el Colegio. El Oratorio las había hecho conocer y apreciar su labor educativa. Del Oratorio pasaron fácilmente al Colegio y al internado. Contribuyó a facilitar su obra, el hecho de que durante ese año de 1889 y por varios otros más, hasta 1892, permaneció clausurada la única escuela oficial de niñas que existía, con lo que el Colegio que regentaba la Madre Vallese fué en esos años el único para niñas.

Ese primer invierno fué tan crudo que en Junio y Julio dieron clase solamente de las 13 a las 15.

En los primeros días de Marzo comenzaba, pues, a funcionar el Colegio María Auxiliadora en el mismo sitio donde hoy se encuentra. Entonces Sor Angela no tenía más que su fe en Dios que la ayudaría, su amor a la niñez sureña y su esperanza que la obra triunfaría. Hoy tienen una hermosa capilla, edificios modernos, salas espaciosas, patios internos, salón de actos, Escuelas Elementales, Liceo, Aspirantado, Unión Madres, Exalumnas . . .

Pero el grano de mostaza evangélico lo echó aquella mano pequeña pero taumaturga de la Madre Vallese, que recostó sus cansados miembros en el duro suelo como primicia de su apostolado, durante la primera noche en el Estrecho.

Ella fué la que recibió a las primeras chiquillas que llegaron al Colegio: aquel día, 1º de Marzo de 1889, fueron 13

las que se sentaron en los rústicos bancos del nuevo Colegio. ¡Otra vez 13, como en Patagones! ¡Como si Sor Angela hubiera querido demostrar a todos los supersticiosos del mundo que para las almas de Dios todos los números son buenos y se frustran todos los agüeros cuando se obra con rectitud de intención y por la gloria de Dios y el bien de los prójimos! . . .

CAPITULO XI

DE COMO LA MADRE ANGELA DIO COMIENZO A OTRA OBRA EN EL ESTRECHO

Apenas llegada la Madre Vallese, Monseñor le confió la dirección de una cofradía que en la Parroquia comenzaba a florecer: la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús. Sor Angela, que tenía un don especial para tratar a la gente sencilla, se dió maña para que la cofradía progresase al punto de dejar asombrado al Prefecto Apostólico por el rápido incremento de la misma.

El denodado misionero ansiaba, sobre todo, fundar una reducción para esos desdichados indios onas, yaganes y alacalufes, cuya miseria moral y material, le partía el alma. Y si a esto se añade que tiempo hacía que iban registrándose choques sangrientos entre blancos e indios, civilizados y salvajes, en los que los pobres hijos de la selva llevaban siempre la peor parte, tendremos explicado por qué Monseñor no se dió reposo hasta no ver equipada la goleta "Fueguina" y lanzada al bravío mar sureño para ir a fundar, el 2 de Febrero de 1889, la Misión de San Rafael en la Isla Dawson, una pintoresca y extensa Isla magallánica enclavada en el centro del famoso Estrecho.

Primero trataron de establecerse en Bahía Willis; pero luego Monseñor vió la conveniencia de hacerlo en Bahía Harris, donde formó un pueblecito que acogiera a cuanto indio desamparado anduviese por el Archipiélago o por los canales. Los principios fueron trágicos: atacados los salesianos por el taimado Capitán Antonio, uno de los indios caudillos, fué herido el P. Pistone de una cuchillada y el Hermano Silvestro pereció ahogado en las frías aguas del Estrecho.

Entre tanto en Punta Arenas se trabajaba en firme. A fines de 1889 la capillita resultaba insuficiente. El 8 de Diciembre de ese año fué un día de gloria para Monseñor y la Madre Vallese que veían cómo fructificaba la buena simiente de sacrificio que iban arrojando en el surco de una tierra que parecía estéril. La Comunión general ya no fué de 20 sino de 103 personas, la Misa, cantada por la "Schola" de las Hermanas, impresionó gratamente a los fieles, que jamás habían oído nada semejante; la procesión encabezada por las alumnas del flamante Colegio María Auxiliadora y honrada con la participación del Comandante de la Guarnición Militar al frente de sus 200 soldados, indicaba que los tiempos cambiaban y que los trabajos de los beneméritos misioneros no habían sido vanos. Se clausuró el año con excelentes resultados; pero sin premios. ¡No había qué dar! Heroica pobreza que indica hasta qué punto llevaban sus sacrificios las primeras religiosas.

En Mayo de 1890 Monseñor bendijo la nueva capilla de las Hermanas: era toda de madera y tenía 170 metros cuadrados de superficie por 4,50 de altura. Ocupaba algunas dependencias del actual Colegio María Auxiliadora, en la Avenida Colón, frente al monumento del Cóndor Chileno. En el atrio de la capilla campeaba esta leyenda: POR GRACIA RECIBIDA. Era una buena señora chilena, que quiso conservar el incógnito, que habiendo recibido un favor de la Virgen de Don Bosco, había donado lo necesario para levantarla.

Al cabo de varios meses de los sucesos sangrientos de Dawson, la policía de Punta Arenas tomó intervención, no obstante la insistencia del P. Ferrero de que dejara tranquilos a los indios. Esa intervención fué desastrosa. Los aborígenes, que ya pasaban de 50 en San Rafael, intimados por la fuerza policial, se alejaron de la Misión. Mons. Fagnano tuvo nuevamente que alquilar la "Fueguina" y echarse a bogar por esos canales en busca de los alacalufes. En Marzo de 1890 comenzaron a volver. Con lo que se animó

Las heroicas fundadoras: (1) *Sor Luisa Ruffino.*
(2) *Sor Filomena Michetti.*

Monseñor y envió dos carpinteros para que construyeran la capilla y el colegio en la Isla.

Y si el Prelado tenía muchos sinsabores, sobre todo, por no poder conseguir que en Santiago se firmara de una vez el decreto por el que se le otorgaba la cesión de Dawson por veinte años, no los tenía menos la sufrida Madre Angela. Desde su llegada nomás, dos de las Hermanas, Angela Marmo y Luisa Nicola, habían sufrido enormemente el frío y los vientos característicos de Punta Arenas y su zona. Ambas habían hecho lo indecible por adaptarse; pero todo había sido en vano. Esas violentas variaciones climatéricas acabaron por afectarles el sistema nervioso, a tal punto que hubo que mandarlas apresuradamente a Montevideo. En su reemplazo, habían llegado, en Marzo, tres religiosas: Sor Teresa Bragutti, Sor Rosa Veneroni y Sor Filomena Michetti, valiente niña uruguaya, quien, dejando los halagos de su patria, se había embarcado rumbo al bravío archipiélago para inmolarse en aras de la caridad. Hoy, 56 años después, todavía se encuentra en Punta Arenas . . .

Arreglados los asuntos de la Misión de San Rafael, Monseñor regresó de Santiago a fines de 1889. Luego de haber conseguido, en el verano, que los indios retornaran a la reducción, en Abril del año 90 se dispuso a hacer otra visita a la Isla. Esta vez llevaba no sólo Salesianos sino también Hermanas, para que se fueran haciendo cargo de cómo se vivía entre los indígenas, para luego establecerlas definitivamente allí. El 23 de Abril partían, pues, en la goleta "Marta Gale" Monseñor, el P. Borgatello y las religiosas: Sor Luisa Ruffino, Sor Filomena Michetti, Sor Teresa Bragutti y Sor Rosa Massobrio. El 24 anclaban ante la Bahía Harris. ¡Qué fiestas hicieron salesianos e indios! Estos no se cansaban de mirar a las Hermanas, vestidas en una forma tan rara para ellos. Monseñor les llevó ropa en abundancia. Las Hermanas se encargaron de vestir a las indiecitas mientras los Salesianos hacían lo propio con los varones. Cuando Monseñor celebró la Misa, las religiosas

entonaron una copla común: "Corazón Santo". Los indios estaban electrizados: aquello los conmovía... Era para ellos, que jamás habían oído cantar, algo así como la Misa de Requiem de Beethoven ejecutada por los Coros de la Capilla Sixtina... Y los pobres se esforzaban también en

El presidente Errázuriz visita la misión: 1899.

cantar, imitando el movimiento de los labios de las cantoras; pero sólo les salía un rezongo grotesco.

Al mes siguiente volvió Manseñor a Dawson. Iba esta vez en el Transporte Nacional "Toro". Llevaba todo lo necesario para construir la casa para las Hermanas. La Madre Angela fué esa vez con la Hna. Rosa Veneroni para inspeccionar el lugar donde habitarían sus hijas. Cuando los indios

vieron el vapor huyeron despavoridos: gato escaldado, del agua fría ha miedo . . . Cuando el asalto del Capitán Antonio, la policía había ido en un vapor. Por eso ahora, escapaban, diciendo: —"Malo vapor ,malo vapor" . . . Sólo la fuerza persuasiva y el ascendiente de Monseñor consiguió sacarlos del bosque a donde se habían refugiado. Temían que se los llevaran detenidos como a los compañeros que fueron a prestar declaraciones en Punta Arenas.

Cuando Monseñor pidió a la Madre Angela dos religiosas para establecerlas en la Isla Dawson, la superiora pensó un buen rato en las que enviaría. Y al punto se perfilaron en su mente dos nombres: Sor Luisa Ruffino y Filomena Michetti, profesa la una y novicia la otra. Ambas eran muy jóvenes: 22 años y 17 respectivamente; pero estaban dotadas de una complexión física a toda prueba y de una contextura moral insuperable. Ambas tienen una fibra tan fuerte que todavía siguen desafiando los fríos australes en Punta Arenas. Ambas viven todavía. Como si Dios hubiera querido premiar con una gloriosa longevidad el sacrificio de ir a enterrar su juventud en aquel extremo rincón del mundo para dedicar su existencia por entero al servicio de los encanijados alacalufes . . .

Y en el mismo vapor "Toro" partieron ambas de Punta Arenas rumbo a su nueva residencia. Era el 22 de Junio de 1890. Durante el viaje Monseñor, en el camarote del comandante, les dió una serie de avisos y consejos que las dos jóvenes religiosas recibían ávidamente. Entre otros les decía: —"No os alejéis mucho de la casa, especialmente solas; no os dejéis rodear de los salvajes, porque son muy traicioneros; tenedlos siempre de frente, etc.".

Cuando las Hermanas llegaron, no encontraron la casita que esperaban. Las pobres monjitas tuvieron que dormir las primeras noches en un altillo y sobre el duro piso. Y en aquella época del año, en pleno invierno, el frío cortaba las carnes . . . Sólo al tercer día y merced a la labor de todos, incluso de Monseñor que tan pronto manejaba el cepillo,

como el serrucho, como la garlopa, les dejaron lista una pieza para ellas ubicada como a cien metros de la vivienda de los Salesianos. Tenían en ella: una estufa, una mesita, dos camas y dos sillas: ¡toda la riqueza de aquella santa Comunidad! El Prelado las instaló en la nueva casa con

ISLA DAWSON: TALLER de indígenas
Maestras: Sor Juana Valgimigli y Sor Virginia De Florio

santo optimismo, las bendijo y esa misma tarde regresó a Punta Arenas.

El Domingo 27, el P. Pistone hizo la presentación oficial de las religiosas. El pobre clérigo se vió en figurillas para hacer entender a aquellos bárbaros quiénes eran esas mujeres y por qué les debían tanto respeto. ¡Qué sabían ellos (como tampoco lo saben tantos "civilizados" de nuestro mundo materializado y egoísta) de ideales superiores, de votos religiosos y de perpetua virginidad!

Fácil es comprender cuánto les costó a las dos Hermanitas el vencer su natural pudor para tratar con esos salvajes, que si los vestían ahora, a los cinco minutos ya habían botado todo indumento y quedaban ¡tan frescos! in puribus naturalibus. La Hna. Michetti, por eso, comenzó por enseñarles como el abecé de la civilización lo que significaba la palabra "tapar", cubrirse. Cuando ella iba, varias veces al día, a las casitas de los indios, deteníase siempre a unos cincuenta metros y les gritaba: —Tapar . . . Y todos, indios y chinas, chicos y grandes, corrían a ponerse por lo menos la manta con que los misioneros desde el principio los habían dotado. Cuando luego llegaba la Hermana a la puerta, con los ojos cerrados preguntaba: —¿Tapados? —"Ailá, ailá" —respondían: Sí, sí. Y sólo entonces ella se atrevía a entrar.

No menos violencia hubieron de hacerse las buenas religiosas para vencer la natural repugnancia que les inspiraba el hedor nauseabundo que exhalaba el cuerpo de todos los alacalufes, untado con grasa de ballena. Era tan insoportable la pestilencia que para darles clase debían emplear el "Sistema Manjón" —al aire libre—, no obstante el frío reinante y el "peripatético" no ciertamente para imitar a Aristóteles sino porque la fetidez de las alumnas asfixiaba a las maestras . . .

¡Y lo que es la aberración y la ignorancia! Cuando por vez primera percibieron aquellas indias el perfume del incienso, se tapaban las narices, diciendo: —¡Chirlapes, chirlapes! (Feo, feo). Vivían en la hediondez más asquerosa y eso les sabía a gloria. Y los perfumes les desagradaban . . . ¡Qué tremendas consecuencias se pueden deducir para el orden moral! . . .

Cuando los días eran claros desde Punta Arenas, se divisaba allá en lontananza, la Isla Dawson. La Madre Vallese, solía entonces quedarse mirando extática hacia el Sur, hacia la llamada "Perla del Estrecho". Y pensaba: ¿Qué harán mis hijas? ¿Estarán bien? ¡Pobrecitas! Hasta que se le ofreció la oportunidad de ir y no la desperdició: era en Setiembre. La goleta "Fueguina" iba a llevar víveres a los misioneros. No obstante la carencia de comodidades, la Madre quiso a

toda costa ir a ver nuevamente a sus dos hijas, en aquella cáscara de nuez. Quería verlas, conversar con ellas, convencerse de que estaban contentas, consolarlas... Entre otras mil chucherías les llevaba almidón y planchas para que volvieran a usar las tocas, porque en la Misión, por falta de esos elementos, usaban, en lugar de la toca, un simple pañuelo blanco a modo de golilla.

ISLA DAWSON: Damas y Caballeros visitan la misión. 1901.
(1) Madre Vallese (2) Sor Luisa Bosso.

No son para narradas la alegría y la algarada que armaron las dos isleñas cuando vieron bajar por la planchada a la Madre Angela que se llegaba a la Misión para saludarlas. Fué entonces cuando la sabia superiora, en vista de los datos concretos que le dieron las religiosas acerca de la capacidad de las indígenas para el tejido, costura y bordado, les trazó un plan de enseñanza que ella, de acuerdo con Mons. Fagnano, habían

elaborado para que aquellas pobres indígenas emplearan útilmente el tiempo al par que confeccionaban elementos de provecho para ellas y, más adelante, para vender a los barcos que pasaban por el Estrecho.

Así fué como las indias aprendieron a hilar, a tejer primero algunas bastas urdimbres primitivas para ir luego, paulatinamente, tejiendo telas cada vez más finas hasta llegar a una perfección insospechada en tan rústicas alumnas.

Pero si en los trabajos manuales pudieron progresar relativamente pronto, cuando se trató de enseñarles las asignaturas corrientes en toda escuela elemental, la cosa cambió de aspecto. Aquellas pobres gentes eran impermeables a toda idea abstracta. ¿Cómo hacerles entrar siquiera fuera las nociones principales de la religión? Esas indias viejas no entendían absolutamente nada. Y ahí vino a llenar un vacío insustituible la experiencia de la Madre Angela. Ella, en Patagones, había tenido que lidiar no poco con araucanos y tehuelches. Sabía muy bien cuánto cuesta hacerles aferrar ciertos conceptos. Recordaba de qué medios se habían valido para las indiecitas de Patagones, cuando el último día de la preparación para la Primera Comunión les preguntaran: —¿A quién vas a recibir?, no contestaran: —A la Virgen del Carmen, como les sucedía al principio . . .

Al regresar la Madre Angela, la débil goleta estuvo a pique de zozobrar. A la vista ya de la rada de Punta Arenas, se levantó un ventarrón furibundo. El barquichuelo desaparecía por momentos entre las ondas embravecidas. Las Hermanas y niñas que esperaban a la Madre en la playa, rezaban llorando . . . Cuando he ahí que el piloto logró vencer la corriente, embicar hacia el puerto y salvarse . . .

Con mucha paciencia, pues, y aprovechando la experiencia de Monseñor y de la Madre Angela, los misioneros pudieran preparar para el 11 de Diciembre, después de las fiestas de la Inmaculada en Punta Arenas, nada menos que 28 aborígenes para el bautizo.

Monseñor llegó en el Pilcomayo. El Comandante y toda la plana mayor del barco salieron de padrinos. Monseñor les

impuso nombres que recordaban a los Superiores Mayores de Turín y las religiosas hicieron revivir en la isla remota los venerados nombres de Mazzarello, Daghero, Sorbone, etc.

Sor Luisa y Sor Filomena fueron las encargadas de preparar la parte material del acontecimiento, es decir, el banquete. Y, huelga decirlo, esa fué para los rudos aborígenes la parte más agradable de la fiesta. Habían renacido a la gracia: ¿pero hasta qué punto entendían ellos tan excelso beneficio? Lo que sí comprendieron muy bien es que ese día, merced a la laboriosidad de las hacendosas hermanitas, comieron opíparamente y bebieron sus buenos jarros de vino italiano, conservado celosamente por los superiores "para las grandes ocasiones" . . .

Cuando Monseñor regresó a Punta Arenas, la Madre Angela lo interrogó cómo iba la misión. Monseñor sonriendo, satisfecho, contestó: —Bien, muy bien. Aquello marcha viento en popa . . . Hemos bautizado a 28 . . .

—Deo gratias —musitó la religiosa, con las manos juntas y los ojos empañados con ese leve tinte reluciente que es la gratitud . . .

La misión de Dawson había dado comienzo.

CAPITULO XII

DE COMO SE COMPADECE LA HUMILDAD CON LA MAGNANIMIDAD

Pero los planes de Mons. Fagnano eran vastos. Quería instaurar en Dawson una reducción en forma. Para eso necesitaba personal. Lo pidió reiterada e insistentemente a Turín. Y al cabo llegaron los nuevos misioneros. Era el 8 de Marzo de 1891. En la rada de Punta Arenas se detuvo un barco inglés. ¡Ahí estaban als nuevas misioneras! Las religiosas puntarenenses no cabían en sí de gozo y pregustaban el momento de verlas, conocerlas, abrazarlas. "Vamos, vamos", gritaban todas fuera de sí. La Madre Angela, siempre dueña de sí misma, estaba más alegre que todas; pero su continente era mesurado, su alegría era interior, sus ansias, equilibradas. Era Domingo. Antes de ir al muelle había que recibir la Bendición con S.D.M. Huelga decir la intranquilidad de las Hermanas, la nerviosidad de las chicas, mientras estaban en el templo. Parecía que el sermón no terminaba nunca ese día . . . Cantaron un Tantum Ergo "allegro vivace", rezaron las advocaciones finales a toda presión y salieron hacia la playa. Cuando llegaron al muelle vieron que Mons. Fagnano ya se dirigía al vapor en el barquichelo de la Gobernación. Un cuarto de hora después regresaba. Monseñor acompañaba a los salesianos y el Gobernador a las Hermanas. ¡Son de imaginarse las exclamaciones, los saludos, las preguntas, las lágrimas que se cambiaron entre las llegadas y las religiosas de aquende el mar! Sin embargo allí, en público, no convenía gritar, no podía explotar su regocijo. Pero llegadas al colegio, se desahogaron en tales muestras de gozo, se dieron tales abrazos, que por momentos la Madre Vallese creyó que sus

buenas Hijas habían perdido la moderación y modestia que ella tanto les recomendaba. Sin embargo a nadie reconvino. No había necesidad. Bien comprendía ella que todo eso era oro puro de caridad. Por eso, observaba a sus religiosas y sonreía satisfecha . . .

Las nuevas misioneras eran: Sor Luisa Bosso, Sor María Cabutti, Sor Juana Valgimigli, Sor Catalina Pelisetti y Sor Antonieta Tapparello.

Para alegrar la fiesta familiar, el General Valdivieso, Gobernador de Magallanes, envió ese día un ternero como regalo para la Comunidad. Las recién llegadas no salían de su asombro al ver la prodigalidad con que se come carne en esta dichosa América.

Al día siguiente, 9 de Marzo, se dió comienzo a las clases. Con ellas comenzaron los preparativos para la fiesta de Monseñor. Y el día 19, onomástico del Prelado, el Colegio de María Auxiliadora, echó la casa por la ventana para homenajear al padre y pastor. Ese día hizo su profesión la novicia Michetti. Había llegado hacía unos días de la Isla. Antes de ir a la Iglesia, habló extensamente con Monseñor y éste le dijo: —Vas a hacer tus votos trienales; pero si te equivocas y dices "perpetuos" en lugar de trienales, es lo mismo . . .

La Novicia, naturalmente, "se equivocó". Y pronunció la fórmula de los votos perpetuos. ¡Oh, bienaventurada sencillez y santa libertad la de antaño!

Después sobrevino la Semana Santa. A la Madre Angela le vino de perlas ese tiempo para poder estudiar a las nuevas misioneras. Tenía que enviar algunas a la Isla Dawson y quería saber cuáles eran las más indicadas. Y el 2 de Abril zarpaba otra vez la pequeña goleta "Fueguina" con el P. Borgatello, cinco coadjutores y cuatro Hermanas. A Sor Ruffino, y a Sor Michetti se añadían ahora: Sor Catalina Pelisetti y Sor Juana Valgimigli. Además de abundantes víveres habían embarcado en la menguada goleta, un caballo. Todo estaba listo para partir. Levan anclas, tienden las velas, el capitán enciende la pipa y con beatífica despreocupación, observa la población que se aleja . . . cuando d repente, un sacudimiento

espantoso estremeció a todo el pasaje y se oyó un ruido de mil objetos que se rompían a la vez. La goleta había dado contra la proa del vapor de bandera argentina "Tyr" que acababa de anclar en Punta Arenas. Afortunadamente la goleta no zozobró. El P. Borgatello preguntó entonces al

ISLA DAWSON: Casa del Buen Pastor.
Sentada: la Madre Vallese.

comandante inglés: —¿Podremos seguir viaje? —No, por ahora no —dijo él muy tranquilamente—, más tarde sí . . .

Y todos los misioneros debieron volver a sus casas. Al día siguiente partieron en la goleta "Enriqueta". Menos el caballo, que por la exigüidad de la embarcación, no tuvo lugar . . .

Llegaron felizmente a destino. Una vez en la Isla, el P. Borgatello preparó una función de "linterna mágica". ¡Había que ver el asombro de indios e indias al ver toda aquella fantasmagoría que desfilaba ante sus ojos!

El día 31 de Mayo, fiesta de Santa Angela Merici, en Punta Arenas las religiosas celebraron con toda solemnidad la de la Madre Angela. Se representó "El Regreso" de Santa Angela de Tierra Santa. La Madre, que todo lo enderezaba a Dios, aprovechó la ocasión de comenzar al día siguiente el mes del Sagrado Corazón de Jesús, para pedir que se celebrase ese año con particular devoción. Y así fué. Al final del mismo, las niñas cantaron por primera vez en público, mostrando a la gente cuánto habían adelantado bajo la férula amable y maternal de Sor Angela.

Entre tanto en Dawson, las indiecitas también progresaban. El 2 de Mayo siete niñitas habían hecho su primera comunión. ¡Había que verlas! Con su vestido largo de muselina, tocadas con blanco velo y cándidas medias y sin zapatos (su escasa civilización no consentía aún ese engorroso adminículo . . .) parecían la imagen de la inocencia. A mediodía almorzaron con las religiosas y durante todo el día fueron objeto de las más exquisitas atenciones de parte de los misioneros. En Junio regresaron veintidós indios de los emigrados anteriormente. Impulsados por el rigor de la estación, se habían decidido a volver. Casi todos iban de Bahía Lomas. Unos llegaban por tierra y otros por mar, en canoas. Las pobres indias llegaban cargadas como acémilas. Por delante, un gran atado de pasto seco (la cama), a la espalda un haz de leña (la calefacción), gran cantidad de canastitos y canoas en miniatura (su mercancía) y encima de toda esa balumba, uno o dos indiecitos, temblando de frío porque estaban totalmente sin ropa. Ese día el P. Director hizo carnear una vaca para todos esos nuevos hijos pródigos . . .

Un día del mes de Octubre vieron desde la Isla Dawson que allá lejos en la Isla Grande de Tierra del Fuego, se levantaban tres columnitas de humo. Tres fuegos significan en el arcano lenguaje indígena que alguien pide socorro. El

P. Pistone pidió a varios indios que fueran a socorrer a sus semejantes. Pero ellos se excusaron. Los alcalufes son muy cobardes. Decían: Ona mucho malo . . . matar . . .

Después el misionero pidió a los peones igual servicio. También se negaron. Entonces el Padre, armándose de la caridad de Cristo, se dispuso a ir él, con el coadjutor Ferrando, un carpintero y cuatro indios jóvenes a los que sumaron Sor Michetti y Sor Ruffino que también quisieron participar de la odisea fueguina. Se equipó un bote grande con varios remos. En la madrugada del 14 de Octubre, oyeron Misa y zarparon rumbo al Este. El misionero empuñaba el timón, las dos religiosas ocupaban el centro de la embarcación, cuatro hombres remaban y los otros dos estaban para relevar a los remeros. El mar estaba excepcionalmente tranquilo ese día. El P. Del Turco hacía turnar a los que habían quedado en Dawson para que rogaran a Dios por los valientes que se aventuraban a desafiar las iras del canal Whiteside. El viaje fué feliz. En seis horas estuvieron en la Isla Grande. En la playa esperaban cuatro hombres. Uno de ellos era nada menos que el Capitán Antonio . . . Con él estaban sus dos hijos, Francisco y José. Además estaba Jacinto, apodado "el gigante". El astuto "Capitán" había lanzado el anzuelo por si picaba algún incauto. Pero vió con sorpresa al P. Pistone, a Ferrando y a otro peón, con sendas carabinas en bandolera. Como entre los remeros indígenas estaba Luis, otro hijo del Cacique Antonio, el P. Director le dijo: —"Luis, ha llegado el momento. ¿Por quién te decides? ¿Por el Capitán o por la Misión?" En todos los rostros se dibujaba la ansiedad. El joven bajó la cabeza y pensó un momento. Luego contestó resueltamente: —"Yo cristiano. Yo querer ser bueno. Capitán, malo. Voy a hablarle". Y sin más enderezó hacia donde estaba su padre. Mientras conferenciaban, el sacerdote y los demás estaban como a un tiro de piedra observando atentamente. Pronto volvió Luis, sonriente, diciendo que su padre los esperaba a todos en el toldo y que se guardaría de hacer mal a nadie. Las primeras en entrar en el tugurio fueron las Hermanas. La mujer del Capitán las saludó y les mostró

otra hijita de pocos meses. Pidió que la bautizasen, a lo que el Padre accedió. Luego los obsequió con galleta, tabaco, carne y chucherías. Las religiosas regalaron vestidos y mantas a la india y un collar para la nena.

Al día siguiente, con dos troncos rústicos hicieron una cruz, la enarbolaron sobre una colina y el misionero la bendijo. Y luego de una frugal refección, se embarcaron rumbo a Dawson. El mar estaba picado. Pero no era posible pasar otra noche ausentes de la Misión. Cada cual ocupó su lugar no sin cierta inquietud. No ignoraban que si el mar seguía "engrosando" la travesía iba a ser peligrosísima. Entre las dos Islas se cruzaban tres corrientes. Y con mar bravío, son peores que Scilla y Caribdis. Rezaron, pues, una oración en común y hendieron los remos . . .

A medida que se internaban en el mar, lo notaban más agitado. Las olas se levantaban como montañas, cayendo a plomo sobre el bote y revolviéndolo como una hoja. Una gran lona extendida encima los defendía de los remojones. El Padre gobernaba el timón, los seis hombres remaban y las religiosas rezaban. Al llegar a la encrucijada de las corrientes, la débil embarcación comenzó a girar sobre sí misma, como impulsada por extrañas fuerzas. No obedecía ni al timón ni a los remos. Las Hermanas dieron un grito de espanto: —"María Auxiliadora, salvadnos". Los hombres fruncieron el entrecejo. El P. Pistone gritó: —"Fuerza, muchachos . . ." y dando un hábil golpe de timón, logró salvar el vórtice siniestro. Todos respiraron. Un poco más y ya salían de la zona más peligrosa. Al cabo de ocho horas de rudo luchar contra las olas, sin comer ni descansar, llegaban a Bahía Harris . . . Toda la población los esperaba en la playa. Allí fué una de abrazos, aplausos, enhorabuenas sin fin. Luego pasaron todos a la capilla a dar gracias a Dios.

Impresiona el valor de esas dos mujeres que desafían el furor de los mares sureños, cuyo ímpetu salvaje bien conocemos los que hemos navegado por ellos. Pero así las había formado la Madre Angela. Así las quería ella: humildes y modestas, pero a la vez decididas y valientes. Por eso cuando

ISLA DAWSON: Sor Juana Valgimigli. A su derecha, María, mujer del terrible capitán Antonio. A su izquierda la india Enriqueta.

en Punta Arenas se recibió la noticia de la odisea de los misioneros, la Madre, ante las exclamaciones de algunas religiosas y ante las protestas de otras por tamaña temeridad, ella sonreía tranquilamente como diciendo: —Déjenlas nomás: así el mismo mar bravío que las rodea las va formando en la vida ruda y sacrificada que deben llevar . . . Déjenlas nomás: la plenitud de la vida religiosa y misionera es algo más difícil que el canal Whiteside . . .

Así forjó ella a sus hijas: de un exterior modestísimo; pero interiormente ardía el sacro fuego de una caridad capaz de arrostrar cualquier sacrificio y vencer cualquier dificultad. Ella misma les daba el ejemplo y las formaba más con su conducta que con su palabra. Ella nunca temió ni el furor de los mares ni la perfidia de los hombres. Cuando tenía que embarcarse para ir a cumplir sus delicadas misiones, nunca miraba si el mar rugía o si estaba sereno, si los que la acompañaban eran buenos o malos: confiaba en Dios y el Señor nunca la defraudaba.

Cuando en Setiembre de 1892 llegó un barco de Europa con la nueva de que el cólera hacía estragos, se aparejó un Lazareto en Punta Arenas para los posibles apestados. Mons. Fagnano le pidió que preparara una Hermana para que fungiera de enfermera apenas sonara el primer grito de alarma en la ciudad. Sor Vallese no titubeó un instante: envió recado a la Isla Dawson para que regresara a Punta Arenas Sor Luisa Ruffino, la directora, y la puso a las órdenes de un médico para recibir las oportunas instrucciones a fin de desempeñar la dirección del Lazareto en caso de epidemia. Y cuando en 1899 cundía en aquel apartado rincón el temor de una guerra con la nación vecina, fueron dos las religiosas que se prepararon para ejercer como enfermeras para el caso de un eventual conflicto armado.

Era la mujer fuerte. Cuando del cumplimiento del deber se trataba no temía los peligros.

A Magallanes ha cabido la gloria de ser la puerta por donde entró en Chile la Eucaristía en manos de Pedro de Valderrama. También por ahí entraron las Hijas de María Auxi-

liadora. Cuando se trató de instalar definitivamente la Congregación en Chile, Mons. Fagnano propuso que fueran a Santiago desde Punta Arenas. Y así se hizo. Y por dos años las fundaciones de la capital chilena y la de Talca dependieron de la austral y minúscula Punta Arenas. Para fundar aquellas dos casas tuvo que emprender la Madre Vallese viajes harto largos y peligrosos. Pero como cuando de ensanchar el Reino de Dios se trataba, no decía que no, ni temía los peligros, tomó su valijita, le dijo a Sor Rosa Veneroni que la acompañara, y partieron.

Y he ahí como la modesta costurera del oscuro pueblecito de Lu, deberá ahora alternar con la aristocracia chilena. Tampoco ella temía marearse en las alturas. Porque era tan humilde que nunca subió a las cumbres. Cuando debía tratar con personas de abolengo, éstas se inclinaban hasta ella. Por eso la Madre Angela nunca se mareó. Porque nunca subió a las alturas. Hizo, más bien, que los demás bajaran hasta su humildad.

Las mujeres según el corazón de Dios han sido siempre valientes. Asombran las santas audacias de Santa Teresa. Pasman las intrepideces de Santa Catalina de Siena. Y, dentro del marco de nuestra historia, entusiasman las humildes bizarrías de la Madre Angela, que en aquel hosco y temible Estrecho, estaba forjando almas que parecían templadas para grandes proezas medievales. Y, justo es decirlo, su magnanimidad jamás la traicionó. Porque no estaba fundada en carne y sangre sino en espíritu. No brotaba de las emponzoñadas fuentes de las pasiones humanas sino del corazón de Dios.

A esta mujer sencilla y modesta ha cabido, pues, la honra de haber probado que siempre se puede compadecer la verdadera humildad con la magnanimidad y que nunca han estado reñidas la modestia religiosa con las grandes empresas apostólicas.

CAPITULO XIII

DE COMO LOS DESTELLOS DE LA CARIDAD DE SOR ANGELA ILUMINAN TODA SU OBRA

En Febrero de 1892 las religiosas tuvieron el sin par consuelo de recibir la visita de Mons. Cagliero. Era la primera mitra que brillaba en el Estrecho. Monseñor iba para consagrar la Iglesia que había levantado, Dios sabe con cuántos sacrificios, Mons. Fagnano, en Punta Arenas. Los Tenientes de la Armada Argentina, señores O'Connor y Montes, se hallaron presentes al acto de la inauguración del templo. Fueron invitados al banquete que se sirvió en honor del Prelado. Fué entonces cuando, narraba el Vice Almirante Montes: "tuvimos oportunidad de probar dulce de cebollas (!)"... Las pobres religiosas, no teniendo a mano, otra cosa, habían echado mano a ese fusiforme liliáceo para ofrecer postre al Obispo visitante. ¡Tanta era la pobreza que reinaba en aquellas casas!

Desgraciadamente la iglesia consagrada con tanta pompa y entusiasmo, debía durar bien poco. Cuatro meses después, un incendio la reducía a pavesas. De modo que los fieles volvieron de nuevo a la mínima iglesita de las Hermanas para cumplir sus deberes religiosos.

En la primavera de ese año, otro siniestro: en la Isla Dawson ambas comunidades estuvieron quince días bajo la pesadilla de un incendio de bosques que avanzaba desolador hacia la Misión. Negras nubes de humo poblaban el cielo. El aire estaba caldeado. Se oía el incesante crepitar de semillas, leña, huesos en la selva . . . Los misioneros y las misioneras temblaban por sus vidas y las de aquel centenar de aborígenes que ya tenían en la reducción, Hasta que plugo

a la Divina Providencia enviar una oportuna lluvia que acabó con el peligro.

Y en medio de la desazón causada por estas desgracias, la Madre Angela recibía consuelos inefables. En Enero de 1893 pasaban para Santiago de Chile un grupo de seis Hermanas que iban a fundar una casa en la Capital. Fueron a visitar la casa de Punta Arenas y departieron con las misioneras breve pero cordialmente el tiempo que les permitió la estadía del barco. Otro consuelo que experimentó la Madre Vallese fué la vestición de Sor Ballester. Una de las preocupaciones desde su llegada al Estrecho había sido siempre el cultivo de las vocaciones. Sabía muy bien que el Instituto para hacer todo el bien que su fundador se prometiera, debía desarrollarse, progresar, renovarse. Y eso sería posible solamente si había buenas y abundantes vocaciones. De ahí su cuidado incesante por buscar entre las jovencitas que se mostraban más afectas a la Obra, la que Dios había predestinado para religiosas. Entre ellas halló la Madre Angela a dos buenas hermanas: Eufrasia y Maximina Ballester. La primera entró como postulante en Diciembre de 1891. El 8 de Diciembre tomó parte a la procesión ataviada con un vestido blanco y una hermosa corona de rosas en la cabeza. Esto hizo profunda impresión en la gente, pues Eufrasia era muy conocida y apreciada en toda Punta Arenas. Después de la procesión de la Inmaculada, Mons. Fagnano impartió la bendición con el Smo. Sacramento. Luego tuvo lugar la aceptación de varias Hijas de María y aspirantes. En seguida procedió el Prelado a bendecir el hábito de la primera vocación de Punta Arenas, que, llena de gozo, vistió Sor Eufrasia.

Al año siguiente ingresó como postulante también la hermana de Sor Eufrasia. Monseñor y la Madre Vallese quisieron que ésta vistiese el santo hábito en la Isla Dawson para dar a los indios una lección objetiva acerca del importante asunto de la vocación religiosa. Con ese motivo en Enero de 1893 ambos superiores fueron a la Isla con la postulante. Después de los Ejercicios Espirituales, Monseñor, radiante de santo regocijo, al ver que aumentaban sus mi-

sioneras, dió también a Sor Maximina, la librea de las esposas de Cristo.

Así, entre penas y consuelos, entre lágrimas y sonrisas, proseguía la vida austera y sacrificada de la Madre Angela en aquellas hoscas soledades sureñas. Por un lado Dios le daba vocaciones como para que viera que la Obra estaba asegurada. Por otro, le enviaba frecuentemente cruces que robustecían la fibra de la mujer fuerte y acrisolaban admira-

Todo un símbolo: Veneración de la raza aborigen.

blemente su virtud. La educación de las indiecitas era objeto de constante preocupación para la buena superiora. Cuando interrogaba a las misioneras: ¿Cómo van esas chicas?, generalmente las buenas religiosas debían menear negativamente la cabeza, como diciendo: —Es un hueso duro de roer, Madre, eso de educar indias alacalufes . . .

Pues el carácter de esos indios es taciturno, adusto, cerril. Las indias alacalufes están siempre a la defensiva. Sus pala-

bras son medidas y secas. Ignoran en absoluto lo que es un cumplimiento. Raramente se las ve reír. Desconfían de todo y de todos. Parecen la imagen del hipócrita. Tienen un aire siempre sospechoso y dan la impresión de que van a traicionar a cada momento. Las mujeres alacalufes nadan al par de los hombres, cuando no los superan. Una vez en Bahía Harris, algunos indiecitos jugaban en un barquichuelo que se mecía alegremente en la orilla, atado por un cabo a la playa. De repente cortóse el cabo y la canoa se alejó unos trescientos metros de la orilla. Cuando la madre de las criaturas se percató de que sus hijos andaban en el mar a merced de las olas, al punto se arrojó al agua, alcanzó la canoa, asió la cuerda y mordiéndola fuertemente con los dientes, llevó de nuevo canoa y tripulantes a nado hasta la playa.

Los alacalufes y yaganes son extremadamente golosos. Una vez en la misión las Hermanas guardaban un tacho con grasa. Una india se dió maña para quedarse a solas con tan poco apetitoso alimento y engulló varios kilos del mismo, quedando a pique de morir de indigestión. Las maestras no podían dejar los jabones a la mano de las alumnas, porque siendo éstos confeccionados con grasa, apenas la maestra se descuidaba, se los comían . . .

Las madres nutren a sus hijos con moluscos de la playa, ya desde tan pequeñitos que aun no tienen dientes. Bien sabemos lo indigestos que son los mariscos. Y sin embargo se los dan crudos. Los ponen junto al fuego, y cuando comienzan a abrirse las valvas, la madre los toma entre los dedos, les hace salir el agua que contienen y se los da a comer a sus criaturas, los cuales los devoran sin masticarlos . . .

Las madres siempre temen que sus hijos tengan hambre. Los sobrealimentan y de ahí que el 80 % de los pobres chiquillos alacalufes mueran antes de los diez años. Les dan una libertad superlativa. Apenas comienzan a caminar ya se inpedendizan y son como de otra familia o tribu. Entre ellos son desusadas las caricias con que todos los civilizados

manifiestan su afecto a las criaturas. El beso es desconocido entre los alacalufes y yaganes.

La libertad que dan a los chiquillos es sencillamente ridícula. Un día el P. Borgatello, fundador del Museo Salesiano de Punta Arenas, viendo un remo fuera de uso, pero característico de los indios, que estaba abandonado en la playa, se lo pidió a un alacaluf para el Museo. El indio entonces, con toda seriedad respondió: —Es del chico . . .

Y señaló una criatura de dos años y medio que estaba comiendo mejillones.

—¿Cómo? —replicó el Padre riendo—. ¿No es tuyo ese remo? ¿No eres el padre de ese chico? ¿No puedes disponer de ese objeto como quieras?

Pero el indio respondía, invariablemente:

—Es suyo; si usted quiere, pídaselo a él . . .

El rapaz seguía devorando mejillones, sin importánsele un ardite de la conversación de ambos. Entonces el hombre le dijo:

—¿Quieres dar el remo a este "Vestido de Negro"?

El indiecito movió apenas la cabeza haciendo señal negativa.

—¿Ha visto? —prosiguió el alacaluf—. No quiere . . .

Y no hubo forma de conseguir el remo.

Con este elemento difícil debían lidiar las Hermanas. La Madre Angela las visitaba con toda la frecuencia posible, les daba útiles indicaciones, y de ese modo pudieron obtener relativos progresos entre sus alumnas. En poco tiempo hubo que construir hasta 60 casas en la reducción. En ellas vivían las familias indígenas. Los chicos y chicas de más de 7 años fueron internados en los colegios de los Padres y de las Hermanas. Ahí más fácilmente pudieron asimilar elementales normas de vida civilizada y dedicarse al estudio. Las chicas, además de los rudimentos de las ciencias (a las cuales había que dedicarles, sobre todo al principio, muy escaso tiempo porque no resistían ningún trabajo mental) se ocupaban en trabajos manuales: hilaban lana, que tenían en abundancia, tejían mantas, hacían calcetas, etc. A la caída de la tarde los

hombres se reunían en un galpón, llamado pomposamente "Club Social", donde recibían media hora de religión y moral y luego se los entretenía en juegos y pasatiempos. Con las mujeres se hacía otro tanto, añadiendo a esto, el canto. Pero, dicho sea de paso, les costaba un ojo de la cara a las pobres religiosas educarles el oído.

La Madre Angela andaba en todo. Tan pronto estaba en Punta Arenas como en Dawson. Ya se ocupaba de las fundaciones del Norte de Chile como tenía que dedicar su atención a sus queridas Hijas del Sur. Pero como sabía distribuir muy bien su trabajo, siempre hallaba tiempo para todo. Sólo así se explica cómo progresaban a la vez, las casas recientemente fundadas en el Norte, la casa de Punta Arenas y hasta en la huraña Isla enclavada en el Estrecho se veía florecer la piedad cristiana, el estudio, la cultura, en aquel ambiente que parecía impermeable a toda manifestación de vida civilizada.

Pero la Madre Angela, émula en esto de Mons. Fagnano, no limitaba sus actividades apostólicas ni a los indios de Dawson ni a las chiquillas de Punta Arenas. Cuando el corazón del apóstol está lleno de ese fuego sagrado que es la caridad, trata de iluminar con él todas las inteligencias y de caldear con él todos los corazones. Educada en la doctrina de San Francisco de Sales, que había asimilado el lema: Omnibus omnia factus . . . "hecho todo a todos para salvarlos a todos", no miraba si era pequeña o grande la que necesitaba de su acción salvadora, no se detenía a considerar si la joven que la Providencia le ponía en el camino era creyente o atea, ortodoxa o herética, buena o pervertida, ella veía en ese ser humano un alma redimida con la sangre de N. S. Jesucristo y al punto se lanzaba a la obra para "complementar la pasión del Señor" con el sacrificio individual de su alma apostólica.

Por eso no solamente pudo hacer bautizar a indiecitas de Dawson o de los canales, sino también señoritas de Punta Arenas o de lejanas tierras que habían llegado a ese rincón de Chile con el signo de la herejía en la frente. Y luego, en

contacto con la Madre Vallese, veían la luz de la verdad y la seguían decididamente. La caridad, la inmensa caridad de esta alma toda de Dios, era lo que convertía a Dios a los corazones más obstinados, como en los primeros tiempos del cristianismo fué también la caridad la virtud que trocaba la opinión de los paganos con respecto a los secuaces de Cristo ("Mirad como se aman . . .").

A las vocaciones que florecían en Punta Arenas hay que sumar las que Mons. Fagnano hallaba en otros centros más poblados. Así el 22 de Diciembre de 1893 llegaba Monseñor de Santiago, donde era a la sazón Inspector, con cuatro postulantes. Sus nombres: Candelaria Alarcón, Rosa Gutiérrez, Herminia Sánchez y María Ramírez. En esa forma, y merced al buen ejemplo de las primeras religiosas y a la preocupación de sus superiores, el pequeño grupito primitivo iba siempre en aumento.

Pero la Madre Angela no trabajaba sólo para el Instituto: como buena religiosa trabajaba principalmente para la Iglesia. Se prodigaba a todos. De ahí algunas conversiones que denotan hasta dónde llegaban sus ansias de bien. El 24 de Diciembre de ese mismo año se bautizaba y abjuraba de sus errores una joven luterana, Alicia Wagner, después de haber pasado varios meses instruyéndose en las enseñanzas de la Iglesia Católica. Como se trataba de la primera conversión de relieve, tuvo dos padrinos eminentes: Mons. José Fagnano y la Madre Angela Vallese.

Así la buena religiosa cerraba aquel año con una conquista que llenaba de gozo su corazón genuinamente apostólico.

CAPITULO XIV

DE COMO LA ALDEANA PIAMONTESA LLEGO A ALTERNAR CON LA NOBLEZA SANTIAGUINA

Estaba de Dios que la luz del Evangelio esta vez también fuese del Sur. Hoy tiene Chile una floreciente Inspectoría de Hijas de María Auxiliadora con sede en Santiago. Pero bueno es recordar que primero esas religiosas se establecieron en Punta Arenas y que cupo a la denonada Madre Angela la gloria de ser la fundadora de las primeras tres casas de la Inspectoría norteña.

Hacia fines del mes de Setiembre de 1892 la Madre Vallese, pidió a Sor Rosa Veneroni que la acompañara y emprendió viaje a Santiago. Dos motivos la llevaban: primero, reconocer la capital chilena y comprobar *de visu* si había ambiente propicio para establecer la comunidad que se proyectaba, y segundo, sabiendo que la clase dirigente de Chile es tradicionalmente generosa, quiso colectar en la populosa ciudad capital los medios para socorrer a sus indias.

Una vez allá, Mons. Fagnano, a la sazón Inspector de Chile y Perú, a la vez que prefecto Apostólico de Magallanes, la presentó a los principales bienhechores de la obra, entre los cuales descollaban D. Miguel León Prado, celoso párroco de Santiago que anhelaba tener a las Hijas de Don Bosco en su parroquia para que educaran a las hijas del pueblo y Don Ramón Subercaseaux, que había donado lo necesario para la construcción de una casa *ad hoc* y había ofrecido una pensión anual de 5.000 liras para el sostenimiento del Instituto. Y ahí fué donde se vió como la humilde campesina de Lu supo elevarse hasta las cumbres de la aristocracia chilena sin desmerecer un punto de la posición honrosa en que la Pro-

videncia la colocara. No les fué difícil ponerse de acuerdo. En seguida comenzaron los trabajos de construcción. El señor Arzobispo, Mons. Mariano Casanova, bendijo la feliz iniciativa y autorizó la fundación.

Habiendo la Madre Angela, en los tres meses que pasó en Santiago, conseguido cimentar sólidamente la fundación de la Casa de San Miguel y conseguido buena cantidad de limosnas para sus indias del Sur, a fines de Diciembre de ese año, regresó nuevamente a Punta Arenas.

Pocos días hacía que había llegado a su residencia, cuando la sorprende una gratísima visita: las seis Hermanas que debían formar la primera comunidad de la casa San Miguel en Santiago, llegaban a Punta Arenas, de paso para el Norte. Ellas eran: Sor Lucía Martínez, que iba como Directora, y las Hermanas: Esperanza Flavia, Mercedes Buil, Enriqueta Brustenga, Ernesta Bruno y Dorotea Fondevila.

Las pocas horas que se detuvo el barco en Punta Arenas fueron de santo alborozo para ambas comunidades. ¡Era nada!, ¡encontrarse allá, en aquel extremo rincón del mundo! La noticia más consoladora que se apresuraron a dar las llegadas fué la que en el Capítulo General habían sido reelegidas todas las superioras. Las puntarenenses la recibieron con extraordinarias muestras de regocijo. Pero en esta vida no hay dicha cumplida: poco después el silbido estridente del vapor anunciaba que las Hermanas partían . . . Las sureñas, desde la playa las siguieron con la vista hasta que el barco se perdió entre las brumas del Estrecho rumbo al Suroeste.

El día 16 de Enero de 1893 se fundaba, en Santiago, la primera casa de las salesianas: la de San Miguel, que si hoy no es la principal, tiene siempre el mérito de ser la más antigua. Como cuando llegaron las Hermanas, el edificio aun no estaba terminado, D. Miguel León Prado no titubeó en proporcionarles otro en el que las religiosas comenzaron su obra educativa. Oficialmente el Colegio San Miguel abrió sus puertas el día 20 de Marzo, con una asistencia de 160 alumnas. Y comenzó esa obra bajo tan buenos auspicios que ya para el 19 de Marzo dos postulantes hacían su entrada

en el Instituto: eran Carmen Valenzuela y María Luisa Gómez.

Y a mediados de ese año de 1893 la Visitadora Madre Vallese autorizaba una transacción importante: el 19 de Agosto se compraba una casa que sería el Noviciado de la Congregación. El P. Domingo Tomatis la compró a su propietario, señor Juan Gómez Solar en la suma de $ 35.000. Estaba situada en la calle Padura, frente al Club Hípico. Actualmente es la casa Inspectorial, trasladada a la Avenida Matta. Comenzó a funcionar sólo en el año 1894 y en los elencos del Instituto figura como "Segunda Casa de Santiago". En ese año de 1895 aparece como Directora la Madre Angela Vallese, que es a la vez Visitadora de todas las casas de Chile y de la Misión de la Candelaria. Como Vicaria y Maestra de Novicias, durante el año 1894, figura la Hermana Lucía Martínez.

Sor Angela, en sus andanzas, ya sea por el Norte de Chile o por los fríos australes, siempre se preocupó por las vocaciones. De ahí que cuando Mons. Fagnano volvió a Punta Arenas, en Diciembre de 1893, llevó consigo cuatro postulantes: dos alumnas del Colegio San Miguel: María Ramírez y Herminia Sánchez, una joven de la misma parroquia, Rosa Gutiérrez y otra, Candelaria Alarcón, de la ciudad de Concepción.

El año 1894 fué para la Madre Angela de grandes actividades. ¡Jamás hubiera imaginado la costurera del Monferrato que un día iba a verse, por obra y gracia de la Providencia, trocada en Visitadora de casas religiosas en la Capital de Chile!

A principios de ese año, el intrépido Mons. Fagnano compró en Talca otra casa para las Hermanas en la suma de $ 16.000. Inmediatamente gestionó de la Madre Vallese le enviase las religiosas necesarias para la fundación. Hizo más aún. Consiguió que una buena cooperadora, la señora Lucrecia Munita de Cruz, le diese $ 1.000 para pagar el viaje de las Hermanas. Y el día primero de Febrero partía la Visitadora de Punta Arenas con la flamante directora de la casa de

Talca, Sor Teresa Bragutti, la Vicaria, Sor María Cabutti y una profesora, Sor Margarita Alvarez. A éstas se agregó luego una novicia, Sor Victoria de la Torre. Y así quedó fundada, el 7 de Febrero, la casa en Talca. Los principios fueron, desde luego, muy espinosos; pero ahí estaba la Madre Angela para solucionar las dificultades. Ella, con su alegría inalterable y con su optimismo contagioso les resolvía suavemente todos los problemas. Por otra parte, junto a la benemérita señora de Cruz estaba la insigne bienhechora, Doña Mariana Silva, cuyas obras en favor del nuevo Instituto, hacen que sean ambas consideradas en Talca como las verdaderas mamás de la fundación.

Y el 11 de Febrero ya tenían la dicha de abrir el Oratorio Festivo a las niñas del pueblo. Acudieron 12 alumnas. Para el 18, día en que se celebra por la primera vez la Misa en la casa, tanta maña se dieron las activas religiosas, presididas por la Madre Vallese, que el número de chicas ascendió a 150. El día 24 de Febrero partió Sor Angela con Sor Cabutti para Santiago. Ya podía marchar satisfecha: el nuevo Colegio estaba en plena floración.

El día 26 de Marzo comenzaban los Ejercicios Espirituales en la nueva casa de Noviciado. Los predicaron Mons. Fagnano y el P. Tomatis. Era la vez primera que hacían el santo retiro las tres comunidades de Chile. Al término de los mismos hubo cambios. Directora de San Miguel fué designada Sor Enriqueta Brustengo y Sor Lucía Martínez pasó a la dirección de la casa del noviciado. El 5 de Marzo comenzaron las clases en el colegio de Talca. En el San Miguel comenzaron el día 12 con una asistencia de 80 educandas. En el Noviciado las clases dieron comienzo el 1º de Abril con 23 alumnas externas y 4 internas.

El 28 de Marzo parte la Madre Angela a visitar la casa de Talca. La encontró funcionando normalmente. Merced a la acción de las buenas cooperadoras mencionadas y otras almas generosas habían instituído cuotas mensuales para el sostenimiento del Colegio. La Madre se quedó en Talca hasta el 14 de Abril. Aprovechó todo este tiempo para orientar a

la nueva directora en el ejercicio del gobierno de la casa. Ahí estaba Sor Vallese en su elemento: con una sencillez admirable, iba volcando en el alma de sus hijas los tesoros de experiencia que había adquirido en Italia, Uruguay, Argentina y Chile, sin que ellas se percataran siquiera que la Madre les estaba dando altas lecciones de prudencia. En esto era como la Madre Mazzarello: había recibido el don de gobierno y lo ejercía naturalmente, como naturamente la golondrina o la avutarda se ponen en el vértice de la V que forman las aves en el cielo para cortar mejor el viento.

El día 30 de Mayo, día en que las hijas solían dedicar a los homenajes en honor de la Madre Angela, fué una oportunidad que aprovecharon superioras y alumnas de Santiago para exteriorizar el afecto que nutrían hacia la bondadosa Madre que en esas horas iniciales estaba febrilmente elaborando como una crisálida en el capullo de su modestia la grandeza futura del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Las alumnas le dedicaron una función teatral y las Hermanas le obsequiaron dos arañas piramidales de bronce.

En seguida partió nuevamente para Talca. Iba a dar un rápido vistazo a su obra. Quería ver si aquellas normas sabias de gobierno que había impartido se habían cumplido. En los meses de Agosto, de Setiembre y Octubre volvió nuevamente a Talca y siempre pudo observar aumento de niñas, de piedad y de cultura, con gran regocijo de su maternal corazón.

Naturalmente que no todas eran rosas. Sobre todo en los principios de las casas religiosas, lo que abundan son las dificultades que acarrean no pocos dolores de cabeza y fastidios a las superioras. Una prueba de las dificultades a que debió hacer frente la Madre Angela la tenemos en los cambios sucesivos de directoras que hubo en ese año 1894. El 5 de Octubre debe nuevamente cambiar: Sor Enriqueta Brustengo pasa otra vez a la Casa de Noviciado y Sor Lucía Martínez vuelve a la casa de San Miguel. La pobre Madre Vallese debía hacer juegos malabares para solucionar las dificultades con tan poco personal . . .

Otra prueba de los no leves tropiezas que halló Sor Angela en su delicada misión inicial es el saber que para el año 1895 debió suprimir el externado y el Oratorio Festivo de la casa de Noviciado. Afortunadamente el 2 de Enero de 1895 regresaba de Europa el P. Tomatis trayendo dos religiosas más: Sor Adriana Gilardi y Sor Adelina Goghero.

Hoy, a la vuelta de más de medio siglo, Sor Adelina recuerda emocionadamente el cariño con que la Madre Angela las recibió y las atenciones que les prodigó para hacerles más llevadero el cambio a que la obediencia las había sometido.

La primera será la Vicaria de la Casa de Noviciado y la segunda, maestra en la misma.

El 20 de Enero de 1895 al término de los ejercicios espirituales predicados por los mismos oradores que el año anterior, vistieron el hábito religioso seis nuevas Hermanas, hubo tres profesiones perpetuas y una hizo la primera profesión. Al día siguiente partían las religiosas destinadas al Colegio de Talca. El día 30 la Madre quiso obsequiar a todas las Hermanas con un paseo general. Fueron a Macul, la nueva residencia que los PP. Salesianos tenían en las inmediaciones de Santiago.

A principios de Febrero se supo la gran noticia: se separaban las Inspectorías. En adelante serían entes autónomos la del Norte titulada de San Gabriel Arcángel y la del Sur dedicada a San Miguel. Al frente de la primera quedaría, a tenor de las disposiciones del Capítulo Superior, la Madre Lucía Martínez. Y la Madre Angela Vallese volvería a su querido Sur para proseguir derramando el bien entre los humildes indígenas. Huelga decir que ella se gozó de que le hubieran reservado la parte austral donde sólo pueden lidiar las grandes luchas apostólicas los hombres y las mujeres hechos a prueba de sacrificio.

Y el día 4 de Febrero se alejaba para siempre de Santiago con seis Hermanas: tres quedaron en Talca y las otras tres, llamadas Adela Alarcón, Sabina Guajardo y Rita Sánchez, todas novicias, se embarcaron en Talca el 6 rumbo al Sur en un barco inglés. El 13 estaban todas en Punta Arenas. No

son para dichas las muestras de cariñoso afecto que recibió la Madre Angela al llegar de nuevo "y para siempre" a las frías tierras magallánicas. Las Hermanas del Sur habían temido perderla . . . Ahora la tenían ahí, viva, rejuvenecida, más alegre que nunca porque estaba en el lugar donde se sufría la pobreza y se sentía la gloria de la abnegación cristiana en toda su hermosa plenitud . . .

Atrás, allá en el Norte chileno, quedaba flotando su recuerdo, como una bandera que jamás será arriada, como la nube blanca del templo de Salomón jamás desvanecida, como una estrella que iluminará las futuras generaciones de religiosas salesianas que vuelvan las páginas de las viejas crónicas de antaño . . .

CAPITULO XV

DE COMO LA MADRE ANGELA PERFUMA DE NUEVO NUESTRA PATRIA CON SUS VIRTUDES

El 9 de Junio de 1893 se daba comienzo a una verdadera odisea misionera. El P. José María Beauvoir, acompañado del P. Juan Bernabé, de los Hermanos Ferrando, Ronchi y Bergese, de cuatro carpinteros y cinco peones, zarpaba de Punta Arenas rumbo a la Isla Grande de Tierra del Fuego argentina para fundar una nueva misión en favor de los onas. En tres días lograron llegar frente a Río Grande. Pero una vez ahí, el capitán del barco que habían fletado se negó terminantemente a entrar en la riesgosa barra del río fueguino. Volvieron atrás. Pero para no perder inútilmente dinero y tiempo, el P. José optó por desembarcar en Bahía San Sebastián con todos los enseres que llevaban para la fundación. Sino que a la mitad del desembarco se desencadenó una de esas furiosas tempestades del Sur que dió al traste con casi toda la carga. Sin embargo el P. Director pudo desembarcar con los Hermanos, peones y carpinteros. El P. Bernabé regresó a Punta Arenas. Los misioneros construyeron unos galpones y se decidieron a pasar el invierno allí. Pero fué un invierno terrible. Con 20 y más grados bajo cero y en casuchas de mala muerte . . . Y así cuatro meses. Sólo a fines de Setiembre el P. José se determinó a dejar la Isla para ir a Punta Arenas a caballo. Llegó el primer domingo de Octubre. Allí consiguió equipar dos goletas: la María Auxiliadora, de la Misión y la Kingfisher, de un portugués llamado Manuel Pereyra. Y sólo el 4 de Noviembre lograba ver a sus compañeros de Bahía San Sebas-

tián. Finalmente, el 11 de Noviembre pudieron entrar en la temida boca del Río Grande. Allí se fundó la suspirada Misión de los Onas que se denominó de Nuestra Señora de la Candelaria.

Ahí el P. José y demás misioneros pasaron las de Caín. Al principio los indios tenían un terror pánico a los blancos; pero luego, viendo que éstos les daban carne, galleta y ropa, no tardaron en amigarse. Y comenzaron a llegar tribu tras tribu, del Norte, del Sur y del Oeste. De modo que cuando quiso acordar el Director tenía 244 bocas indígenas que engullían desesperadamente. Hubo reyertas sangrientas entre las tribus antagónicas, deserciones, traiciones, de todo.

En Agosto de 1894 llegaba por vez primera el Prefecto Apostólico, Mons. José Fagnano, a visitar la Misión. Fué entonces cuando ordenó trasladar la Misión un poco más hacia la desembocadura del Río, al lugar llamado Tres Chorrillos. A fines del verano de 1895 la casa de la nueva misión estaba terminada. Mons. Fagnano había hecho fabricar una dependencia para las Hermanas, con todo el "confort" de Tierra del Fuego y compatible con la pobreza salesiana. Hacía tiempo que la Madre Angela suspiraba por enviar a sus Hijas a trabajar en la Isla Grande. No veía la hora de despedirlas para que fueran a ensanchar el horizonte del Reino de Dios. Finalmente a fines de Marzo de 1895, partieron las misioneras rumbo a la Candelaria. (1) Y el día 2 de Abril entraba el "Torino", vapor adquirido por Monseñor para la Misión, en el Río Grande. En él iba el Prefecto Apostólico, el P. Juan Zenone y varias religiosas. La Madre Vallese había elegido nuevamente a Sor Luisa Ruffino como directora. La secundarían en su obra: Sor Rosa Massobrio y Sor Rosa Gutiérrez. Como ayudante iba una aspirante con el significativo nombre de María Auxilio Oyarzun.

(1) En los elencos del Instituto figura el año 1893 como fecha de fundación.

Apenas llegaron se uncieron al yugo del trabajo. ¡Había tanto que hacer en esa bendita casa que había sido siempre administrada por hombres! En sus crónicas dice el P. José: "La misma tarde que llegaron dieron principio a sus tareas, colocando todas las cosas en el lugar que se les destinó". Los

RIO GRANDE: Sor Catalina Dabbene dirige el taller.

indios onas miraban con tamaños ojos a esos seres extraños, de negros vestidos y blancas tocas. Al principio no había medio de hacerlos acercarse a ellas; pero bien pronto la caridad de las religiosas cautivó no solamente su confianza sino su afecto.

Los onas eran indios más bien desarrollados que los yaganes y alacalufes. Eran llamados "indios de a pie" así como los otros se denominaban "indios de las canoas". Y no so-

lamente eran desarrollados en su físico. También en su inteligencia. Tenían imaginación. Baste decir que a las religiosas las llamaron "pingüinas". Y quien conoce el hábito de las Hijas de María Auxiliadora, convendrá que, salva la reverencia, el mote les caía de perlas.

Al día siguiente del arribo, Monseñor acompañado de Pedro Gama, un indígena civilizado, salió en busca de una tribu amiga. Por el camino la encontró. Iban rumbo a la Misión. Habían visto el humo del "Torino" y se acercaban de acuerdo al consejo recibido del P. Beauvoir. Marchaban en fila india: tristes, hambrientos, desnudos. ¡Y con un frío de varios grados bajo cero! Al buen Prelado se les llenaron los ojos de lágrimas ante tal espectáculo. Los condujo a todos a la Candelaria. Antes de presentar las mujeres a las religiosas, les dió frazadas para que se cubrieran. A las pocas horas tenían levantado su toldo cerca de la Misión.

El 10 de Abril regresaba Monseñor Fagnano a Punta Arenas. Allá, en Río Grande, cerca del Atlántico, curtiéndose con los vientos y los fríos fueguinos, quedaban las Hermanas salesianas. Ellas serán los ángeles tutelares de esa desdichada raza ona, fuerte, altiva y hermosa que comenzaba a presentir los primeros síntomas de su agonía. Esos aborígenes no pudieron resistir el avance de la civilización. Su organismo virgen, no inmunizado contra los mil y un microbios patógenos que acarrea la vida moderna, caía vencido por toda suerte de morbos y epidemias. Esas humildes religiosas fueron, pues, los ángeles que Dios les envió para que velaran sus horas crepusculares. Junto con los misioneros salesianos ellas harán lo imposible para mantener encendida la lámpara de esas vidas que se iba apagando. Pero inútilmente . . . Había sonado la hora de la extinción de la estirpe de los "shelknam". Pero si los misioneros de Don Bosco no pudieron detener el curso fatal de los acontecimientos, a ellos corresponderá el honor de hacer lo que los gobiernos no supieron o no quisieron hacer para impedir la extinción de esas razas y la gloria de haber enseñado a los

indígenas fueguinos a morir con la sonrisa en los labios y el corazón abierto a la esperanza . . . Y ¡vive Dios que para los que tenemos fe, vale más enseñar a morir que enseñar a vivir!

El 27 de Abril de 1895 llegaba Sor Arcángela Marmo, ya muy mejorada, de Montevideo. Con ella venía otra Hermana, Sor Catalina Dabbene, que tendrá mucho que trabajar en Tierra del Fuego. Por las prendas personales que la adornaban, Mons. Fagnano, de acuerdo con la Madre Angela, la destinaron a la nueva Misión de Río Grande.

Sólo a principios de Agosto pudo la Madre Vallese ir a visitar a sus hijas de Tierra del Fuego. Con ella iban: Sor Catalina, Sor Maximiana Ballester, Sor Rita Sánchez y una muchacha. Partieron en el "Torino". La primera etapa, Río Gallegos. Allí debía descargar el pequeño vapor. No había puerto ni muelle. Los vientos violentísimos que soplan frecuentemente en esa región, sacudían la débil embarcación que estaba en la rada abierta, a merced de las olas. Por eso tanto el desembarco de los pasajeros como la descarga de mercaderías fueron largos y penosos.

Apenas terminó el "Torino" su descarga debió seguir hacia el Norte, cumpliendo su ruta de cabotaje. De modo que las religiosas quedaron en tierra con el P. Bernabé, que iba también a Río Grande, con unos coadjutores. Había, pues, que aprovechar el tiempo mientras volviera el barco del Norte. Lo primero: ir a hablar al Gobernador, que lo era a la sazón el Señor Edelmiro Mayer. Este las recibió muy cordialmente. Puso a disposición de los misioneros todo lo que pudo: unas piezas en su casa para las Hermanas y una casucha aparte para los salesianos. Como había que aprovechar el tiempo, los misioneros se dispusieron a dar una Misión en forma. La población no era numerosa (200 habitantes, según el P. Borgatello; 18 casas según el dato de la Hermana Dabbene). Una de las piezas de las Hermanas se trocó en capilla.

Al día siguiente, después de la Misa, el P. Bernabé preguntó a Sor Vallese: —¿Cómo pasaron la noche?

—Perfectamente bien, Padre. ¿Y Ustedes?

—Nosotros hemos pasado una noche toledana... Un frío bárbaro. No hemos podido pegar ojo.

La buena religiosa no necesitó más. Fué a su pieza, tomó dos frazadas y las mandó a la casa de los misioneros. El hecho no pasó inadvertido al Gobernador. Al otro día éste preguntó a la Madre cómo pasaban la noche, si tenían frío. Sor Angela, que efectivamente había sentido los efectos del frío de Agosto en Gallegos, no replicó, por no faltar a la verdad y se puso levemente ruborosa al comprender la intención de la pregunta. Entonces el funcionario le dijo: —¿Cómo Ud. toma frazadas de mi casa para mandarlas afuera?

—Perdone, Sr. Gobernador —dijo ella angustiada—. pero los salesianos dijeron que sufrían frío...

—Y a Ud. que le importa si ellos sienten frío?

La pobre religiosa, toda mortificada, no atinaba a levantar los ojos del suelo. El Gobernador prosiguió: —Tienen lengua: si necesitan, que pidan...

Y ordenó a un agente que fuese a buscar las frazadas.

Luego para endulzar estos tragos tan amargos, el huésped dijo que quería ofrecer un banquete a todos los misioneros. Al día siguiente, a mediodía todos, salesianos y religiosas estaban en torno a la mesa del Gobernador. Este comenzó, como solía, a servir primero a la Madre Angela, pero sin dirigirle la palabra. No bien terminó el almuerzo, las religiosas se fueron a sus habitaciones. Poco después fué el Gobernador a visitarlas e hizo las paces: —Dígame, Madre, lo que necesitan los salesianos y se lo mandaré...

Esa misma tarde les dijo que al día siguiente sería bueno que comenzaran a visitar las familias, les indicó cuáles tenían niños para preparar a la primera comunión, para bautizar y dónde había uniones que legitimar. La Madre Angela gozó la mar pensando cuanto bien se ofrecía a su celo apostólico. Para el 15 de Agosto prepararon 10 niños a la primera comunión, el Padre bautizó a 12 criaturas y legitimó 7 matrimonios.

El día de la Asunción fué la gran fiesta. Las chiquillas bien preparadas y convenientemente ataviadas, merced a la pericia de la Madre Angela, que era capaz de hacer un vestido de primera comunión hasta con arpillera, se presentaron llenas de gozo y de piedad. La esposa del Sr. Gobernador tocó el armonio y las religiosas cantaron: —Oh, Santo altar . . .

Primeras asiladas de la Candelaria: con ellas Sor R. Massobrio.

Durante la función la Madre Angela "parecía un serafín" afirma la Hermana Dabbene. Tan contenta se hallaba del fruto de la misión. A las 10 tuvo lugar la segunda Misa, en la que las Hermanas cantaron varios motetes.

Los días siguientes fueron dedicados a proseguir la enseñanza de la doctrina. La Madre aprovechó para ir de

casa en casa hablando con las señoras y jóvenes para instruirlas en las verdades de la fe.

Sólo el 21 llegó el vapor Torino. Al día siguiente había que partir rumbo a Río Grande. Antes de embarcar, el Gobernador les obsequió frutas en conserva, botellas de vino y otros comestibles. El altivo funcionario había sido conquistado por la humildad de la Superiora. Al despedirse, la señora del Gobernador "la abrazó con tanto afecto como si fuese su madre" dice la cronista de la expedición. Partieron a las 10.

El mar estaba picado o mejor, borrascoso. Las religiosas sufrieron lo indecible en esa travesía que no terminaba nunca. A media mañana del día 25 recién estaban en la Boca del Río Grande. A poco apareció el P. Beauvoir con una veintena de indios. A pie se dirigieron todos a la Misión. Poco antes de llegar salieron a recibir a la Madre las 3 Hermanas misioneras, rodeadas de una gran cantidad de indias onas. Son de imaginar la efusión de los saludos, las lágrimas de consuelo de las religiosas y la admiración de las aborígenes ante todo ese espectáculo tan inusitado para ellas. Durante su estancia en Río Grande, la Madre dió conferencias a las Hermanas y recibió a cada cual en particular para volcar en sus almas el tesoro de su experiencia, de su piedad y de su espíritu de sacrificio.

En uno de esos días quiso llevar a todas las Hermanas a paseo. Fué un día feliz. Las religiosas pudieron entonces más que nunca sondear la profundidad del cariño que ese gran corazón nutría hacia ellas y los cuidados maternales que para todas tenía. Cuando regresaron distribuyó los cargos en la casa-misión. El pensamiento que les dejó para que fuera como la estrella polar que las guiara en aquel piélago inmenso de soledad, fué éste: "Vivir siempre unidas por el lazo de oro de la caridad".

El 29 de Agosto, el Torino zarpaba de Río Grande. En él viajaba, de regreso la Madre Angela con la Hermana Rita Sánchez. En la playa flotaban infinidad de pañuelos que la despedían, ululaban muchas indias que habían aprendido a

admirarla y palpitaban muchos corazones agradecidos que en esos breves días habían sido rendidos ante el influjo avasallador de su virtud acrisolada.

CAPITULO XVI

EN QUE SE PRUEBA QUE EN LA VIDA, COMO EN LAS TRIBUNAS, HAY SOL Y SOMBRA

La Madre Angela continuaba su obra redentora en Punta Arenas y en la Isla Dawson. Como verdadera Madre, no perdía de vista a sus hijas y a sus indias. La obra salesiana, bajo los cuidados amorosos de los Hijos e Hijas de Don Bosco, se desarrollaba admirablemente. En Dawson los indios yaganes y alacalufes oscilaban en los 400. Los hombres habían aprendido a lidiar con caballos, vacas y ovejas; se habían adiestrado en toda suerte de faenas camperas y conocían la industria de la madera, como que manejaban aserraderos, acarreaban troncos y derribaban árboles en cantidad. Las indias hilaban, tejían y confeccionaban prendas de vestir. Además habían asimilado la ciencia y el arte de lavarse y estar limpias, que al fin y a la postre era el *non plus ultra* y el *dernier cri* a que podían aspirar aquellas razas extraordinariamente atrasadas en su ardua ascensión hacia la cúspide del progreso civil.

El año 1896 aparecía bajo buenos auspicios. Todo marchaba en un "crescendo" consolador: espíritu religioso, vocaciones, fervor y piedad en lo espiritual. Y par a este florecimiento cultural corría el progreso material: nuevas clases, proyectos que se realizaban, alumnado numeroso, ingresos satisfactorios. Pero . . . no hay miel sin hiel. Porque Dios quiere que esta tierra sea un valle de lágrimas para que no nos olvidemos del cielo. Quiere el Señor que no peguemos el corazón a los bienes de esta vida, para que no perdamos de vista los bienes eternos, que son los que más valen . . .

Dice la crónica de Punta Arenas: "Cantamos hoy —1º de Enero de 1896— el Veni Creator para implorar las gracias y las luces del Espíritu Santo sobre el nuevo año". Y a fe que de ambas cosas necesitaron ese año: de gracias y de luces extraordinarias, porque las pruebas a que el buen Dios las sometió fueron también extraordinarias.

El año 1896 puede ser para las Hijas de María Auxiliadora del Sur la auténtica imagen de la vida: una sonrisa entre dos lágrimas . . .

Ya a fines del año anterior, y precisamente el 5 de Noviembre había llegado una noticia regocijante: ¡la Madre General Sor Catalina Daghero, había pisado tierra americana! ¡ya las buenas religiosas magallánicas creían tenerla entre ellas de un momento a otro! ¡ya saboreaban el momento de alternar familiarmente con ella y hacerle mil preguntas acerca de las mil y una cosa que les interesaban de su amada patria!

Pero a la vuelta de pocos días llegaba otra noticia escalofriante: Mons. Lasagna había muerto trágicamente en un choque de trenes en Juiz de Fora, Brasil. Con él habían quedado exánimes varias Hermanas salesianas entre los hierros retorcidos del convoy . . .

Con estas alternativas de lágrimas y sonrisas, de luces y de sombras habían despedido el año 1895 y se aparejaban para recibir lo que a Dios pluguiera enviarles en el año siguiente. Y el Señor, que sabe muy bien condimentar las alegrías con las tristezas, se las dió en providencial proporción: para que vivieran alegres en la tierra, pero sin olvidar el cielo.

Los meses que siguieron a la noticia de la llegada de la Madre Daghero fueron de intensa espectativa. La seguían en sus andanzas por la Argentina, el Uruguay, el Brasil con la misma ansiedad con que el sabio astrónomo sigue el curso de una estrella que trata de identificar.

Finalmente llegó el día inefable: fué el 14 de Junio. ¡Hacía siete meses largos que la esperaban! En ese día celebraban la fiesta del Sdo. Corazón de Jesús. Las piadosas

Hermanas pensaron que era el Señor que les hacía tamaño regalo en su día . . . Los diarios de Punta Arenas saludaron cortésmente a la Superiora General, cosa que llenó de satisfacción a las buenas hijas. Bastarían estas palabras de la crónica, escrita por la Madre Vallese, para pintar el gozo que inundaba aquellas almas: —"Noi siamo fuori di noi per la gioia . . . Che giorni di paradiso! Peccato che passano sí presto . . ."

Todas andaban a cual más solícita, en una porfía de afecto, para tratar a la Superiora lo mejor posible. No la dejaban ni a sol ni a sombra: todas querían escuchar sus palabras, oír sus consejos, recoger sus impresiones. La Madre sonreía ante tanta cordialidad y se complacía íntimamente porque sentía aletear el espíritu de Mornese en esa sencillez que flotaba en el ambiente y que no era nada más que la virtud de la Madre Angela que había sabido conservar celosamente el perfume ancestral del Instituto en aquellas australes y frías regiones magallánicas. ¿Cómo no iba a regocijarse la Superiora General si había hallado en el extremo rincón del mundo, redivivo y palpitante, el espíritu de pobreza, de observancia, de disciplina que les habían legado, como una herencia inapreciable San Juan Bosco y la Madre Mazzarello?

Acompañaba a la Superiora General, la Hna. Felicina Fauda, en calidad de Secretaria. En honor de tan insigne visitante las religiosas prepararon varios actos académicos, a los que invitaron a las autoridades, que por tratarse de un personaje de la jerarquía de una Superiora general, acudieron en pleno. Y no fué menor el gozo que experimentaron las Hermanas cuando Mons. Fagnano quiso que los salesianos se adhirieran a la fiesta y ofrecieran también una representación teatral en su honor. Con ese acto y con las muestras de respeto que la Madre recibió en la ciudad, la alegría de las religiosas tocaba a su ápice.

El 1º de Julio la Superiora partía con la Madre Angela en el "Torino" hacia la Isla Dawson. La recibieron las indias en medio de una algazara inigualable.

A la llegada del vapor se enarboló en la Misión la bandera chilena y la banda de música de los aborígenes rompió los aires con marciales acordes. Dos indias, con su canoa empavesada, fueron hasta junto al barco para ofrecer a la Madre General la frágil embarcación. Ella la agradeció muy cortésmente; pero no se atrevió a navegar en esa cáscara de nuez. Subió en un bote conducido por dos coadjutores. Entonces Mons. Fagnano, siempre caritativo, para no desairar a las indígenas, bajó hasta su canoa y en ella se llegó a la playa.

Una vez en el muelle, las chiquillas fueguinas entonaron el cántico: "Con el ángel de María" que era llamado el "Himno nacional de la Misión".

La bondadosa Madre visitó todas y cada una de las casuchas de los indígenas, participó de la distribución de los alimentos que cada día se daban a las familias. Y ella misma se encargó de repartir 100 vestidos y 50 mantas entre las indias. La Madre Vallese, siempre previsora había llevado de Punta Arenas todo ese bagage para que la Superiora pudiera mostrar a los aborígenes su magnanimidad y generosa largueza. Las indias recibieron todo aquel bien de Dios en medio de una alegría irrefrenable: las mujeres reían y lloraban a la vez de puro contentas y las pequeñas saltaban como fuera de sí de gozo.

La Madre Daghero vió cómo las indígenas iban poco a poco cultivando sus almas mediante la paciente labor de sus hijas. Las observó cómo hilaban la lana, cómo manejaban los telares y las máquinas de tejer y cómo hacían bastas, frazadas y matras.

A fin de dar más solemnidad a la fiesta, Monseñor quiso administrar el santo bautismo a 23 mujeres y a una chica de unos 12 años. La Madre General salió de madrina de todas, imponiéndoles nombres de insignes cooperadoras salesianas. En el acto académico hubo indiecitas que pronunciaron discursos hasta en italiano . . .

El día 7 de Julio el "Torino" estaba de regreso en Punta Arenas. En él llegaban Monseñor y la Madre Va-

llese acompañando a la Madre General. Y tres días después otra vez el vaporcito salesiano ponía proa hacia el Este para llegar a Río Grande a fin de que la Madre Superiora visitase a las Hermanas de aquella Misión.

También la Misión de la Candelaria se lució en la recepción a la Superiora. Todo resultó a pedir de boca y

Primer taller de Bordados de PUNTA ARENAS
Profesora: Sor María Rodas.

las onas demostraron no tener ni menos corazón ni menos capacidad que sus paisanas del Archipiélago. Inenarrables las impresiones que las pobres indígenas experimentaron al recibir también ellas los abundantes y valiosos regalos que la Madre les llevaba en vestidos, mantas y fruslerías.

La Madre Angela la acompañó también a la Candelaria y con ella fué Sor Rita Sánchez y dos muchachas que se quedarían en Tierra del Fuego para reforzar el personal ya harto reducido para tantos aborígenes como constantemente llegaban a la Misión.

Y el día 24 de Julio nuevamente atracaba el "Torino" en el muelle de Punta Arenas. Toda la comunidad de las religiosas estaba allí para recibir y agasajar a la buena superiora. Y el 27, con emoción incontenida, con los ojos impregnados de lágrimas, con una pena que ninguna pudo ocultar, despedían a la Superiora General, que emprendía viaje al Norte, no sin antes haberle dejado útiles consejos que la Madre Vallese se encargó de ir desgranando periódicamente en sus conferencias a las Hermanas. Cuando entraron de nuevo en la casa, todas llevaban los ojos humedecidos. Parecía que se había puesto el sol en esa casa. Miraron entonces instintivamente hacia el Estrecho y vieron el barco inglés que se perdía en lontananza alargando su penacho de humo que se diluía en el espacio como una esperanza que se disipa . . .

La Madre Vallese, apenas partida la Superiora General, se apresuró a tomar nota no sólo de sus advertencias, correcciones y directivas sino también de sus consejos, conversaciones particulares y pormenores de tan grata como insigne visita. Y por mucho tiempo las palabras de la Madre Dagheró vibraron constantemente en los labios de Sor Angela como el céfiro fresco y saludable vibra entre las frondas de la selva.

Y para demostrarles Dios a las buenas hermanitas que "no es la tierra el centro de las almas" y que "dicha cumplida, sólo en la otra vida", al poco tiempo de este insigne regalo, les enviaba una prueba.

El 12 de Diciembre fué un día de calor en la Tierra del Fuego, cosa realmente extraordinaria. El termómetro había subido a 25º. El P. Beauvoir, en los largos días de verano, en que el crepúsculo vespertino se da la mano con el matutino, hacía trabajar a los indios recortando tepes

(allá los llaman champas) para construir paredes y malecones. Además, como en esa región había tan alto y buen pasto, el P. Director los hacía cortar y luego en silos o galpones lo conservaba para el invierno y hasta algún año pudo enviar fardos a Punta Arenas.

El mencionado día a las 13 observaron las Hermanas que del galpón de pasto salía una densa humareda, luego vieron asomar lenguas siniestras de fuego y crepitaciones alarmantes: no cabía duda, se incendiaba la casa. Inmediatamente dieron la voz de alarma. Pero antes de que pudieran hacer algo para impedir que tomara incremento, ya negras nubes de humo se elevaban hacia los cielos y las llamas lamían rabiosamente las paredes de madera. Los vidrios crujían, el pasto restallaba, los hombres corrían desolados de un lado para otro, las mujeres, aterradas, sólo atinaban a rezar. Un fuerte viento del Oeste ayudó la obra destructora. Todos los esfuerzos que hicieron los misioneros para extinguir el voraz elemento, fueron vanos. El fuego pasó del galpón a la casa de las Hermanas, luego a la de las indias y de allí a la Iglesia. De la Iglesia a la de los salesianos e indios y no se detuvo hasta no dejar reducida la misión a un montón informe de escombros, pavesas humeantes y ceniza caliente... El cuadro era tristísimo: a la desolación del siniestro se unían los alaridos de los indios que se desesperaban ante el terrible flagelo. El Director, P. Fortunato Griffa, había ido a la playa porque el vapor "Amadeo" acababa de hacer su segunda entrada en la barra. Es de imaginar su angustia, cuando vió desde lejos, el pavoroso siniestro...

La causa del incendio hay que buscarla, según Mons. Fagnano, en la fermentación del pasto del galpón por el inusitado calor reinante y según el P. Beauvoir, en las brasas que las indiecitas, que limpiaban la cocina después del almuerzo, arrojaban al patio mezcladas con la ceniza.

La crónica de la casa de Punta Arenas, apunta: "Qué pena... ¡cuánto sufre nuestra superiora al pensar en la triste condición de las Hermanas que se han salvado por

gracia de Dios!" Realmente, la Madre Angela, sobre quien gravitaba toda la responsabilidad de la Misión, experimentó en esa ocasión todos los espasmos del más intenso dolor. de ese dolor que es una agonía sin muerte . . . Sabía que el fuego había reducido a escombros a la casa de sus hijas; pero nada podía hacer por ellas . . . No podía ir a llevarles una palabra de consuelo, no podía acompañarlas en esas horas de dolor, no podía enviarles nada de lo más indispensable en tan críticas circunstancias.

Dios aprieta, pero no ahoga. Una parte de la casa de las Hermanas, la que aún no estaba terminada por falta de chapas de zinc, había quedado en pie. Con eso y con los restos de las chozas de los indios y con las vigas y láminas de zinc que el fuego sólo había chamuscado, el P. Griffa hizo construir dos galpones donde se refugiaron las dos comunidades: en uno estaban los salesianos con sus 46 indiecitos y en el otro las Hermanas con sus 41 aborígenes. Además, alrededor de la Misión tenían sus reales 165 indios adultos, de los cuales ninguno se retiró.

En Tierra del Fuego aun cuando sea verano, el frío se hace sentir. Y en esos galpones construídos a la ligera y con materiales deteriorados, el viento y la lluvia entraban como Pedro por su casa.

Afortunadamente los amigos de la Obra Salesiana dieron pruebas de una generosidad que los honra. Don José Menéndez puso a disposición de los misioneros su vapor "Amadeo". En él pudieron llevar a los desamparados moradores de aquel páramo fueguino, utensilios de cocina, un buen número de frazadas, vestidos, y cien bolsas de harina. En ese vapor se embarcó también la Madre Angela para ir a visitar y consolar a sus hijas. Iba acompañada por dos religiosas. Al salir del Estrecho de Magallanes, el mar comenzó a agitarse tan terriblemente, las ondas se encresparon tan furiosamente, que el barquito no podía avanzar y a veces marchaba a la deriva. El mareo se apoderó de todas las misioneras. Y para mayor mal de males, hubo necesidad de alivianar el vapor para salvarlo y el comandante dió orden

de arrojar mercadería al mar. Y allá fueron buena parte de la harina, frazadas y utensilios que llevaban . . . Como Dios quiso llegaron frente a la barra del Río Grande. Pero hubo que atracar en la orilla opuesta a la Misión. Por lo tanto fué necesario atravesar el Río Grande en bote. Y bien sabemos que cuando hay marea alta, el Río Grande es temible. Ese día había pleamar y las aguas estaban agitadísimas. El sacerdote que viajaba con ellas bajó por primero al bote con las dos Hermanas. La Madre Vallese había comenzado a descender también ella por el "gato" —único medio posible de trasbordo en aquellas circunstancias— cuando he ahí que una oleada aleja el bote y la pobre superiora queda pendiente de la escalera de cuerdas, balanceándose en el vacío sobre las aguas embravecidas . . . solamente suspendida con las manos. Todos le gritaban: —"¡Madre, agárrese fuerte . . .!" Y las religiosas que la veían suspiraban y rezaban. El comandante y dos marineros acudieron al punto y la ayudaron a bajar al bote. Pero eso era salir de la sartén para caer en las brasas. Porque el río estaba tan picado que parecía que el barquichuelo zozobraría por momentos. A cierto punto fué tal el peligro que el misionero que iba en el bote, echó su impermeable sobre las religiosas para que no vieran el peligro en que estaban; y arrojando al ría una estampa de María Auxiliadora, dijo: —María Auxiliadora, salvadnos! . . . Y Dios quiso que llegasen sanos y salvos a la ribera . . .

No son para dichas las lágrimas, abrazos, sollozos de las Hermanas cuando les fué dado finalmente abrazar a la Madre. Ni se podría describir la pena de su maternal corazón cuando vió la desolación que reinaba en la Misión y la indigencia en que se encontraban sus hijas . . .

Pero a todo pudo remediar su solicitud. Y la Providencia, que nunca abandona a los que en ella confían, no dejó faltar nada a los misioneros.

Más tarde llegará Mons. Fagnano del Norte de Chile y ambos superiores en santa porfía, contribuirán a que la Misión, como el ave fénix, renazca de sus cenizas. Pero no

quedará allá sobre la loma, donde los terribles vientos australes cortan las carnes, sino al socaire de un acantilado y cabe unos chorrillos que ponen una nota de alegría al panorama sureño, allá, cerca del Cabo Domingo (Sunday) donde actualmente levanta su flecha la torre de una Iglesia y junto a ella el mástil de la bandera argentina, como símbolos de que desde hace medio siglo allí se enseña a amar a Dios y a servir a la Patria . . .

CAPITULO XVII

DE COMO LO PEQUEÑO SE PUEDE AGRANDAR CON LA LENTE DE LA CARIDAD

Toda la vida de Sor Angela está orientada hacia un sólo punto: Dios; tiene un sólo móvil: la caridad y se resuelve en un principio unitario: apostolado.

Habiendo fundado colegios en Punta Arenas, misiones en la Isla Dawson y en Río Grande, todavía quedaban almas por redimir. Y probablemente las más necesitadas de socorro espiritual. En Punta Arenas, quizás más que en otras ciudades, había en aquella época muchas jovencitas abandonadas. Las que no se habían deslizado por la resbaladiza pendiente del vicio, estaban a punto de caer. Esto laceraba el alma sensible de Mons. Fagnano y de la Madre Angela. ¿Qué hacer por ellas? Pues, no siendo posible conseguir quiénes se ocuparan de ellas, se transformarán las Hermanas salesianas en religiosas del Buen Pastor.

Y como lo planearon, lo realizaron. En el extremo Norte de la Isla Dawson había un lugar agreste y recoleto, alegre y repuesto, junto al espejo de un bonito lago, que venía de perlas para el caso. Allí, lejos "del mundanal ruido" y en contacto con aquella magnífica vegetación casi tropical, las muchachas chilenas entrarían por la senda de su regeneración. Allí, al cuidado de las Hermanas que serían para ellas verdaderos ángeles custodios, la gracia de Dios tenía que triunfar . . .

Mons. Fagnano dió orden de transformar el "puesto" ovejero que tenían en las proximidades de la Punta San Valentín, de añadir nuevas comodidades, construir una capilla y dar comienzo cuanto antes a esa obra de redención

social. Los coadjutores Tarable, Asvini, Dalmasso y Occelli, trabajaron empeñosamente hasta dejar el antiguo puesto convertido en un flamante Asilo del Buen Pastor. A mediados del mes de Octubre de 1898, se le comunicó a la Madre Angela: —Todo está listo: pueden venir cuando quieran.

La Madre, que ya tenía *in pectore* el personal destinado a comenzar la obra, teniendo ya algo más concreto que un plan futuro, les habló a las religiosas en general y a las destinadas al Asilo en particular. Como buenas religiosas, las designadas aceptaron sin dificultad. Y a fines de Octubre el vapor Torino conducía todo lo necesario para la fundación. Como Directora iba la Hermana María Cabutti, que hacía meses había regresado con sus compañeras del Norte de Chile, a donde fueran a fundar la casa de Talca. Como asistente había sido designada Sor Eufrasia Ballester, joven religiosa chilena, que por conocer a fondo el ambiente de su país estaba en inmejorables condiciones para educar o reeducar a las desdichadas jovencitas a quienes la desgracia había arrojado por la ruta espaciosa de la licencia.

Con las Hermanas iban las primeras asiladas: eran nueve.

Así comenzó esa obra de exquisita caridad cristiana que por muchos años fué recogiendo a las doncellas en peligro para darles un hogar donde pudieran pensar hondamente y regenerarse.

"Ama et fac quod vis" dice San Agustín: "Ama y luego haz lo que quieras". Principio audaz pero sólidamente evangélico, como que es la traducción de aquellas palabras de Jesús: "El que ha cumplido el precepto del amor, ha cumplido toda la ley". La Madre Angela entendió admirablemente estos principios: todo lo resolvía por reducción a la caridad. Hoy día parecería extraño que en un Instituto Religioso se hiciese un homenaje a un caballero. La Madre Angela autorizó y organizó uno a Don Carlos Bories, cuya hombría de bien está demostrada con el aprecio que le tuvo Punta Arenas y cuyos blasones son las chapas de cada esquina de la calle principal que lleva su nombre. Era a la sazón gobernador de Magallanes. Habíase comportado como

un perfecto caballero en circunstancias asaz difíciles y en que el sacar la cara por la Obra de Don Bosco en esa época de crudo liberalismo era rayar en las fronteras de lo heroico. Por eso la Madre Vallese, previa consulta con Mons. Fagnano, no titubeó en tributar un sentido homenaje al ilustre gobernante. Le prepararon un acto académico y cuando todo estuvo listo lo invitaron al Colegio. Fué una sorpresa agradabilísima para el buen señor. Era a principios de Noviembre de 1898.

Y como si Dios hubiera querido premiar la generosidad con que la Madre Angela ofreció sus hijas para que se dedicaran a trabajos de caridad en el Asilo del Buen Pastor, a fines de ese mes, tenía la astisfacción de recibir dos religiosas más. Era la Hna. Luisa Ruffino, que regresaba de Montevideo, a donde había ido en busca de salud en el mes de Abril. La Madre, dentro de lo que permite la pobreza, no negaba a sus religiosas nada de lo que impone la caridad. Con la Hna. Ruffino iba Sor Carolina Gamba, para quedarse en las misiones.

El año 1899 fué pródigo de sucesos extraordinarios. El 13 de Enero llegaban de Italia cuatro religiosas: una de ellas era un regalo de la Providencia: Sor Virginia de Florio, una joven de la nobleza italiana, que había querido consagrar su vida a la redención de los salvajes de la Tierra del Fuego. Y ahí llegaba, radiante de alegría y de esperanzas. Duró poco en la Isla Dawson: el invierno de 1902 cubrió con su cendal purísimo de nieve la tumba de la joven heroína. Le bastaron tres años para dejar en el Sur las huellas indelebles de santidad acrisolada. Sus rasgos biográficos se leen en un libro meduloso publicado en Italia en 1926.

El 2 de Febrero, ya célebre en los anales salesianos del Estrecho, las alumnas de María Auxiliadora oían por vez primera un aparato que tenía algo de maravilloso: el fonógrafo. Ese invierno, hoy superado por otros mucho más notables, fué entonces como la suprema expresión de ciencia.

Ese mismo mes acaecía el histórico "Abrazo del Estrecho" entre los presidentes: Errázuriz y Roca. El magis-

trado chileno no pudo visitar el Colegio de las Hermanas, pero envió a uno de sus Ministros con dos altos jefes navales. La Madre Angela le presentó a la comunidad. Las autoridades vieron con complacencia que ya tenían un número discreto de religiosas chilenas. La Visitadora envió además un saludo epistolar al Presidente a bordo del acorazado O'Higgins.

El 10 de Marzo estaba en la rada de Punta Arenas el pequeño barco Antonio Díaz listo para zarpar. En él debían viajar Mons. Fagnano, la Madre Angela y varias Hermanas rumbo a la Isla Dawson. Iban para sustituir a las religiosas isleñas, ínterin ellas hacían sus ejercicios espirituales. Iban también cuatro indias que habían sido llevadas a Punta Arenas para que ayudaran en los trabajos manuales; pero fué imposible: las pobrecillas se enfermaban... A las 15 levaron anclas. Al cabo de una hora de navegación, el mar comenzó a agitarse. Cuando llegaron a la mitad del Estrecho, la tempestad era violentísima. El vaporcito bailaba endiabladamente. Todas las Hermanas debieron encerrarse en el único camarote, tan pequeño que colocándose en el centro se tocaba con la mano cualquiera de sus lados. Las religiosas estaban todas mareadas. Sentadas en bancos, la cabeza de una apoyada sobre los hombros de la otra, parecían estatuas del dolor. La única que permanecía en pie y trataba de animar a las demás era la Madre Angela.

El trayecto se hacía ordinariamente en seis horas. Pero ese día cuando hacía seis horas que estaban bogando, aún no habían llegado a mitad de camino. Y la noche estaba encima. ¿Qué partido tomar? ¿Afrontar la tempestad en plena noche? Era una temeridad. El capitán optó por refugiarse en una caleta cerca de Porvenir en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Allí esperaron toda la noche a que el mar se calmara. Al día siguiente, a las 4, pusieron proa hacia el Sur. La Madre Vallese había pasado toda la noche en pie, apoyada en la escalerilla del camarote. Este era tan chico que adentro estaban todas apiñadas. A cada tanto le ofrecían asiento. Ella siempre lo rechazó. Quería la co-

modidad para las demás. Como Dios quiso llegaron a San Rafael. Las indias eran a la sazón más de 200. Apenas vieron el barco se pusieron a gritar: ¡Viva la Madre Angela!

El día 12 comenzaron los ejercicios. Durante todo este tiempo, la Madre se multiplicaba para atender a las ejercitandas y al mismo tiempo suplir en todos los lugares donde fuera necesario para que las Hermanas quedaran del todo libres. El 22 paseo general para todas las religiosas e indias. Día de gloria. En él la Madre mostró hasta qué punto llevaba su deseo de ver contentas y alegres a sus hijas. El 25 Monseñor comunicó que debían ir a la Punta San Valentín, para tomar en ese lugar el barco que debía conducirlas a Punta Arenas. Para ir a la Punta había que andar un buen trecho. Monseñor decidió ir en bote. Al día siguiente a las 9 se embarcaron en uno, piloteado por indios. Como pasajeros: Monseñor, la Madre, y las Hermanas: Cabutti, Bruno y Ballester.

Al embarcarse alguien preguntó: —Madre ¿y cuándo y cómo almorzaremos?

—La Providencia pensará, hija, —fué la única respuesta de la Superiora.

Viajaron bien. El mar estaba tranquilo. A las 14 llegaron frente al lugar llamado "casa vieja". Allí había un indio que tenía una media res de oveja. Le pidieron que hiciera fuego y lo asara. Él así lo hizo: encendió una hoguera y puso la carne a asar. Entre tanto las religiosas pusieron una estatuita de María Auxiliadora, que llevaban, sobre una piedra y ante ella rezaron el Angelus. Luego volvieron a comer; pero ¡oh desilusión! la media res había desaparecido . . .

Las pobres Hermanas tuvieron que contentarse con frutas de calafate, que recogieron en los alrededores. Y ese día, ése fué su almuerzo. Entre tanto Monseñor había ido en el bote a explorar y ver si estaban los caballos que debían conducirlas a Punta San Valentín. Volvió a las 15. Navegaron un rato y luego desembarcaron en un bosque muy espeso. Y comenzaron a caminar. No había más que una

senda muy estrecha y llena de pantanos. Cada cual con su bastón, anduvieron dos horas entre el bosque. Finalmente en un claro del monte vieron los suspirados caballos. En todo el trayecto —dice Sor Bertilla Bruno— la Madre Angela anduvo siempre alegre. No afloró un sólo lamento a sus labios.

A caballo se puso en marcha la caravana. A la oración llegaron a San Valentín. Allí, gracias al cielo, hallaron algo para refocilarse. Estaban extenuadas, desfallecidas.

En la casa del Buen Pastor no tenían lo necesario para alojar a nadie. Las religiosas debieron dormir en el suelo sobre un colchón, sin cobijas. A la Madre le ofrecieron una, pero ella la rechazó de plano, diciendo que debía dar ejemplo a sus Hermanas.

El 26 de Marzo llegó finalmente el vapor. En él se embarcaron todas y lograron llegar felizmente a Punta Arenas.

Así transcurrió la vida de la Madre Vallese: llena de episodios comunes; pero matizados todos de un tinte tan subido de caridad que los agranda y sublima hasta transformarlos en proezas.

CAPITULO XVIII

DE LAS PRENDAS MORALES QUE ADORNARON A SOR ANGELA Y EN PARTICULAR, DE SU PIEDAD

La Madre Angela está próxima a cumplir sus Bodas de Plata de profesión religiosa. Ha sido simple religiosa, Directora y en la actualidad es Visitadora. Ha vivido en Italia, Uruguay, Argentina y Chile. Ha andado entre personas de aristocrático abolengo y entre indígenas de lo más zafio que tiene la redondez de la tierra. Es hora, pues, de enfocar su admirable figura moral.

Las almas de Dios no se comprenden si no se analiza minuciosamente su espíritu. Y al hacer la disección de su alma, habrá que comenzar siempre por la parte principal: lo que constituye el móvil de todas sus acciones y el centro vital de su organismo espiritual. De aquí que nosotros enfoquemos primero y ante todo su espíritu de piedad.

"La piedad es útil para todo; lleva consigo promesas de vida presente y de vida futura" (I - Tim. IV-8). La piedad, como don del Espíritu Santo, perfecciona la virtud de la religión, produciendo en el alma un afecto filial para con Dios y una tierna devoción a las personas y a las cosas divinas, de manera que se cumplen con todas las veras los deberes religiosos.

La Madre Vallese cosiguió con trabajo tesonero la virtud de la religión y podemos creer que recibió gratuita y generosamente el don de piedad. Observando los diversos matices de su larga y fecunda existencia debemos llegar a esa conclusión.

Todos los que la conocieron están contestes en afirmar que cuando estaba trabajando, solía levantar furtivamente sus

ojos al cielo, para que las demás no se percatasen, y luego de una dulce aspiración al Señor, seguía su labor.

Una de las religiosas de Punta Arenas dice que tenía tal disposición para la oración que parecía estar siempre unida a Dios. Las oraciones y los ejercicios de piedad que se practicaban en comunidad, eran para ella una ley. Así como por ley natural el humo sube a las alturas y la piedra cae verticalmente hacia la tierra; así como por necesidad biológica, la flor perfuma y la hiedra trepa sobre el olmo, así, por ley sobrenatural, ella había substanciado en tal forma las prácticas de piedad con su vida, que no las podía omitir. Ni siquiera retardar. Cuando hacía sus conferencias solía recordar a las Hermanas que San Francisco de Sales no dejaba pasar un cuarto de hora sin recordar la presencia de Dios y sin unirse a El con oraciones jaculatorias.

Dirigía personalmente la meditación para la Comunidad. Y frecuentemente preguntaba a las religiosas si sentían sueño. Una vez, una de ellas le respondió que sí. Entonces la santa superiora, le rogó que se pusiese delante de ella y que se sentase sin apoyarse. La Hermana lo hizo. En pocos días el sueño había desaparecido. ¿Sugestión? Ignoramos; pero el hecho queda ahí en todo su real significado.

Después de las oraciones de la noche se quedaba en el templo y si alguna por cualquier menester volvía a la capilla la encontraba indefectiblemente arrodillada con los brazos en alto o en cruz, haciendo el Via Crucis para pedir misericordia por los pecados de los hombres y para que en la casa no entrase jamás el espíritu del mal. Cuando el Señor le enviaba alguna cruz, entonces principalmente se quedaba largos ratos en la Iglesia implorando perdón por todos los que no pedían perdón y piedad para los que habían ofendido al Señor.

Todos los Viernes aconsejaba rezar por todo el mundo.

En la capilla, luego, parecía un ángel. Tal el recogimiento con que rezaba. Aquella compostura y modestia tan suyas y tan naturales han quedado profundamente grabadas en la mente de cuantas tuvieron la dicha de observarla. Su com-

postura inspiraba respeto a la casa de Dios. Cuando ella estaba rezando, nadie charlaba en el templo.

Recordaba a sus novicias que cuando ella era niña había visto una religiosa de una determinada Congregación. La había estado observando largo rato porque el continente tan

Asilo de Huérfanas "Sagrada Familia".
(1) Sor Teresa Bragutti.

devoto de la Hermana la fascinaba. Leía un libro de piedad y la niña no se podía dar cuenta cómo hacía aquella religiosa para dar vueltas las páginas sin moverse lo más mínimo. De aquella visión fugaz de su niñez sacó notable provecho para sí y para sus subordinadas.

Quería que las Hermanas se arreglasen bien antes de entrar en el templo. Iban a ponerse delante del Señor, iban a ha-

blar con el Rey de los Reyes y era natural que debían componerse lo mejor posible y no presentarse sino decentemente ataviadas.

Su devoción predilecta era el Via Crucis. Solía practicarlo con los brazos en cruz. Y llegada a la 13ª estación acostumbraba rezar tres Ave Marías a la Virgen para obtener dolor de los pecados y a fin de que la asistiese en la hora de la muerte.

Era puntualísima a las prácticas de piedad. Y esa puntualidad la exigía con inexorable firmeza a todas las demás Hermanas. El llegar tarde al examen de conciencia, era para ella indicio de poco amor a la esencia de la vida religiosa que es la piedad. Lo mismo quería que se llegase a tiempo al refectorio para poder rezar todas las oraciones de práctica. Y no consentía que ninguna de las que ocasionalmente llegase tarde no rezara íntegramente esas oraciones.

Preparaba a sus religiosas a las fiestas litúrgicas con verdaderos transportes de amor filial. De modo que las Hermanas lograban espiritualizar los trabajos materiales a que debían entregarse en vísperas de fiestas y eso mismo les servía admirablemente como preparación próxima para las solemnidades. Amaba la liturgia. Su amor a Dios y a cuanto a El concierne era tan grande que cuando podía trabajar en la Iglesia era feliz. Envidiaba a la sacristana que pasaba todo el día en el templo y recordaba con nostalgia aquellos lejanos tiempos en que ella, libre de otras preocupaciones, podía ser la perenne compañera del Divino Prisionero de Amor.

En cierta ocasión estaba una Hermana gravemente enferma. El médico aconsejó administrarle los últimos sacramentos. Era en tiempos en que el personal escaseaba enormemente. La pobre Madre Angela fuese entonces delante del sagrario y comenzó una novena a María Auxiliadora. Hizo además hacer sendas novenas a todas las religiosas. La enferma luego de recibir los sacramentos comenzó a mejorar. Al poco tiempo estaba sana. Actualmente sigue trabajando en el Instituto.

Para ella era un misterio incomprensile como una religiosa pueda no amar cordialmente a Dios. "Yo no comprendo

—solía decir— cómo una religiosa que diariamente se refocila con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo no ame con toda el alma a su Dios y Señor". Alguna vez sorprendieron las Hermanas en el rostro de la Madre tales rasgos que denotaban hasta dónde le causaba pena el ver que Dios era ofendido por los pecadores.

Y era precisamente ese espíritu de acendrada piedad, lo que la hacía correr "como una chispa por el cañaveral" en la senda empinada de la perfección. El toque de la campana era para ella la voz de Dios. A la mañana era puntualísima en llegar antes que nadie a la capilla. Sucediese lo que sucediese, se acostase a la hora que fuera, ella siempre estaba presente al primer acto de piedad que es la meditación. Cuando tenía en casa visitas espectables ¡era de ver por un lado la agudeza que empleaba y por otro la gracia con que solía hacerlo, para desprenderse de ellas y estar siempre en los lugares donde la llamaba el horario de la Comunidad! Ella, como superiora, hubiera podido muy bien eximirse de ciertas observancias nimias; pero jamás quiso excepciones para sí. Una vez una religiosa le preguntó: —Madre, ¿cómo se las arregla S. C. para ser tan puntual?

—Pues hija, muy sencillamente: tengo el reloj en la mano. Y cuando faltan pocos minutos, salgo para donde me llama la obediencia . . .

Y esta puntualidad cronométrica fué no sólo el distintivo de algunos años sino de toda su vida. En cierta ocasión hablaban dos Hermanas de la puntualidad y comentaban como una no podía llegar a tiempo porque andaba renga y la otra por su mal de cabeza. Sor Vallese las dejó hablar y al cabo les dijo, sonriente, pero con firmeza: —¿Creen ustedes que a mí no me moleste el frío y no lo sienta en estos pobres pulmones? Y sin embargo deseo ser siempre la primera en saludar al Señor que ha quedado solito toda la noche en el sagrario . . .

"Hermanas —solía decir—, no debemos mezquinar nada al Señor; lleguemos a tiempo a las prácticas de piedad y si

alguna debe hacerlas sola, hágalas con calma. Repito: no quitemos nada al Señor, ni un solo minuto."

Otras veces se le oyó decir: "Quien no vive en gracia ¿cómo la podrá hacer florecer en las niñas? Seamos piadosas. Mal podemos infundir la piedad en las alumnas, si nosotras no somos profundamente piadosas".

Era también la piedad profundamente arraigada en su alma y hecha vida de su vida, lo que le inspiraba aquella gravedad admirable que resplandecía de toda su persona y que era una de las dotes que más contribuían a dar realce a su carácter de superiora. La modestia era en ella una segunda naturaleza. Se había como consubstanciado con su modo de ser. Nunca tuvo ligerezas, irreflexiones, precipitación. Tomaba parte de todos los actos de la Comunidad: reía, jugaba, animaba los recreos, incitaba a jugar; pero siempre dentro de un marco tal de dignidad y de prestancia que cualquiera que la hubiese visto hubiera creído no que estaba jugando sino que estaba orando. Y sin embargo su continente no era ni excéntrico ni antipático sino muy al contrario: natural y atrayente. Lo que prueba que su piedad era profunda y bien cimentada en su alma. Pues una piedad amanerada y hueca siempre lleva cierto dejo artificial que la hacen desagradable cuando no ridícula. Pues sólo es durable y placentero lo que tiene sus raíces en la verdad. Y donde hay ficción y artificio no puede haber virtud auténtica.

Un día, en un recreo muy animado, una joven, en el ardor del juego, dió contra la Madre Angela, que pasaba, arrojando su endeble armazón contra una pared. Lo inesperado del golpe y las contusiones que recibió hicieron que la santa religiosa casi perdiera el sentido. Pero no se descompuso un instante. La sentaron sobre una silla. Su rostro pálido y demacrado indicaba con tal cual rictus de dolor, cuanto estaba sufriendo. Pero de sus labios no salió una sola palabra de fastidio y constantemente floreció en ellos una leve sonrisa, tanto más bella en esa ocasión cuanto es más hermosa una flor en pleno invierno.

Nunca tuvo palabras de irritación para nadie. Y decir que muchas veces tuvo motivos más que suficientes para perder la calma; pero la presencia de Dios era como el regulador de su carácter. Al punto se alejaba en espíritu de las miserias de la tierra para poner su alma en Dios y allí, como en las alturas del Monte Olimpo, hallaba la paz y la tranquilidad que constituían como el sello característico de su modestia religiosa.

A veces decía a sus Hermanas: "Somos la sal de la tierra y la luz del mundo. Y no cumplimos bien nuestro cometido sino con la exacta observancia de las constituciones y la fidelidad a las cosas pequeñas".

Siempre que recibía a sus hijas trataba de dejarles un pensamiento saludable. Y era en esto tan hábil que frecuentemente encerraba el consejo en una máxima, en un apotegma, en una aspiración del alma; y así se grababa más honda y firmemente en la mente y en el corazón. Algunas veces les dejaba este recuerdo: "Todo y sólo por Dios". Otras, éste: "El principio y fin de la religiosa: el amor". A una religiosa que acababa de profesar le dejó este pensamiento: "Todos los días un paso". Dándole a entender que durante todos los días de su vida, debía esforzarse por progresar en la perfección que había abrazado.

Estando la Madre Angela tan íntimamente unida a Dios, es natural que su vida religiosa fuese una ascensión constante hacia el Monte de Sión de la ascética religiosa. Cuando se tiene a Dios por aliado, no hay enemigo grande ni peligroso. Por eso esta santa superiora entró por la escondida senda de su perfección por el único camino real que conduce al éxito: la unión con Dios mediante la piedad íntimamente sentida.

Y de esta virtud, que es el tronco del árbol de la religión, salían frondosas ramas de otras virtudes igualmente importanes. Y la principal de ellas, la caridad, cuyos destellos magníficos no podrá menos que admirar quien leyere lo que se contiene en el Capítulo siguiente.

CAPITULO XIX

EN QUE SE DESCUBRE UNA ROSA ENTRE LOS FRIOS AUSTRALES

Dice Bossuet que "la bondad es la primera y más conmovedora manifestación de Dios, porque al crear Dios el corazón del hombre, puso en él, ante todas las cosas, la bondad".

La bondad, la caridad, el amor son la espina dorsal del cristianismo. Cristo N. S. sustituyó la ley del temor del Antiguo Testamento por la ley del amor del Nuevo. Por eso el Divino Maestro, en aquella noche aciaga del Jueves de Nisán, cuando se hallaba en las fronteras de la vida y de la muerte, pudo decir, a pleno pulmón: "Os doy un mandamiento nuevo". Y para dar a entender toda la importancia decisiva del mismo, dijo: "En estos dos mandamientos (el amor a Dios y el amor al prójimo) estriba toda la ley y los profetas".

Por eso todos los santos, que hallaron claramente la escondida senda que conduce al monte de Sión, practicaron ante todo y sobre todo la caridad. Porque veían en la práctica de esta virtud, esencialmente cristiana, el compendio y el resumen de toda la vida evangélica.

Nada extraño, pues, que Sor Angela, que tan de cerca siguió las huellas de los santos, se esmerara en ser caritativa, amable y buena: porque quería cumplir el "mandamiento nuevo" del Maestro, quería aventajarse en el amor que es lo medular del Evangelio.

Por otra parte, era salesiana. Hija espiritual de S. Francisco de Sales. Y por ende, tenía predilección por esa virtud que fué como la bandera de nuestro santo titular: la caridad.

En el año 1910 volvía de Dawson en una endeble embarcación con una quincena de huérfanas que habían pasado algunos días de vacaciones en la isla. Era un día de viento, tan frecuente en aquellos lugares. El vaporcito bailaba a más no poder. Las chiquillas estaban todas mareadas. La Madre Vallese se multiplicaba. Dejaba a una para atender a la otra; corría de un camarote a otro y de un puente a otro. Y a todas les prestaba los más humildes y a veces repugnantes servicios. Sólo pudieron adelantar cuando amainó la tempestad. Entonces el barco siguió en su tren ordinario y a la no muy vertiginosa velocidad de que era capaz. Fué en esos momentos cuando el P. Juan Bernabé, que viajaba en el mismo vapor, preguntó a la Superiora, al verla tan extenuada de fuerzas: —¿Cómo está, Madre? ¿Se ha mareado también usted?

—No —replicó ella sonriendo dulcemente—, el Señor me ha concedido la gracia de no sufrir hoy el mareo para que pudiera atender y cuidar a estas pobrecitas . . .

Y era verdad. Ella siempre sufría el mareo, aun cuando el mar no estuviera tan agitado como ese día.

Años más tarde, narrando este episodio el P. Juan, solía decir: —La Madre Angela era capaz de arrancar un milagro a Dios con tal de hacer un poco de bien a sus semejantes . . .

Ella trató siempre de contentar a todos. Cada una de las religiosas que ella trataba creía que ella y no otra era la predilecta del corazón de la superiora. Y es que su alma era tan grande que en ella, como en un firmamento celestial, cabían todas, como en el cielo caben todas las estrellas.

Y lo que más admira en ella era ese perfecto equilibrio entre la suavidad y la firmeza que deben ser las dotes de toda superiora y de toda madre de familia. Firmeza para exigir el cumplimiento del deber; y suavidad para atenuar el rigor de la disciplina y el peso de las obligaciones que siempre debe gravitar sobre los súbditos.

Avisaba y corregía con energía; pero por otra parte compadecía tanto los defectos que nadie se sentía ofendida por la corrección, sino íntimamente tocada por la caridad.

A tal punto llevaba la Madre esta condescendencia con sus religiosas que el mismo Mons. Fagnano llegó un día a decirles:

—¿Qué hace con vosotras la Madre Angela? ¿Está solamente para encubrir vuestras faltas?

Tenía especial cuidado de tratar bien a las postulantes. Estas, al ver que se les prodigaban atenciones tan exquisitas, se encariñaban con el Instituto y se sentían felices de ingresar en una familia donde florecía la flor roja y perfumada de la caridad. Una de las primeras religiosas magallánicas dice a este respecto: "Pasé felizmente los años que viví a su lado. Jamás la vi mortificar o reprender a ninguna con acritud; al contrario, siempre la he visto atenta y servicial con todas. A su vera se estaba bien".

Otra religiosa repite lo de Santa Teresa: "Cuando ella estaba presente, el buen nombre de las demás, estaba asegurado". No permitía jamás que en su presencia se murmurase del prójimo. Su caridad maternal no consentía tal atentado. Era su lema: "Sufrir; pero no hacer sufrir".

El 14 de Agosto de 1902 Sor Teresa Treviño estaba enferma. Ese día particularmente sintióse muy mal. Creía que iba a tener la dicha de morir el día de la Asunción de la Virgen. Y así se lo manifestó, con esa confianza filial que todas le tenían. Pero la santa Madre le contestó:

—No, hija, no morirás. Tienes todavía mucho que trabajar . . .

Esa noche la religiosa durmió muy bien. Al día siguiente se sintió notablemente mejorada. En cambio la superiora pasó la noche de claro en claro y al día siguiente debió guardar cama. ¿Se había ofrecido como víctima propiciatoria? Lo ignoramos. Hemos conocido a Sor Treviño en 1943. Sus setenta años decían algo de la intuición profética de la Madre Angela . . .

Era toda de Dios. Por eso se prodigaba toda a su prójimo. Vivía para haber el bien. Su única preocupación era la de ocultar las buenas obras por temor de que el perfume de su virtud se volatilizara entre el humo de la vanagloria.

Pero nunca llegaba a cubrirlas en tal forma que sus buenas hijas no las notaran y sirviera esto para que el aprecio que le tenían, subiera de punto.

Para las religiosas jóvenes era toda una madre. En una de las remesas periódicas de Italia llegó una Hermana que tenía un carácter algo difícil. Sor Vallese la tomó por su cuenta. La encargó del cuidado de su alcoba y de su despacho. Así la tenía siempre a la vista y la podía aconsejar con frecuencia. Y cuando la religiosa que dormía en su pieza debió ausentarse por un mes, la Superiora ordenó que pasase allí la joven Hermana mencionada en cambio de la del Consejo que le ofrecía la Directora. Es de imaginar la alegría que provocó en la Hermanita esa resolución. Esa preferencia hacia ella la llenó de consuelo. Desde entonces se sintió más feliz, más hija de tal madre, más apegada al Instituto.

Y cuando la Hermana estaba contrariada, la Superiora no la dejaba ir al reposo hasta no haber suavizado con la dulzura de su palabra todas las asperezas. Y una vez en el lecho, todavía —interrumpiendo el silencio riguroso con la voz soberana de la caridad— solía preguntarle:

—¿Estás tranquila?

Y solamente se entregaba al sueño cuando la respuesta afirmativa de la joven religiosa le aseguraba que la caridad había triunfado.

Y lo mismo hacía con todas las Hermanas. Nadie se iba a reposar con penas en el alma. En esto era una discípula admirable de San Francisco de Sales: la caridad por encima de todo. Por encima del silencio y de las frías prescripciones legales. Cuando se trata de hacer el bien, todo cede el paso a la reina de las virtudes, la única que ha de tener su coronación en el cielo, al decir de San Pablo.

Era atenta y servicial con todas. No era raro que viendo que a alguna religiosa le faltaba un cubierto, ella se levantase de la mesa y fuera personalmente a traérselo con maternal solicitud. No había mal que ella no remediara, ni dolor que no tratara de aliviar, ni lágrima que no hiciera todo lo posible para enjugar.

Quería que todas estuvieran alegres. Era su obsesión: la alegría. En esto no hacía más que seguir las normas que había recibido directa y personalmente del mismo San Juan

Actual lavadero del Asilo "Sda. Familia".

Bosco, el cual reproducía lo de San Felipe Neri: —"Peccati e malinconia, fuori di casa mia".

Cuando llegaba alguna Hermana de otras casas lejanas, su corazón maternal desbordaba de afecto. Averiguaba la hora de la llegada del vapor e iba a recibirla al muelle. La acompañaba luego al refectorio para que se refocilase, si ha-

bía menester y se interesaba por todo lo que pudiera necesitar. Buscaba todos los medios para que las religiosas se encontrasen allí como en su propia casa y respirasen siempre ambiente de familia. A las que habían trabajado fuerte, les concedía siempre el descanso necesario y cada año tenía esas conferencias íntimas con sus hijas que tanto anhelaban las que conocían la profundidad de su experiencia y el caudal inexhausto de su caridad. Esos consejos luminosos que ella daba, eran el mejor regalo para las Hermanas.

En unas vacaciones quiso que fueran todas a un paseo más largo que los habituales. Consultó con el del Observatorio Meteorológico y le dijeron que el barómetro no indicaba mal tiempo. Pero allá en el Estrecho, el barómetro propone y el viento oeste dispone . . . A las pocas horas, una lluvia pertinaz les aguó el paseo . . . Tuvieron que regresar bajo un aguacero deshecho. Llegaron totalmente empapadas. Fué entonces cuando la Madre dió pruebas de su gran corazón. Las mandó a todas al lecho. Y ella, que también había soportado la lluvia, se dirigió a la cocina, donde les preparó un buen café bien caliente y lo fué repartiendo a cada una de las Hermanas.

A veces preparaba a sus hijas verdaderas sorpresas. En una ocasión las llamó a todas y les ofreció sendas basquiñas de color azul obscuro que ella misma, en los ratos perdidos había confeccionado pacientemente durante semanas enteras, diciéndoles: —Guárdenlas para cuando tengan que viajar . . . Porque entonces debían ir frecuentemente a San Valentín y a San Rafael, para reemplazar a las que debían hacer los Ejercicios Espirituales.

Quería que en las solemnidades, todas tuvieran algo de nuevo. Y su caridad industriosa siempre hallaba algún objeto, alguna prenda de vestir, algún libro que quebrara la monotonía de la vida de comunidad. En ese tiempo las sayas duraban poco: debían ir y venir constantemente a la parroquia, con las alumnas y el barro era abundante; pero la Madre siempre les tenía listas las que necesitaban. Por algo había

sido costurera en su juventud. Y por algo tenía un alma toda ternura para sus hijas espirituales.

No son pocas las que reconocen que deben su vocación a la Madre Angela. Otras aseveran que su perseverancia hubiera sido imposible a no mediar la exquisita caridad de esta ejemplar superiora. Y todas recuerdan emocionadamente aquellas épocas ya lejanas en que la Madre Vallese iluminaba Punta Arenas con la luz de su bondad y ponía una nota de alegría en todos los colegios que visitaba.

Cuando de socorrer desdichados se trataba, nunca decía que no. Un día golpeó a su puerta un vigilante que conducía tres mujeres. Con ellas llevaba un billete de Monseñor. Le pedía aceptase a esas tres ovejas descarriadas. Es de imaginar la repugnancia de la religiosa ante esos seres degradados; pero, en nombre de la caridad, las recibió. Ella misma eligió una pieza apartada, les preparó los lechos como si fueran grandes personajes, y las invitó a aposentarse allí. Huelga decir que a los pocos días eran grandes amigas, recibían instrucción religiosa de labios de Sor Rosa Veneroni y al cabo se reconciliaron con Dios y murieron luego como las almas más piadosas del mundo.

La caridad que ardía en su pecho la hacía apóstol. Cuando estaba en Patagones, ella personalmente andaba por los barrios más apartados buscando almas que salvar, mentes que iluminar, chicuelas a quienes preparar a la primera comunión. Cuando fué al Sur, allá siguió mientras pudo, esa misión salvadora. Luego confió a las demás religiosas, a quienes quería ir adiestrando en el arte del apostolado, esa riesgosa tarea. Y preciso es decirlo, sus hijas espiritules siguieron a perfección sus enseñanzas y el bien que han venido derramando en los centros obreros y suburbios de Punta Arenas y demás pueblos chilenos y argentinos, es grande.

Cuando en 1894 obtuvo de Mons. Fagnano que dictase Ejercicios Espirituales a las Hijas de María y a las señoritas del pueblo, envió a Sor Michetti a recorrer toda Punta Arenas a fin de conseguir adhesiones.

La valiente Hermana recorrió toda la población. Sólo le faltaba el barrio que quedaba allende el Río de las Minas. Y allá se dirigió, acompañada de una chica. Para pasar el río sólo había un endeble tablón. Era en primavera. El deshielo había aumentado el caudal del río. El paso era, pues, peligroso. La Hermana mandó adelante a la niña; luego quiso pasar ella; pero se mareó y cayó al agua . . . Afortunadamente logró asirse a un tronco hasta que vino un caballero y la ayudó a salir.

Apenas llegada al Colegio, la Madre la puso en cama y ella misma cada media hora le llevaba bebida caliente para hacerla entrar en calor.

Una vez díjole a una Hermana:

—Aun no has ido a Leña Dura (una aldea en las proximidades de Punta Arenas) a buscar niñas para la Primera Comunión.

—No, Madre, no he ido —dijo la religiosa— porque no conozco a nadie y nadie me conoce a mí allí.

—No importa —replicó ella—, toma contigo una chica que conozca ese barrio, y vete cuanto antes a Leña Dura a ver si consigues niñas para preparar a su Primera Comunión.

La Hermana fué. Los primeros encuentros fueron difíciles. La gente había perdido el hábito de las prácticas religiosas. Todos se excusaban que no tenían vestidos para presentarlas en el día de la fiesta. La Madre entonces les prometió vestidos y hasta tenerlas gratuitamente un mes como internas en el Colegio con tal que se prepararan bien al acto solemne. La primera niña que prepararon en esa ocasión a la Primera Comunión fué luego alumna interna del Colegio María Auxiliadora y es en la actualidad una religiosa ejemplar. Así bendecía Dios la generosidad con que la Madre Angela prodigaba los tesoros de su caridad en favor de los prójimos.

Ella se preocupaba por todos. No solamente las alumnas mayores gozaban de la ternura de su alma, sino sobre todo las pequeñas.

Una vez se presentó en segundo grado. La maestra tenía más de 40 chiquillas en la clase. Preguntó la Madre por una niñita de 8 años, indagó acerca de su aprovechamiento y de su conducta y le dijo a la maestra que cuidara mucho de ella y que velara por su progreso. La alumna era una de las más insignificantes de la clase y jamás hasta ese día había llamado la atención de la maestra para nada.

"Todo lo que hiciéreis a uno de estos pequeñitos, a Mí lo hacéis" había dicho Jesús. Y la Madre Angela, siguiendo la doctrina del Divino Maestro tenía predilección por las más pequeñas, las más abandonadas las predilectas del corazón de Dios.

Tenía finezas especiales para con las alumnas negligentes. Un día se la vió persuadir cariñosamente a una chica que entrase a la clase a la que se negaba a entrar porque no sabía la lección. Ella misma la acompañó, llamó a la maestra y le pidió que tuviese condescendencia con esa alumna por esa vez.

Para con las alumnas que tenían a sus padres muy lejos, usaba de delicadezas admirables. Quería suplir la natural ternura materna con su ternura sobrenatural. No las perdía nunca de vista. Quería que a esas pobres niñas no les faltase nada. La principal exquisitez de su alma caritativa solía ponerla en evidencia sobre todo con las chiquillas que iban de las Islas Malvinas y que a la distancia que las separaba de sus padres debían agregar la dificultad de ignorar el idioma en que se expresaban sus compañeras de colegio.

Tenía palabras de consuelo para todas. Su voz era un bálsamo que curaba todas las heridas. "Las faltas —le decía una vez a una religiosa— manchan el alma; pero al mismo tiempo la embellecen con la virtud de la humildad y la purifican con el dolor. ¿No sucede frecuentemente que una se ensucia las manos? Luego va a lavarse con jabón y las manos quedan más limpias que antes . . ."

Ese espíritu de exquisita caridad hacía que las religiosas la quisiesen de veras. Para las Hermanas del Sur no había días tristes mientras estaba la Madre entre ellas; pero cuando

ella debía alejarse para sus frecuentes correrías apostólicas, parecía que en esa casa se había puesto el sol.

El tema preferido de sus conferencias era precisamente la caridad. Como San Juan Evangelista decía que "eso basta" y si se cumple esa virtud "se ha cumplido toda la ley".

Un día de rígido invierno se encontró en el patio con una Hermana que andaba tiritando de frío. Tenía las manos lívidas, heladas. Ella se las puso entre las suyas y trataba de calentárselas. Pero ¡qué iba a hacer si las suyas estaban igualmente gélidas! "Pero —cuenta aquella religiosa—, su gesto, su ansia de hacer el bien, fueron para mí la mejor calefacción".

Si alguna vez se la vió con el rostro nublado por la tristeza, fué precisamente cuando había habido faltas contra la caridad.

Otro día de aquellos crudos inviernos del Estrecho, vió a una de las Hermanas que sufría el frío. Al punto mandóla a la ropera para que le diera más ropa; pero como recordase que no había más en casa, le dijo: —Deja nomás, yo te la voy a conseguir . . . Ella misma salió a comprar tela, cortó un abrigo, lo cosió y por la noche, cuando la Hermana fué al dormitorio, halló sobre su lecho la prenda nueva confeccionada por la caridad de la Madre . . .

Y lo que hizo con esa religiosa, lo hacía con todas; pues para ella no había preferencias ni acepción de personas: todas eran sus hijas. Y si para alguna usaba de predilección era para las más desdichadas o para las que, por sus defectos, más necesitaban de su amor.

Si es cierto, pues, lo que dice San Agustín que "el que no tiene celo por la salvación de los demás, no ama y el que no ama, permanece en la muerte", *a contrario sensu*, el que ama vive la plenitud de la vida. De aquí podemos deducir que la Madre Angela vivió la vida cristiana y religiosa en la forma más bella y edificante que vivirse pueda.

Por eso podemos también concluir que allá donde el viento brama y los fríos cortan las carnes, allá donde no florecen las rosas, allá como por milagro de la gracia, bajo el calor del amor, floreció una rosa de galano matiz y perfumado aroma . . .

CAPITULO XX

HABLA SOR VALLESE DE LA HUMILDAD CON LA ELOCUENCIA DE LOS EJEMPLOS

No se concibe un gran edificio sin cimientos profundos. Cuanto más alto es el palacio, más profundos deben ser los fundamentos. Así en la vida espiritual: cuando se quiere elevar mucho el "castillo interior" de Santa Teresa, más se han de profundizar los cimientos. Y los cimientos, en ascética, son la humildad.

"Aprended de Mí, dijo Jesús, que soy manso y humilde de corazón". Gran virtud debe ser, pues, la humildad cuando el Divino Maestro se propuso como modelo de ella y no de otras. Y muy semejantes a El han de ser los que sinceramente la practican.

Creemos que Sor Angela fué uno de ellos. La religiosa sureña fué cordialmente humilde. Sentía bajamente de sí, deseaba ser olvidada, ser tenida en poco. Y cuando se llega a este ingenuo menosprecio de sí mismo, se ha alcanzado un grado altísimo de humildad.

Era humilde en todo. Comenzando por su aspecto. Dios la había hecho pequeña: en eso ella no tenía mérito; pero sí lo tenía en haber adquirido ese continente modesto y recatado que era como el sello de su humildad interior. Desde Italia escriben: "La recuerdo perfectamente: cuando vino a Italia para los varios Capítulos Generales siempre me edificó con su aspecto humilde, religioso, ejemplar en todas sus palabras y en todos sus actos. De sus labios no brotó jamás una sola expresión que ni de lejos aludiera al gran bien que hacía en la remota Tierra del Fuego y a los sacrificios que tan generosamente había derramado allá".

A medida que avanzaba en edad, más apreciaba esta virtud sublimemente cristiana. Cuando en 1907 regresó de Italia su espíritu parecía renovado, su alma estaba enardecida con los bríos de los tiempos juveniles. Parecía que había alcanzado nuevas cumbres en poco tiempo. En todo se aventajaba; pero sobre todo descollaba en humildad. Fué entonces cuando instituyó esta práctica: cada mañana, al desayuno, las religiosas sorteaban el nombre de tres: la primera debía *recibir bien* las humillaciones; la segunda, *amar* las humillaciones y la tercera, *buscar* las humillaciones.

La Madre Angela procuraba, pero más que con las palabras, con el ejemplo, que sus hijas fueran sinceramente humildes. Varias veces se la vió besar los pies a sus hermanas, especialmente a aquellas que le habían dado ocasión de sufrir. Así, como Jesús en la última cena, sin posturas artificiales, sin exhibiciones postizas. ella practicaba esa virtud que es meta y cima de la ascética cristiana.

La impresión que recibían sus postulantes era siempre la misma: el ver a la superiora ocupada en los más bajos menesteres, al lado no sólo de las demás religiosas sino también de las mismas personas de servicio. Un día viendo que una Hermana, muy ocupada con las alumnas, se había roto el hábito, le dijo: —Esta noche, antes de ir al descanso, ven a verme . . . La Hermana fué, pensando qué querría la Superiora. Y ésta le hizo dejar el hábito en su cuarto, lo remendó con esa maestría con que ella solía hacerlo y luego se lo llevó para que al día siguiente no se presentara en esa forma ante las niñas. Y la excusaba, diciendo: —¡Pobrecita! Tienes tanto que hacer . . . Y no fué esa la única vez que lo hizo.

Una de las religiosas que más tiempo vivieron a su lado, dice de ella: "En los años que viví con la Madre Angela, solamente una vez la ví observar a una Hermana con cierta energía. Y eso porque la había oído hablar con complacencia de sí misma y de su familia". Recordaba las palabras que había brotado entonces de su alma más que de sus labios: —"¿Es posible que se hable de estas cosas? ¡Oh, esto no lo puedo soportar! . . .".

Era su espíritu hondamente humilde que se rebelaba contra lo que pudiera ser solamente asomo de orgullo o vanagloria . . .

Esa gran misionera que fué Sor Rosa Veneroni dejó escrito: "La Madre Angela tenía un bajísimo concepto de sí, se complacía en ejercitarse en los menesteres más humildes y dejaba a la Vicaria de la Casa que desempeñase los oficios de más apariencia. Su ocupación favorita era coser, remendar y zurcir junto a las niñas".

En las grandes fiestas, cuando la Hermana sacristana estaba demasiado atareada, ella iba espontáneamente a ayudarle en todo. Y gozaba la mar yendo y viniendo en el ejercicio modestísimo de aquella buena religiosa. Y cuando las novicias debían ejecutar el canto en el coro, no era raro que se la encontrara a ella, mezclada con sus benjaminas cantando como cualquiera de ellas, con ardos seráfico y animándolas a dar gloria a Dios con el canto eclesiástico.

La virtud auténtica es como la sombra. Por más que uno trate de desprenderse de ella, siempre sigue al cuerpo. La buena Madre Vallese trataba siempre de ocultar su virtud, quería pasar inadvertida, desconocida; pero cuanto más ella se esforzaba por ocultarla, más hermosa aparecía a los ojos de todos. No en balde ha dicho el Divino Maestro: "El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado".

Cuando debían llegar Hermanas a la casa central, no se daba sosiego hasta que no supiera que todo estaba preparado para recibirlas. Y luego, ella, en persona, iba al muelle a darles la bienvenida, las colmaba de atenciones y siempre dejaba en sus almas la impresión de que llegaban a la casa realmente de la Madre . . .

En aquellos tiempos en que no había luz eléctrica ¡cuántas veces no la vieron las Hermanas con una velita en la mano apostada en lugar estratégico iluminando, como una humilde criada, los pasos de las que transitaban de noche por los pasillos y corredores!

Cuando debía corregir a sus hijas, como advirtiese alguna vez que había herido su amor propio, temiendo la buena

superiora haberse excedido, escribió un billetito pidiéndole perdón si acaso la hubiera ofendido . . . Otras veces el papelito se lo presentaba por la mañana, en la Iglesia, antes de la Santa Misa.

Alguna vez fué vista en las conferencias, pedir perdón de rodillas por los malos ejemplos que —decía ella— daba a la comunidad. Otra vez era Mons. Fagnano quien daba la conferencia. Si había debido el Prefecto Apostólico amonestar algo fuertemente a las religiosas por algunos defectos observados, entonces ella, la superiora, en medio de la conmoción de todas y de la edificación de Monseñor, se ponía de hinojos y decía humildemente: —"Perdón, Monseñor, yo soy la culpable". Y esto con expresión de tal sinceridad que era siempre el mejor correctivo y el remedio más eficaz.

Dice el P. Juan Bernabé que la Madre Angela "no se distinguía de las demás Hermanas más que en la diligencia y esmero con que estaba siempre pronta a prestar toda suerte de servicios sea materiales o espirituales; estaba siempre lista —dice— para cualquier oficio por bajo que fuera; y si alguna vez era amonestada injustamente, decía dos palabras para justificarse, con toda modestia y serenidad, y luego: silencio, silencio de tumba . . . o a lo más, tal cual gemido que se le escapaba a la pobre naturaleza humana y alguna lágrima furtiva que denotaba a la mujer que sentía . . ."

Su vida fué la de la violeta: oculta entre el follaje, perfuma el ambiente.

Pero humildad no quiere decir debilidad. Las virtudes cristianas se armonizan admirablemente. La fortaleza se compadece perfectamente con la humildad. Ella era humilde sin dejar de ser fuerte y arrojada sin perder un ápice de su sencillez.

Cuando sobre todo se trataba de defender la modestia cristiana o la virtud de la pureza, la Madre Angela era inflexible. ¿Amistades particulares? Pues a otra casa. ¿Afectos sensibles en las alumnas? Pues severas amonestaciones y si no había corrección, afuera del Colegio.

Una joven había conseguido permiso para vivir en comunidad. Un día pidió licencia para visitar a una familia amiga. La Madre consintió con la condición de regresar a una hora determinada. Y se la subrayó como diciéndole que sería inexorable si faltaba. Y así sucedió. La señorita regresó mucho más tarde. Inútiles fueron entonces los ruegos y súplicas para que la recibieran de nuevo. La Madre Vallese se mostró inflexible.

Sabía sacar el bien del mal: la humildad de la humillación.

Y cuando las humillaciones no venían solas, ella las iba a buscar.

No faltaba nunca en la lavandería. Ayudaba siempre a remendar la ropa de las niñas y de los salesianos y era frecuente verla zurciendo medias mientras atendía a otras ocupaciones. Cuando las maestras no tenían tiempo para arreglarse los propios hábitos, decía indefectiblemente:

—¡Pobrecita! ¡Cómo la admiro! ¡Todo el día con las niñas! . . . Y al punto le pedía las prendas de vestir para arreglarlas ella.

Jamás demostraba su superioridad. Lo único que la daba a conocer como superiora era esa santidad acrisolada que exhalaba su alma pura. Cuando se hablaba con ella, se sentía uno naturalmente inclinado a pensar: —He aquí el verdadero arquetipo de la santa . . .

Nada extraño, pues, que las Hermanas tuvieran por ella no solamente estima sino verdadera veneración. Hermanas había que solían, sin que ella se percatase, besarle el velo que llevaba.

Y cuanto más alto era el aprecio que por ella tenían las religiosas, más profunda era su humildad. Un día llegó a decir en confianza, que no alcanzaba a comprender cómo todavía las Hermanas le tenían consideración . . .

Alguna vez, por falta de barcos, hubo de pasar semanas y más semanas en las casas filiales. Cuando esto sucedía, terminadas sus habituales ocupaciones, ella se presentaba a la directora muy humildemente y le pedía algún trabajo, diciendo: —"Yo no sirvo para labores finas; pero limpiar la

verdura, ayudar a la cocinera, remendar la ropa y cosas semejantes puedo hacerlas perfectamente . . ."

Cuando tenía necesidad de alguna cosa, no iba y la tomaba como tenía derecho a hacerlo como superiora que era, sino que acostumbraba a pedirla con toda humildad a la hermana encargada. Impresionaba cuando se presentaba diciendo: —"Mira, hija, necesitaría una pluma; la que tengo ya no sirve más . . ." Otras veces iba a la encargada y le decía: —"Se me ha acabado el carrete de hilo, ¿podrías darme otro?" Y todo esto con un tono tan humilde y tan positivamente virtuoso que a todas edificaba.

Durante los viajes, si por casualidad el tiempo estaba sereno, se la veía siempre remendando medias, mientras sus labios musitaba fervientes oraciones. Cuando llegaba a alguna casa donde sabía que todas estaban harto ocupadas, la primera recomendación suya era ésta: —"Hermanas, quiero que me traigan todas las medias que tengan para zurcir: no quiero estar en ocio . . ."

Y ahí veíase a la Inspectora zurciendo las medias de toda la Comunidad.

Así se ganaba el corazón de sus hijas. Así triunfaba la Madre Angela del espíritu del mundo que es egoísmo, vanidad, orgullo, hinchazón. Así cumplía ella con el precepto de Jesús de ponerse en el último lugar si se quiere realmente ocupar el primero . . .

En una palabra Sor Angela había leído el Evangelio. Y lo que es mucho más: lo practicaba.

CAPITULO XXI

DE COMO LOS LIRIOS FLORECEN ENTRE ESPINAS

"Vita christiana perpetua debet esse poenitentia": la vida cristiana debe ser una perpetua penitencia. No se concibe un alma verdaderamente cristiana que no viva la austeridad del evangelio. En eso principalmente finca la diferencia que debe existir entre cristianismo y paganismo: el cristiano sabe de mortificación y sacrificio, el pagano ignora el renunciamiento, vive para su placer y para la satisfacción de todos sus apetitos.

Sor Angela conoció la vida de sacrificio desde sus albores. Sus padres, cristianos cien por ciento, no la educaron para la molicie como se educa a tanta chica moderna, sino para el sacrificio. El trabajo encalleció sus manos y la virtud robusteció su alma. Por eso, templada para la abnegación, como el acero en la fragua, pudo luego resistir las no leves dificultades que plugo a la Divina Providencia presentarle en el decurso de su vida y sobre todo de sus 36 años de misionera.

Ella amaba el sacrificio como las mujeres mundanas aman las glorias y las vanidades del siglo. Por eso una de sus misioneras, Sor Julia Patri, dejó escrito: "Después de 27 años de misión doy gracias a Dios por haberme destinado a un lugar donde he encontrado un nuevo S. Francisco de Sales en Mons. Fagnano y una segunda Santa Francisca F. de Chantal en la Rev. Madre Angela Vallese".

¡Qué no ha debido sufrir esa religiosa viajando tantos años seguidos por ese Sur bravío y en aquellos tiempos en que no había ni los cómodos vapores que hoy hacen la ca-

rrera marítima ni mucho menos los lujosos "pullman", ni asomo de las carreteras que hoy tanto facilitan el transporte automotor!

Una vez sobre todo la vieron las Hermanas llegar a Río Grande, en pleno invierno. Estaba lívida, sus miembros casi rígidos, apenas si podía articular alguna palabra, las manos heladas y no obstante todo eso, ella, la mujer fuerte, todavía hallaba energías en su alma para sonreír... Porque así se presentó en la Misión: esforzándose por sonreír. En ese momento esa sonrisa sobre su rostro helado parecía mucho más bella como sería bellísima una rosa que hubiera abierto sus pétalos sobre un campo de nieve. Y no dijo una sola palabra de lamento, ni una señal de dolor, ni un gesto de impaciencia, ni una queja contra las inclemencias del tiempo...

Era máxima suya: "Seamos generosas: si Jesús nos pidiese hoy algún sacrificio, no se lo neguemos; demos con generosidad por la salvación de las almas".

Uno de los sacrificios que más debe practicar una religiosa ha de ser el de la vida común. En ese sentido la Madre Angela fué ejemplar. Dice una de sus hijas: "Puedo asegurar que en los años que he vivido a su lado (1893-1912) nunca la he visto llegar tarde para el cumplimiento de las prácticas de piedad".

Una vez dijo a las Hermanas que escribiesen en una plana lo que a cada una parecía que había que hacer para agradar más a Dios. Todas prepararon su billetito. La Madre los recogió, los leyó atentamente y escogiendo uno lo dió como práctica para la semana. El papelito decía así: "La religiosa que quiere de veras agradar a Dios, debe meditar a menudo en la dolorosísima Pasión del Señor".

Sabemos que era débil de constitución. Y sin embargo nunca admitió excepción alguna en la comida o en el descanso. Cuando las demás veían que su acosada salud decaía en forma alarmante, entonces recurrían a Mons. Fagnano para que el Prefecto Apostólico, con su autoridad, le mandase que se cuidara, tomara algún alimento especial, descan-

sara... Sólo entonces ella, por obediencia, cumplía en silencio lo que se le imponía.

Observaba el silencio riguroso con escrupulosa exactitud. Sólo motivos de caridad podían hacérselo infringir. Y en la capilla no permitía que nadie le hablara. Una vez, una Hermana fué para decirle algo y como se permitiera hacer-

Colegio María Auxiliadora de Río Gallegos.

lo en voz alta, ella, sonriendo angelicalmente, con semblante adusto, le dijo: —Si quieres que entienda, habla en voz baja...

En los últimos años de vida sufría enormemente a causa de los continuos viajes a que su cargo la sometía. A veces, ya el día antes de zarpar se sentía mal, con fiebre. Sin embargo nunca se quejó de nada. Cuando oía decir que a tal hora había que partir, daba pena el ver la violencia que debía hacerse para arrostrar una vez más las molestias que

debió soportar por tantos años. Y bajando la cabeza, salía una vez más hacia el puerto, diciendo: —El deber es deber: hagamos la santa voluntad de Dios. . .

Su almuerzo habitual era un plato de sopa, luego una patata con algo de aceite, si lo tenía la comunidad, y basta.

Sufría la sed; pero nunca bebió ni agua siquiera si no se la ofrecían. Cuando alguna vez debía ir al locutorio o dar alguna conferencia y tenía mucha sed, como ella no quería tomar espontáneamente nada, se dirigía a una Hermana y le decía: —Hija ¿me permites beber un poco de agua? Y sólo entonces acercaba sus labios al vaso.

En los últimos años casi no podía pasar la sagrada forma cuando comulgaba. Entonces le llevaban un vasito con agua. Ella tomaba lo estrictamente necesario y nada más. Sufría enfermedades harta mortificantes, frecuentemente estaba mal tres días seguidos; pero ella siempre se levantaba antes que todas a la meditación. Un día de carnaval, Sor Herminia Sánchez la vió llenar el pañuelo de sangre que le brotaba de la boca. Sin embargo la Madre no dijo una sola palabra. Siguió trabajando.

Formada a la imagen de la bienaventurada Madre Mazzarello, modelada a su lado, fué una fiel imitadora de la gloriosa primera superiora del Instituto. Como ella, no se mostró jamás cansada, abatida o fastidiada. Siempre sonriente, siempre alegre aun cuando sus pobres pulmones estuvieran destrozados. Las demás sólo se percataban de su real estado por la tremenda tos que la martirizaba. Y aun así, todas las mañanas de esos cruelísimos inviernos, se la veía por primera bajar a la capilla a cumplir con sus prácticas de piedad.

En cierta ocasión viendo una Hermana que la pobre superiora sufría grandemente, pues a la mañana se le secaba la lengua y le venía una tos áspera y tan fuerte que parecía que le partía la caja toráxica, le dijo: —Madre, tome un poco de agua. Aunque sea enjuáguese la boca solamente sin beberla. Así puede luego comulgar . . .

Y esto lo hizo toda la vida. Las pocas Hermanas que sabían de la necesidad que ella tenía de beber quedaban asombradas de su espíritu de sacrificio y mortificación.

Sufría de insomnio. Para ella era una tortura ir todas las noches al lecho porque sabía que iba a pasarse toda la noche de claro en claro. Una vez una de las religiosas le preguntó: —¿Cómo ha pasado la noche, Madre? —Ah, yo la paso siempre bien. Imagínate: siempre haciendo Vía Crucis, rezando rosarios, meditando en la Pasión del Señor . . . ¿Crees que se puede pasar la noche mejor que así? . . .

Sentía la responsabilidad de dar buen ejemplo. Sobre todo quería darlo a las novicias para que se habituaran a la mortificación cristiana, sin la cual, ella lo sabía perfectamente, toda virtud es ficticia. Por eso era la primera en todo. Durante los largos meses de invierno, de esos inviernos de Punta Arenas, se veía siempre a la Madre, a la Superiora, tendiendo en el patio la ropa lavada y luego cuando el frío era tajante, recoger la ropa blanca como la más modesta criada. A veces mientras tendía la ropa, sucedía que ésta se helaba, quedaba dura como si estuviera almidonada . . . En la lavandería buscaba siempre las prendas difíciles y rudas para lavar. Y a veces estando ya debilitada por los años, no podía dar término a la ímproba labor que se había impuesto por amor al sacrificio.

A pesar del mal que minaba su existencia, ella seguía la vida regular. Y si alguna vez la cocinera, llevada por su caridad y por la veneración que le profesaba, le enviaba algún plato especial, más substancioso o mejor condimentado, ella buenamente lo enviaba atrás, diciendo: —No, hija, por favor, sabes que no quiero excepciones . . .

Y sólo aceptaba el plato si se ofrecía a toda la comunidad.

En cierta ocasión advirtió a una religiosa que había sido algo áspera con una alumna. La Hermana respondió: —Madre, a veces es imposible ser suave . . .

—Hija, dijo la Superiora, frecuentemente yo debo agarrar la paciencia con las dos manos, cuando debo corregir a

las demás. Hay que trabajar para vencer las dificultades sobre este punto esencial de la vida religiosa.

Cuando alguna religiosa faltaba en este punto, le aconsejaba que pidiese perdón y si esto no era posible, entonces le decía: —"Antes de ir a dormir, toma el crucifijo (o medalla para las novicias) y bésalo en actitud de pedir perdón".

Practicaba la mortificación como medio para conservar otra virtud que apreciaba por encima de todas: la santa pureza. Sabía que el lirio se conserva incólume sólo cercado por espinas; por eso ese espíritu de abnegación y sacrificio de toda su vida.

CAPITULO XXII

DE COMO SOR ANGELA OFRECIO A DIOS SU VIDA Y ELIGIO EL LUGAR DE SU MUERTE

El hombre es un ser racional y libre. Completamente libre. El don más preciado que Dios le ha hecho es la libertad. Ese libre albedrío, ese hacer o no hacer, hacer una cosa u otra, constituye un privilegio tan excelso, que Dios mismo lo respeta con extraña consideración.

Por eso cuando el hombre quiere hacer al Señor un sacrificio que realmente lleve algo propio, algo de su propia personalidad, le entrega su voluntad, se despoja de su libre albedrío, haciendo el voto de obediencia. Ese sacrificio es el único sacrificio grande que por Dios puede hacer el hombre.

La Madre Angela hizo concientemente el voto de obediencia y lo que es más, lo cumplió admirablemente toda su larga vida religiosa.

Sabemos cuanto le costaba ponerse en viajes. Y sin embargo, cuando Mons. Fagnano le indicaba simplemente la conveniencia de visitar tal o cual casa, así fuera la remota de las Islas Malvinas, ella siempre estaba pronta a embarcarse con el rostro, no mustio, sino radiante de gozo hacia donde la obediencia la mandaba.

El P. Juan Bernabé dice a este respecto: "Pero a mi modo de ver, donde Sor Angela Vallese pica más alto, donde era maestra consumada, era en la obediencia. En esto no he conocido en los 31 años que traté con religiosas, alguien que se le pueda comparar. Era experta y avisada, práctica en el gobierno ordinario de personas y cosas, pero recuerdo que siempre y en todo quería tener la aprobación del superior local, siempre feliz de hacer lo que se le indicaba y segura

de que aquello era lo mejor. Una vez que Monseñor estaba ausente, vino a mí al Instituto Don Bosco, para no recuerdo qué consejo. Me impresionó profundamente cuando yo le dije que esas eran cosas de ellas y que a ella como a Superiora tocaba decidir y que lo que ella hiciera estaría ciertamente bien hecho . . . Entonces la humilde Madre replicó: —Es que yo soy hija de obediencia, Padre, y nunca estoy más segura y más contenta que cuando se me dice lo que debo hacer. Sólo quien la conocía a fondo podía comprender hasta qué punto estas palabras eran el eco de su vida y no un simple cumplimiento. Ella conocía el valor de la obediencia y no quería perder el mérito que tienen las obras hechas siguiendo sus dictámenes".

Concuerda con este juicio el de la Hermana Bertilla Bruno, quien así se expresa: "Para mí, es ésta la virtud en que nuestra buena Madre era maestra. En tantos años de vida religiosa vividos junto a ella, no he conocido a nadie que la aventajase en obediencia. Quería siempre y en todo la aprobación del superior local, segura de cumplir de ese modo la voluntad de Dios . . ."

Obedecía siempre y dondequiera con real espíritu de humildad. Cuando fué a Punta Arenas la Madre Catalina Daghero, le dejó como recuerdo que obedeciera a Mons. Fagnano como le obedecería a ella misma. Y desde entonces parece que la Madre Angela obedeció tan ciegamente que bastaba que Monseñor expresase solamente un remoto deseo de algo para que al punto ella lo pusiese por obra.

Cuando quería que sus hijas tuviesen un paseo más largo del ordinario, y no estaba Monseñor, no tenía empacho en ir a la Sacristía y pedir permiso, humildemente, al P. Borgatello. Luego volvía, llena de gozo, a decirle a las Hermanas: —"Sí, podemos ir . . . el Padre está conforme que vayamos". Tal la ingenua sencillez de aquella alma de Dios.

Escuchaba la voz de sus superiores como la voz de Dios. Y no discutía ni admitía discusión cuando no solamente le habían dado una orden, sino simplemente habían expresado un deseo. Una vez tuvo que viajar durante una de esas bo-

rrascas tan comunes en el Estrecho. Iba de Dawson. El barco anduvo a merced de las olas durante muchas horas. Llegó la noche y los marineros seguían luchando valientemente con el temporal sin poder gobernar la embarcación. Y así hasta que, entrada ya la noche, lograron enderezarla hacia Punta Arenas. Llegaron a la una y media de la madrugada. Las Hermanas que viajaban con la Madre y Monseñor estaban exhaustas. Tenían todas una sed que las abrasaba. Las pobres habían pasado las de Caín. Cuando estuvieron en el

Colegio María Auxiliadora de Santa Cruz.

muelle y se encaminaban hacia el Colegio, el Prelado, al despedirlas, les dijo: —"Hermanas, hoy la Comunión, eh! . . ." Como diciéndoles: —"Cuidado no vayan a beber nada cuando lleguen al Colegio . . ." Es de imaginar el sacrificio que para ellas era esa abstinencia en esas circunstancias. La Madre no dijo una palabra y cuando vió que alguna quería poner peros a esa disposición, le dió tal mirada que fué suficiente para que todas acataran la advertencia como si fuera una

orden. Y horas más tarde, con los labios febricitantes y el alma más enardecida aún la Madre antes que ninguna se arrodillaba en la balaustrada para recibir al Señor por Quien ella hacía tan sublimes sacrificios.

Era en uno de los muchos viajes que hizo por la costa argentina, yendo de Gallegos a Santa Cruz. Todas las hermanas estaban contentas porque presumían que la Superiora, habiendo llegado a la noche, y estando como estaba tan fuertemente constipada, se quedaría en esa casa. Pero ella, siempre obediente, le dijo a la Secretaria que si quería que se quedara que se lo pidiese a Monseñor. Este fué al día siguiente a rezar la Misa al Colegio María Auxiliadora. Pasó luego, como solía, a tomar el desayuno. La Secretaria aprovechó entonces para solicitarle que permitiese que la Madre se quedase en Gallegos, estando como estaba con un fuerte constipado, y que ella iría sola a Santa Cruz. Monseñor, sin pestañar, contestó: —No, no; vayan nomás a embarcarse hoy las dos... Y salió. La directora y otras Hermanas lo acompañaron hasta la puerta. La otra volvió a donde estaba la Madre, que con los ojos empañados esa vez por las lágrimas, le dijo solamente: —Ayúdame a vestirme... Y mientras la Hermana la ayudaba vió que la pobre superiora temblaba como una hoja. Todas estaban impresionadas. Todas sufrían por la Madre que sufría. Pero ella no dijo una sola palabra. Una vez preparado lo necesario para el viaje, salió a la calle. El viento, aquel viento helado de Río Gallegos, la hirió en pleno rostro, como una bofetada sacrílega. Ella sonrió amargamente, se envolvió en la pañoleta y alzando la diestra se despidió de sus hijas... Sus razones y muy fuertes tendría Monseñor para exigir ese gran sacrificio. Pero sin duda era un designio de la Providencia que quería probar hasta dónde llegaba la obediencia de su sierva.

Ya hemos visto cómo cuando llegaba el día del lavado, ella era la primera en acercarse a la batea para lavar junto a las demás. Luego se vió que eso era muy perjudicial para su salud. Entonces ella, cuando llegaba ese día, iba inmediatamente en busca de otros trabajos. Como éstos también per-

judicaban su magra constitución física, Monseñor terminó por prohibírselos. Fué necesaria y suficiente la palabra del Prelado para hacerla desistir de su propósito. Pero a las diez y media, hora de hablar, se la veía indefectiblemente aparecer en la lavandería, para hablar de la meditación o de otros asuntos espirituales.

Una de las Hermanas narra la impresión que todas recibieron cuando les llegó impresa la primera vida de la Madre Mazzarello. Y cuando leían ávidamente esas páginas tan in-

El Colegio de Santa Cruz en 1904. (1) Sor María Gutiérrez (2) Sor Casilda Téllez.

teresantes para ellas, se percataban que no tenían nada que aprender. Todo lo sabían. O porque la Madre Angela lo practicaba tal cual lo había practicado la primera superiora general o porque ella, que había vivido de la dichosa intimidad de la bienaventurada Madre, les había narrado punto por punto su vida angelical.

Y como era de obediente, era de observante de las constituciones. Era el guardián celoso de las santas reglas. Las

explicaba con palabra sencilla y con encendido afecto y las Hermanas aprendían a amarlas y a observarlas viendo a su superiora cómo las amaba y cómo las observaba. Era fidelísima de las tradiciones salesianas. La palabra "Mornese" era un santo y seña para las comunidades del Sur. Bastaba que se dijese: "en Mornese se solía hacer así" para que se cortase toda discusión. Ella había determinado que así se hiciese. Y como ella había vivido aquella dichosa vida mornesense, tenía autoridad incontrovertible para respetar las tradiciones de la casa Madre.

La Madre Angela no tuvo voluntad propia. Siempre hizo la voluntad de Dios manifestada por la de sus superiores y los reglamentos que rigen el Instituto. Pero toda regla tiene su excepción. La Madre Vallese tuvo un solo deseo en su vida: el anhelo de morir en su patria. Quiso volver no para descansar temporalmente sino para el reposo eterno. Siempre ansió entregar su alma a Dios en aquella tierra de sus años juveniles, de su primaveril vida religiosa, de sus sueños rosados de novicia . . .

Dios, siempre padre al cabo, siempre bueno con los que son generosos con El, no podía no escuchar su plegaria y cumplir sus anhelos. Ya veremos cómo el buen Dios supo disponer las cosas en modo que sus deseos se cumpliesen . . .

CAPITULO XXIII

DE COMO LA MADRE ANGELA ECHA EL RESTO DE SU VIDA EN TIERRAS MAGALLANICAS

El 29 de Agosto de 1901 la Madre había celebrado sus Bodas de Plata de profesión religiosa. Las había celebrado modestamente. A la mañana, Comunión general; por la tarde, leyó una composición que arrancó lágrimas a los presentes. Luego la superiora repartió a todas una estampita . . . y abur. academia. Durante ese acto, una alumna —narra la crónica—

Había pasado Sor Vallese la hora meridiana. En adelante, la parábola de su vida comenzará ese lento descenso que conduce a la tumba. Ella lo notó. De ahí que pareciera como si hubiera querido apurar el cáliz de sus sacrificios y concentrar en los breves años que le restaban de vida, todas sus energías, para entregarlas, como rica fruta madura, a su Dios y Señor. Ahora tenía prisa de servir a Dios, porque se acercaba la noche. Temía que se le fuera el día sin haber cumplido plenamente el programa que Dios le trazara.

Ese mismo año llegaba a Magallanes y Tierra del Fuego el representante del Rector Mayor, Revmo. P. Pablo Albera. El fué quien aprobó un proyecto que desde largo tiempo venía acariciando la Madre Angela: fundar un Colegio en Río Gallegos. Dicho y hecho. De regreso de la Candelaria, a principios de Marzo, con el Visitador iba la Madre y dos religiosas más que serían las fundadoras del nuevo Instituto: Sor Teresa Bragutti y Sor Margarita Avataneo. Y como si el espíritu del mal hubiera andado de por medio, el viaje marítimo que debían hacer en pocas horas, lo hicieron en casi cuatro días . . . Las mencionadas Hermanas quedaron en la Capital del Territorio de Santa Cruz. El 25 se les sumaba

Sor Filomena Michetti y una muchacha de 17 años que iban a aumentar el personal de la casa. El día 10 de Mayo volvía la madre a hacerles la primera visita y a alentarlas con su palabra y su siempre contagioso optimismo. Tenían ya más de 30 alumnas en el Oratorio Festivo y el día 5 habían cantado misa. Dos días después Mons. Fagnano les enviaba de regalo un piano. Con él se iniciaron las clases de música.

Durante el año 1902 vió bajar al sepulcro a una de sus hijas más amadas. Era Sor Virginia de Florio. De ilustre alcurnia romana, perfumó la Isla Dawson con tan excelsas virtudes que merecieron los honores de una biografía (1). La muerte de esta santa religiosa, si fué un rudo golpe para el corazón maternal de la Madre Vallese, fué también un consuelo; ¡tendría en adelante una nueva protectora en el Cielo!

En esos años acudían a ella frecuentemente niñas huérfanas, pidiendo asilo. A fines de 1903 se presentó a la Madre una chica de unos 12 años: —Vengo para que me tenga Vd. —le dijo.

—¿Por qué? ¿No tienes casa?

—Es que allá estoy en peligro . . . —gimió la triste, bajando los ojos donde se leía el prólogo de un obscuro drama familiar.

A los pocos días llega otra. Iba de la "pampa". Golpeó a las puertas del Colegio de María Auxiliadora como a un puerto de salvación:

—Mi madre se emborracha y me pega . . . —dijo, lagrimeando.

Tenía el vestido roto, los cabellos revueltos, la cara sucia. La Madre la lavó, la vistió y la alojó en su casa. Pero a la tarde, ya no pudo con su buen corazón: fué a Mons. Fagnano con ella. El Prelado, que desde tiempo atrás andaba también ideando el modo de recoger a los huérfanos, aceptó al punto la propuesta: fundar un asilo en Punta Arenas.

Inmediatamente entró en tratos con un señor Fenton por dos manzanas de terreno, sitas entre las calles Progreso y

(1) *Nobiltà e Grandezza.* Acqui, 1926.

Mejicana. Una de ella la destinarían al Asilo. La Hermana Candelaria Alarcón se ofreció para ir diariamente por las calles pidiendo limosmas para la obra. Y desde entonces se la

Port Stanley, MALVINAS: Colegio María Auxiliadora.

vió, con una chica al lado, golpeando todas las puertas para implorar la caridad. Por su parte la Madre Angela arbitró toda suerte de recursos para llevar a la realidad su generoso

plan. Con objetos confeccionados por las Hermanas y regalados por personas pudientes, el 3 de Enero pudo inaugurar un Bazar de Beneficencia con el fin de allegar fondos. En el mes de Febrero, Monseñor nombró una Comisión de señoras encargadas de colectar dinero y objetos para el Bazar. Y dió bastante buen resultado: 1.600 pesos, que en aquellos tiempos no era una bicoca.

Por otra parte la Providencia no las abandonaba. Con motivo del matrimonio de una de las hijas del Sr. José Menéndez, este acaudalado estanciero obsequió con $ 50 a cada una de las religiosas para la fiesta de San José.

El 16 de Julio Monseñor comunica a las Hermanas que ha cerrado trato para la compra del terreno para el Asilo. $ 20.000 deben pagar por la manzana que les corresponderá a ellas. El día 20 firma las escrituras, entrega 7.000 pesos a cuenta y pide una prórroga de 15 días para el resto. De alguna parte había que sacar esos 13.000 $ que faltaban. Pues urgía realizar la operación; ya que si no se compraba entonces, ese inmueble hubiera ido a manos de una secta disidente que tenía especial interés en él. Para financiar la transacción, Monseñor llevó a la Madre un cuaderno que él titulaba LIBRO DE "ACCIONES" para que las religiosas fueran consiguiendo limosmas hasta cubrir por lo menos parte de la suma necesaria.

Y el 15 de Agosto ya se pudo inaugurar la benéfica obra del Asilo. Es natural que las primeras asiladas tuvieron que contentarse con bien poca cosa: unos galpones desmantelados eran sus aposentos; pero en cambio tenían el calor de corazonse ardientes de caridad que velaban por ellas. Por otra parte se había fundado una Sociedad Protectora, integrada por 22 personas; pero el éxito de la primera cuestación para las huérfanas no fué muy halagüeño que digamos: tres bolsas de patatas, una cama, seis acolchados, algunas piezas de tela y pare de contar.

El mismo día de la inauguración tuvo la Madre el consuelo de alojar a la primera niña: Una pobre chica, hija de madre ebria consuetudinaria, se le presentó llorando. La

madre, en estado de ebriedad, le había arrojado un cuchillo, hiriéndola en un brazo. Esa fué la primera asilada del Hogar "Sagrada Familia". Hoy el asilo alberga unas 80 huérfanas y concurren a sus aulas unas 150 alumnas externas.

Ese año —1904— fundó también la segunda casa de la costa argentina, la de Santa Cruz. El 13 de Mayo llegaban a ese puerto tres religiosas: Sor María Gutiérrez, que era la

Alumnado de Port Stanley (MALVINAS).

directora, Sor Margarita Alvarez y Sor Adela Alarcón. Las acompañó Mons. Fagnano. Los primeros siete días los pasaron en un hotel: ¡no había casas para alquilar! Al fin pudo conseguir el Prelado una casucha "que parecía un gallinero" dice la crónica. Ahí pasaron pocos días, temblando de frío de día y de miedo de noche, porque creían las tres fundadoras que por momentos las iban a asaltar en ese poco seguro alcázar . . . Al cabo pudo Monseñor comprar una casa. Había sido bar y era lo mejorcito de Santa Cruz. Ahí se

trasladaron el 24, día de María Auxiliadora. Pusieron la capilla —que en adelante sería Iglesia parroquial— en la sala de billares.

Monseñor consagró, les dejó el Santísimo Sacramento por compañero hasta que fuera un sacerdote a ese pueblo, y partió hacia Punta Arenas. El día primero de Junio iniciaban las clases con 14 alumnas, 13 externas y una interna. El 3 era el día de Corpus Christi. Afortunadamente ya había llegado el misionero que debía atenderlas espiritualmente. Ese día, pues, se dió la primera bendición con el Santísimo.

En 1905 debió hacer otro viaje a Italia. Era necesaria su presencia allá. Partió el 20 de Junio y estuvo de regreso el 12 de Diciembre en Punta Arenas.

En el mes de Junio de 1906 se abrió el Liceo Fiscal en esa ciudad. La Madre Angela hubo de experimentar en esa oportunidad verdadera pena: no precisamente por la creación de un Instituto laico de educación, sino porque las 15 alumnas del Colegio más grandecitas pasaron al Liceo atraídas por la novedad y por las promesas.

En el año 1907 hubo para ella una separación aun más dolorosa: hasta entonces todo lo concerniente a la parte económica del Instituto, había sido común con la Sociedad Salesiana. Ahora, tratándose de aprobar las Constituciones de las Hijas de María Auxiliadora, la Santa Sede había dispuesto absoluta separación también en esa rama. Era, pues, una nueva preocupación que gravitaría sobre los ya débiles hombros de la santa misionera; pero que ella la recibió con la sumisión y alegría de siempre.

Junto a estas pruebas, la Madre tuvo el placer de abrir ese año, y precisamente el 28 de Enero, una nueva casa en Puerto Stanley, Islas Malvinas, a donde fueron tres religiosas para impartir educación católica a las hijas de los que practicaban el catolicismo y a no pocas hijas de protestantes, cuyos padres no titubearon en confiarlas a las religiosas y frecuentemente las vieron convertirse a nuestra religión.

En 1907 tuvo que hacer otro viaje a Italia. Urgía su presencia allá para el Capítulo General. El 12 de Julio par-

tió, pues, rumbo a su patria. Antes de alejarse de Punta Arenas, quien sabe qué presentimientos le dictaron una circular cuyo original conservamos y cuyo facsímil se reproduce en esta obra, donde pareciera despedirse muy patéticamente de sus Hermanas, les recomienda la caridad y la unión y les pide obediencia y docilidad hacia Mons. Fagnano, amén de otros importantes consejos que constituyen como la síntesis de cuanto en su larga vida de superiora había venido inculcando en sus hijas.

En Marzo del año siguiente, 1908 fundó la casa de Porvenir, en la Isla Grande de Tierra del Fuego, parte chilena. Esta casa tuvo la particularidad de funcionar como escuela fiscal por carecer esa población de establecimientos de enseñanza. Destinó tres Hermanas para que se hicieran cargo de la enseñanza y una de ellas, que otrora fuera maestra fiscal, ejercía oficialmente la docencia.

Fué también en el otoño de 1908 cuando hizo su primer viaje a las Islas Malvinas para visitar a sus Hijas, alentarlas con su presencia y sostenerlas con sus luminosos consejos.

En el año 1909 la Madre comienza a proyectar un "Santuario" en honor de María Auxiliadora junto al Instituto del mismo nombre. Y sobre el parche organiza unas kermeses a fin de allegar recursos para el mismo. Desde entonces hasta su muerte no dejará de pensar y de trabajar para elevar un templo en honor de la Madre de Dios.

Como era imposible que las religiosas pudieran pagar el edificio que los salesianos les habían levantado para Colegio, Mons. Fagnano decide hacer donación del mismo. En esa forma, generosa y noble, el Prelado retribuía los muchos sacrificios que las beneméritas religiosas se habían impuesto para sostener sus obras.

En Julio de 1911 se recibe en Punta Arenas una noticia sobremanera consoladora: la Vicaria General del Instituto, Madre Enriqueta Sorbone, iría hasta aquellas hoscas lejanías a visitar las casas y a llevar una palabra de aliento a sus laboriosas y abenagadas hijas. Y efectivamente, el 7 de Febrero del año siguiente, tuvieron la dicha de recibir tan agradable

visita. Llegó acompañada por Sor Clelia Genghini, como Secretaria. En el muelle estaban todas a recibirlas: Hermanas y alumnas de ambos institutos: el Colegio María Auxiliadora y el Asilo de la Sagrada Familia. Con las intermitencias que exigían las visitas a las casas vecinas, ambas enviadas extraordinarias estuvieron en Punta Arenas hasta el 19 de Abril, con gran contento de la Madre Angela que se gozaba inmensamente viendo el bien que producía en todas la presencia de tan conspicuas visitantes.

Ambas superioras pudieron comprobar *de visu* el buen espíritu que reinaba en todas las casas y con satisfacción enviaron a Nizza la noticia de que en aquel extremo rincón del mundo la Congregación conservaba toda la frescura vital que tenía en Italia y que, merced a la humilde pero firme Madre Vallese, que era como el corazón que distribuía sangre y vida a las demás, todas las Hermanas vivían una austeridad tan evangélicamente salesiana que no se podía pedir más.

Pero la Madre Angela estaba anciana. Estaba anciana no por los años: 59 años vividos en clima templado y en las comodidades no significan vejez; pero vividos en medio de los trabajos, sacrificios, preocupaciones y azotada constantemente por las rudas inclemencias de un clima tan rígido como el magallánico, habían dejado huellas tan profundas en su físico que parecía que tuviera veinte años más. Estaba agotada. Había entregado toda su vida por adelantado a su Dios y a sus prójimos. Dió más de lo que podía dar. No le negó nada a su Señor. Sólo quien sabe de los sufrimientos ocultos de esta alma, de sus achaques prematuros, de sus afecciones hábilmente celadas, podrá medir su estatura moral y calibrar la virtud que la llevó a no mirar sus dolencias sino sólo su deber . . .

Al alejarse, pues, de las hurañas regiones de nuestro Sur, tan queridas para ella, la Madre Vallese, podrá decir, a boca llena. que en el cumplimiento de su deber había limado su vida o, como vulgarmente se dice, que había echado el resto en tierras magallánicas.

CAPITULO XXIV

DE LA POSTRERA GRACIA QUE PIDIO SOR ANGELA A SU CELESTIAL ESPOSO

Sor Angela había pasado 36 años en las misiones. Desde que la Madre Daghero, en su estada en Punta Arenas, le preguntara: —"¿Qué gracia pedía?" y ella contestó: —"La de morir en Nizza . . ." nunca había titubeado que el Señor, siempre bueno y generoso con los suyos, le concediera "un añito" como ella decía, para prepararse a morir y luego, cerrar los ojos bajo el cielo de su patria y rodeada por el cariño de las Madres que fueran otrora sus compañeras de noviciado y ahora las columnas maestras del Instituto.

Precisamente ese año de 1913 se cumplían el XXV aniversario de las primeras misioneras a Punta Arenas. La Madre pensó largamente acerca de la manera de celebrar dignamente el acontecimiento y no halló homenaje más grato a María Auxiliadora, como expresión de gratitud por los favores que les había dispensado, que levantar un templo en su honor. E inmediatamente puso manos a la obra: conseguir la aprobación de las autoridades eclesiásticas y del Instituto, confeccionar los planos y allegar fondos. Esto último le costó no pocas humillaciones, sinsabores y sacrificios; pero ella todo lo soportaba no sólo con resignación sino también con alegría, sabiendo que toda obra grande y grata al señor ha de estar cimentada sobre la base granítica del sacrificio.

Antes de partir para Italia, a donde debía llegarse una vez más para el Capítulo General y ahora con el presentimiento de no volver más a Magallanes, quiso dejar bien consolidado su proyecto. Por eso invitó a Mons. Fagnano a que el día 13 de Mayo bendijera la piedra fundamental del

sacro edificio. Al mismo tiempo formó una comisión de damas que colaborase en la erección de lo que ella llamaba el "Santuario de María Auxiliadora". Al mismo tiempo preparó varias kermeses que le produjeron algunas entradas con las que podía hacer frente a los gastos que demandara su acariciado proyecto. El hecho es que al alejarse ella de Punta Arenas había en caja 30.000 pesos (que en aquellos tiempos era una suma ponderable) para invertir en el magno homenaje a la Madre de Dios.

Dios no quiso que el acto de la colocación de la piedra fundamental revistiera toda la solemnidad que la Madre Vallese habría deseado. Fué un día crudo, con chubascos intermitentes y ráfagas de viento helado. Muy pocos asistieron a ese acto que debía realizarse a la intemperie. Pero el grupito de fieles que aguantaba la cellisca magallánica, se gozaba pensando que un día en ese lugar se habrían de congregar día a día y domingo a domingo, centenares de almas para adorar a Dios y honrar a María Auxiliadora, quizás por siglos y siglos . . . Y tocó al veterano y glorioso Mons. Fagnano, la satisfacción de bendecir la piedra angular. Y lo hizo con agridulce nostalgia, porque también él estaba en el ocaso de su abnegada vida misionera.

Cuando por Punta Arenas corrió la voz entre las cooperadoras y exalumnas de que la Madre Vallese difícilmente volvería, el Colegio de María Auxiliadora fué una romería incesante que suplicaba no hiciera eso y se ofrecía para interceder ante las superioras para suspender cualquier decisión en ese sentido. Pero la Madre contestaba a todas, sonriente, que ella nada sabía de cambios y que hubiera sido prematuro cualquier paso que se quisiera para torcer una orden de cuya existencia no se estaba seguro. Y a todas les decía que confiaran que, si era voluntad de Dios, ella de buen grado volvería . . .

El 17 de Mayo partió para Río Gallegos a fin de hacer la última visita a aquellas Hermanas. No obstante el frío reinante, sus muchos achaques y el mal tiempo, no titubeó en desafiarlo todo para cumplir una vez más con este deber

de caridad. Se llegó también a Santa Cruz y sólo el 11 de Junio pudo regresar a Punta Arenas con las delegadas que debían asistir al Capítulo local para elegir luego a la que debía acompañarla al Capítulo General de Italia.

Primeras Bachilleres del Liceo M. Auxiliadora
Punta Arenas: 1946.

El día 22 de Junio se realizó en la casa Central de Punta Arenas el acto académico de homenaje que se le tributaba todos los años el 31 de Mayo, día de Santa Angela. Pero esta vez las circunstancias le dieron un cariz tan patético de nostálgica despedida a todos los actos programados que bien se puede decir que abundaron más ese día los suspiros que

los aplausos y que fueron más numerosas las lágrimas que las sonrisas . . .

Como delegada al Capítulo General fué elegida Sor Bertilla Bruno. La Madre quiso que la acompañara también otra de las veteranas de la primera hora: Sor Arcángela Marmo. Y el día 20 de Julio, cuando el viento sureño sacudía rabiosamente los árboles macilentos y escuetos y la nieve se arremolinaba al socaire de las casas, la intrépida misionera, con muy sumario bagage se alejaba del muelle puntarenense, envuelta en un pañolón muy negro y muy amplio. En él dejaba una lágrimas furtivas muy amargas y muy cálidas que resbalaron silenciosas sobre su rostro curtido por los fríos del antártico. Nadie, ni siquiera sus dos compañeras, vieron esa expresión suprema de su amor a la tierra donde trabajara y sufriera. ¡Tan bien supo ocultar sus sentimientos! Cuando la lancha bailarina que las conducía llegó al vapor inglés, ya ella, bajo el rebozo negro había frenado sus lágrimas y serenado su espíritu. Un rato más y el barco viraba en redondo poniendo proa hacia el Noreste. Las tres bajaron rápidamente al camarote. Por el ojo de buey, empañado de agua salada, pudo todavía Sor Angela echar una mirada cariñosa a Punta Arenas, cuyas casitas casi encimadas en la falda de la colina, parecían saludarla. Unos minutos más . . . y ya se desdibujó la ciudad sureña donde hacía un cuarto de siglo ella había anclado su destino de misionera y de mártir . . .

El día 2 de Agosto partían de Buenos Aires rumbo a Europa. Durante el viaje edificó a todos con su continente devoto, su modestia connaturalizada ya con ella, con su asiduidad a las prácticas de piedad y con su celo apostólico por enseñar catecismo a las chiquillas que viajaban.

El viaje fué dificultado por frecuentes vientos que hacían rolar el vapor. Sea porque la Madre Vallese estaba avezada a la mar y a las luchas contra los terribles huracanes sureños, sea porque tenía un espíritu de sacrificio a toda prueba, el hecho es que ella nunca faltaba a la Misa que se celebraba diariamente a bordo y siempre andaba contenta y optimista

tratando de animar a las muchas personas que sufrían de mareo, especialmente a sus Hermanas, la mayoría de las cuales hicieron un viaje desastroso.

Y el día 17 de Agosto hacía su entrada en la casa Madre de la Congregación. No son para dichas las lágrimas de alegría, los abrazos, el júbilo de las Superioras al recibir a las heroicas hijas que llegaban desde los extremos del mundo, las que más lejos estaban trabajando por la gloria de Dios y el bien de las almas. Ni son para narrados los transportes de afecto de la Madre Angela cuando cayó de rodillas ante el taumaturgo cuadro de María Auxiliadora de la Basílica. Quedó ensimismada, extática. Parecía que no podía separarse de aquel dulce lugar de expansiones espirituales. Dió gracias a Dios por los muchos años de vida religiosa que le había permitido terminar y pensó con tristeza que muy probablemente ya nunca más volvería a esas tierras que fueron coso de sus bizarrías apostólicas y lisa de sus gestas más gloriosas...

Terminado el Capítulo, la Superiora General le anunció la esperada. ansiada y temida, noticia: se quedaría en Italia. Huelga decir que la humilde religiosa recibió el anuncio con un poco de alegría y mucho de tristeza. El dejar para siempre el solar donde se ha trabajado, donde se ha sufrido y donde hay seres que nos aman de veras, es siempre amargo. Pero por otro lado, el pensar que se cumplían así sus deseos, expresados largos años atrás, de pasar "un añito" en Italia para prepararse a morir, ponían en su alma sentimientos de tan exquisita gratitud que le provocaron lágrimas de consuelo.

Los primeros meses —verano y otoño— los pasó bien en Nizza. Pero luego cuando llegó el invierno con sus nieves, sus fríos y sus nublados, los achaques de la misionera recrudecieron. Se sentía débil, cansada, se dormía en todas partes. No estaba cansada de trabajar sino de vivir. Quería dormir. Dormir para siempre.

Y así entre luz y sombra, entre lecho y brega, pasó el invierno piamontés. Y llegó el verano con sus soles radiantes y sus canículas irresistibles. La pobre Madre Angela, que había hecho su organismo a los fríos australes, no podía so-

portar el calor del Piamonte. Las superioras, siempre solícitas, tuvieron la gentileza de enviarla a un lugar donde hallara un lenitivo para sus males. Y la mandaron a Intra, pueblo ribereño del Lago Maggiore, Provincia de Novara. Pero ni el riente paisaje, ni la frescura del Lago, ni las comodidades de la casa, ni el cariño de las Hermanas fueron parte para detener el mal que avanzaba. A los pocos días de estar allí la sorprendió una fiebre persistente que dió con ella en el lecho. Y se fué agravando. Un telegrama tras otro informaba del curso siniestro que tomaba la enfermedad. Entre tanto la misionera suspiraba por Nizza. Ella no había llegado a Italia para morir en las delicias del Lago Maggiore sino entre los recuerdos de Nizza Monferrato.

Las superioras tuvieron que acceder a sus deseos. Y a trueque de que se quedara en el camino, la buena Sor Clelia Guglielminotti la condujo hasta Nizza. Y fué gracia especialísima si llegó viva a la casa Madre.

La llevaron a la enfermería. Una vez allí, la Madre pidió ver a la Madre Clelia Genghini, su gran amiga. La Secretaria General del Instituto la llamaba cariñosamente "la mia vecchietta" o mejor, en piamontés "la mía veccetta". La dulce Madre Angela se gozaba de este tratamiento familiar. Una vez que tuvo a la Madre Clelia ante sí, con una alegría infantil, le dijo: —"He venido a morir a Nizza . . . Temía de veras morirme allá . . . ¿Pero moriré de veras? ¡Sabe que ahora no tengo tantas ganas que digamos?" . . . La Secretaria se rió de buen grado.

Y como en esos días se hablaba de guerra (estamos en el fatal 1914 . . .) y no faltaban las que ofrecían voluntariamente el holocausto propiciatorio de sus oraciones y sacrificios por la paz, la Madre Clelia, le replicó al punto: —"No hay nada que hacer, "Veccetta": ha llegado la hora de hacerse "Hostia Pequeñita" por Jesús Hostia y ofrecerse al Señor por el bien del Instituto y del mundo". Ella sonrió levemente. Luego se asomaron unas lágrimas a sus ojos y finalmente, ya confortada, repitió, musitando, estas palabras: —"Sí, si, Hostia Pequeñita por Jesús Hostia".

Fiesta de la Sangre preciosisima de Jesus 1907

Mis buenas Hermanas en Jesus: Permitidme:

1º Pediros perdon de los malos ejemplos que os he dado, y pediros la caridad de vuestras oraciones. Yo haré otro tanto para vosotras.

2º Daros las gracias del mucho bien, que habeis hecho á las niñas y demas personas, confiadas a nuestros cuidados. animandoos a seguir valerosas en la Santa tarea de Salvar Almas.

3º Animaros siempre más en la practica de la caridad fraterna, único medio para agradar a Dios; y atraer sobre nosotras sus celestiales bendiciones

4º Procurar ser en todo obedientes y dociles á las órdenes de nuestros Sup.er (especialmente al Ven.do M. I. F.) verdadero Padre en nuestras necesidades del alma y cuerpo.

5º Por último esmerarnos en ser muy puntuales en lo tocante a nuestra Santa Regla recordandonos lo que decia San F. de Sales: que la Santidad de una Religiosa consiste en el cumplimiento de la Santa Regla

en Jesús: Vuestra humilde H.na
Sor Angela Vallese.
Hijo de M. A. y de D. B.

Expresivo autógrafo de Sor Angela Vallese.

Al día siguiente se sintió muy mal. Pero su moral picaba a gran altura y su ánimo estaba plenamente tranquilo. Cuando alguna vez los dolores le arrancaban alguna lágrima, entonces se la oía repetir: —"Hostia Pequeñita por Jesús Hostia" . . .

El otro día lo pasó, en cambio, muy bien. Parecía sana. Entonces la buena religiosa, sintió pena. Y se la manifestó a su fiel amiga, diciéndole: —"Se ve que el Señor no acepta mi sacrificio . . . ¿No ve como vuelvo atrás? ¡Y yo que se lo ofrecía tan de buena gana! . . ."

Estaba en esos momentos como el Mártir del Gólgota luchando en el Huerto de los Olivos, entre la debilidad de la flaca naturaleza y el imperativo de la gracia que pedía un holocausto.

A la noche empeoró. La Madre Clelia fué a verla antes de retirarse a reposar y la halló casi toda fría. Pero luchaba. Luchaba con ansias incoercibles de hallar calor en sus débiles miembros que se iban paulatinamente endureciendo con el frío de la muerte, para ofrendar a su Dios un sacrificio completo y generoso. Sentía que la hora se acercaba. Por eso dijo a la Madre Clelia angustiosamente en castellano: —"Su pobre "Veccetta" se va . . . Escriba pronto a Punta Arenas . . . Avise a todos los de allá . . . para que recen por mí. ¡Sí, sí: Hostia Pequeñita por Jesús Hostia! . . ."

Y como la presencia de la Madre Genghini le recordaba demasiado su América y sus hijas lejanas, la Secretaria, con palabras de optimismo, con chistes y frases de aliento se despidió, augurándole una santa noche. Pero ella, llorando, le dijo: —"No la veré más . . ."

Antes de ir a su aposento la Madre Clelia avisó a la Madre Vicaria, Sor Enriqueta Sorbone acerca de la gravedad de la misionera y de la conveniencia de administrarle los últimos sacramentos. Y así se hizo. Hacia las 23 llamaron a la puerta de la Madre Genghini para comunicarle que la enfermedad precipitaba. Pero la gran amiga de la Madre Angela no tuvo el valor de ir a ver a su "Veccetta". Estaba persuadida que su presencia en aquel momento decisivo la hubiera distraído del pensamiento de Dios que debía ocupar

totalmente su alma en esa hora y la hubiera llevado a Punta Arenas, amargando así inútilmente su tránsito supremo. Fué en cambio a avisar a la Vicaria nuevamente, la cual con la Madre General se llegaron hasta el lecho de Sor Angela. Había ya recibido el Santo Viático y la Extremaución. Conservaba plena lucidez mental y luchaba de un modo tremendo con la muerte que se le acercaba por momentos . . . Rezaba ininterrumpidamente y a cada rato repetía: —"Recen, recen por caridad . . ."

Poco antes de expirar dijo a la Hermana que la asistía: —"El Padre me preguntó si tenía tentaciones. Yo le contesté que no". Pero media hora antes del desenlace, por la forma como se debatía, daba a entender que las dudas y los temores la circundaban.

Luego, al aproximarse los minutos finales, se serenó, la sonrisa volvió a sus labios, una calma sobrenatural envolvió todo su ser y contenta y feliz, tranquila y confiada, pareció depositar su alma bella en los brazos de María Auxiliadora . . . Era el 17 de Agosto. Hacía exactamente un año que había llegado a Italia. El "añito" que ella había pedido a Dios para prepararse a bien morir, el Señor se lo había concedido íntegramente . . .

Sus despojos mortales están en la tumba de familia de las Hijas de María Auxiliadora, entre las que fueron las piedras angulares del Instituto. Y su alma, sin duda, entre los resplandores de los Santos . . .

EPILOGO

MAS ALLA DE LAS SOMBRAS

Hay episodios que podríamos traer a colación y que tienen atingencia con la vida póstuma de la protagonista de esta historia. Sólo vamos a narrar uno, que se destaca por la jerarquía de las personas que lo atestiguan y al que no entendemos dar más alcance que el que se desprende de la autoridad de testimonios humanos.

Era en Enero de 1915. Mons. Fagnano hacía su postrera visita a Ushuaia. Achacoso y endeble, mal podía tenerse en pie; pero, así y todo, quiso visitar una vez más la población cuyo presidio le inspiraba sincera compasión. Debió volver a Punta Arenas antes del tiempo prefijado; su temple de acero cedía... Cuando estuvo a bordo del vapor, se le acercó un amigo pidiéndole que tuviera la caridad de ocuparse de vez en cuando de su esposa que viajaba sola y algo delicada de salud. Monseñor le dijo, sonriendo, que aunque él necesitaba más que nadie de que se ocupasen de sus achaques, sin embargo le aseguró que cumpliría de buen grado el favor que solicitaba.

El barco llegó al muelle de Punta Arenas a altas horas de la noche. Los viajeros esperaron a que amaneciera para desembarcar. Mientras el Prelado dormía en el puerto oyó que lo llamaban. Pensando que fuera la señora cuya custodia se le había confiado, se levantó al punto y fué a golpear a su camarote. Pero resultó que ella no había llamado. Tornó a su lecho y vuelta a despertarlo la misma voz femenina de antes y en la que a él, impresionado, le pareció reconocer la de la Madre Angela. Y esta vez le dijo: —¿Vamos a Punta Arenas?

—Vamos —- contestó el interpelado.

Y en un periquete se encontraron en la puerta del Colegio de María Auxiliadora. Abrió la puerta Sor Candelaria Alarcón que a la sazón era la portera. Entonces la Madre dijo a Monseñor: —Vengo a llevarme a ésta . . . El Prelado replicó: —Pero, Madre, hay tan poco personal . . .

—Imposible cambiar: el Señor lo ha determinado. Y debería acompañarme otra más; pero por ahora, dejemos . . .

Al día siguiente, Monseñor bajó a tierra, y fué a alojarse como siempre en el Instituto Don Bosco.

Por la tarde recibió la visita de la Inspectora, Madre Gema Muthis y de la Directora Sor María Rusconi. El Prelado les narró lo que le había sucedido. Y añadió, dirigiéndose a la Madre: —Le tocaba a usted.

Ella le preguntó cómo lo sabía y él, torciendo la conversación, preguntóle a su vez: —¿Ha hecho caso de la carta en la que le pedía noticias de la salud de Sor Candelaria?

Luego le dijo: —Vuelva mañana con Sor Bertilla.

Al día siguiente ambas estaban en el Instituto Don Bosco. Fué entonces cuando él, al salir, les dijo: —Sepan que es la Hermana Alarcón la que la Madre Angela viene a llevar. Y en el mes de María.

En esa oportunidad les narró también como la Madre Angela le había dicho: —Oh, dichosa Tierra del Fuego, que me ha valido tanta gloria . . .

El día 27 de Abril de ese año fallecía Sor Candelaria Alarcón, luego de una breve enfermedad. El mes de María, como siempre, había comenzado el 23 de ese mes.

El 2 de Mayo de 1916 la Madre Gema Muthis, la Directora, Sor María Busconi y la Vicaria Inspectorial, Sor Bertilla Bruno, firmaban cuanto antecede, escribiendo:

—"Esto es la pura verdad, sin exageración de ninguna especie".

D. M. A. C. T.

INDICE

Pág.

Prólogo 7

Capítulo I. — De cómo un pueblo pequeño puede dar almas grandes . 13

Capítulo II. — De cómo plugo a la Divina Providencia que S. Juan Bosco fundase otra Congregación 21

Capítulo III. — En qué se narra la forma como Dios condujo a Angela a la realización de sus designios 29

Capítulo IV. — En qué se narra el viaje que realizó Sor Vallese sin haberlo nunca soñado 37

Capítulo V. — En qué se habla del segundo noviciado que hizo Sor Angela Vallese 45

Capítulo VI. — De cómo la Madre Angela comenzó su obra apostólica en tierra de indios 57

Capítulo VII. — En qué se narra cómo la Providencia preparó a su sierva para más arduas misiones 67

Capítulo VIII. — Dónde se prueba que "no hay mal que por bien no venga" 77

Capítulo IX. — De cómo una indiecita fueguina asistió a las exequias de un santo 85

Capítulo X. — En qué se prueba que, para las almas de Dios, todos los números son buenos 93

Capítulo XI. — De cómo la Madre Angela dió comienzo a otra obra en el Estrecho 105

Capítulo XII. — De cómo se compadece la humildad con la magnanimidad 117

Pág.

Capítulo XIII. — De cómo los destellos de la caridad de Sor Angela iluminan toda su obra 127

Capítulo XIV. — De cómo la aldeana piamontesa llegó a alternar con la nobleza santiaguina 135

Capítulo XV. — De cómo la Madre Angela perfuma nuevamente nuestra patria con sus virtudes 143

Capítulo XVI. — En qué se prueba que, en la vida, como en las tribunas, hay sol y sombra 153

Capítulo XVII. — De cómo lo pequeño se puede agrandar con la lente de la caridad 163

Capítulo XVIII. — De las prendas morales que adornaron a Sor Angela y en particular de su piedad 169

Capítulo XIX. — En qué se descubre una rosa entre los fríos australes 177

Capítulo XX. — Habla Sor Vallese de la humildad con la elocuencia de los ejemplos 187

Capítulo XXI. — De cómo los lirios florecen entre espinas 193

Capítulo XXII. — De cómo Sor Angela ofreció a Dios su vida y eligió el lugar de su muerte 199

Capítulo XXIII. — De cómo la Madre Angela echa el resto de su vida en tierras magallánicas 205

Capítulo XXIV. — De la postrera gracia que pidió Sor Angela a su celestial Esposo 213

Epílogo 222

"UNA FLOR
ENTRE HIELOS"
estudio biográfico de la vida y obras
de Sor ANGELA VALLESE, original de Raúl
Agustín Entraigas, apareció en el año de gracia
de MCMXLVII. La portada es del artista
ARISTO TELLEZ. Se terminó de im-
primir en la Imprenta Patagonia
el 23 de Mayo de 1947

Precio $ 4.— m/arg.